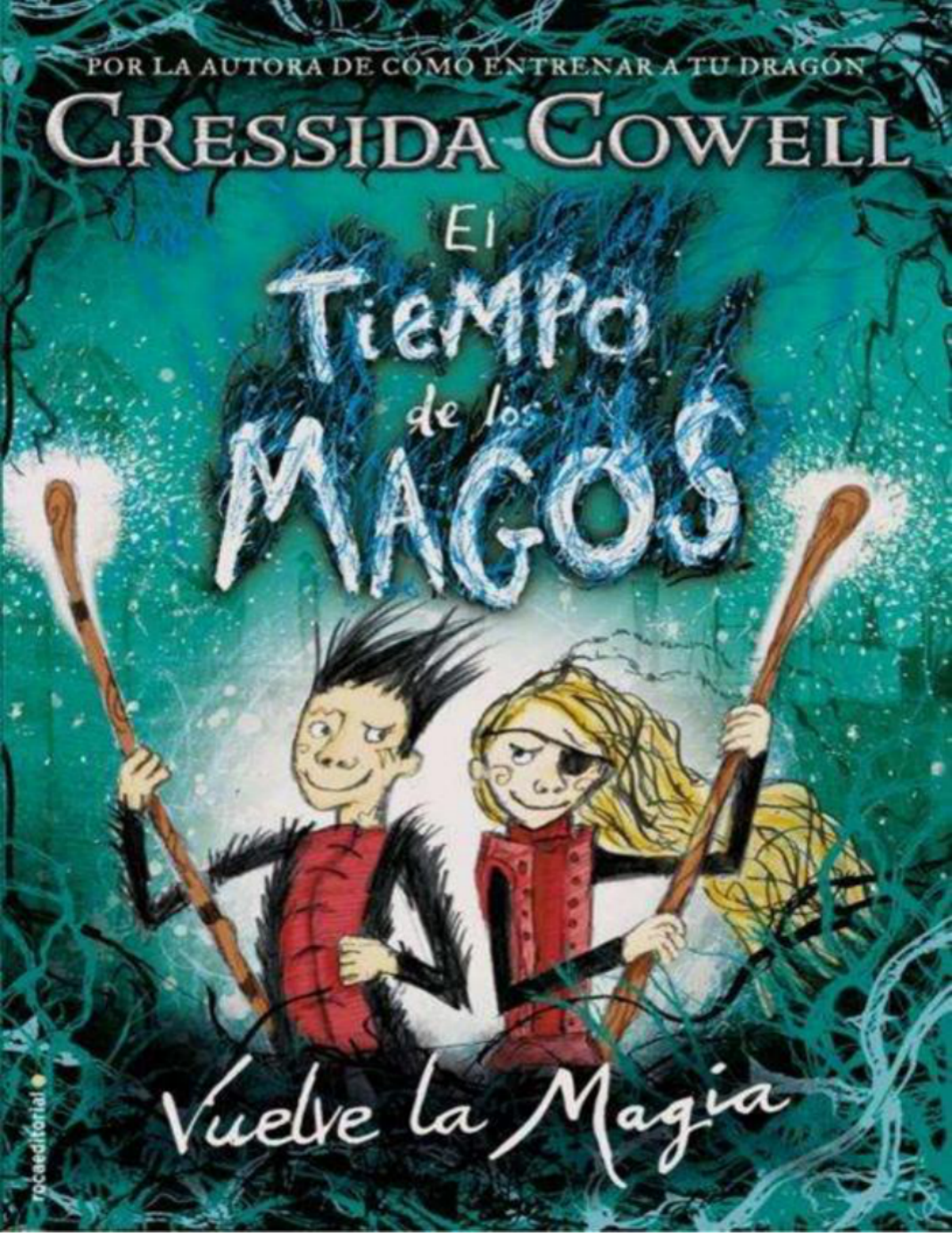
POR LA AUTORA DE CÓMO ENTRENAR A TU DRAGÓN

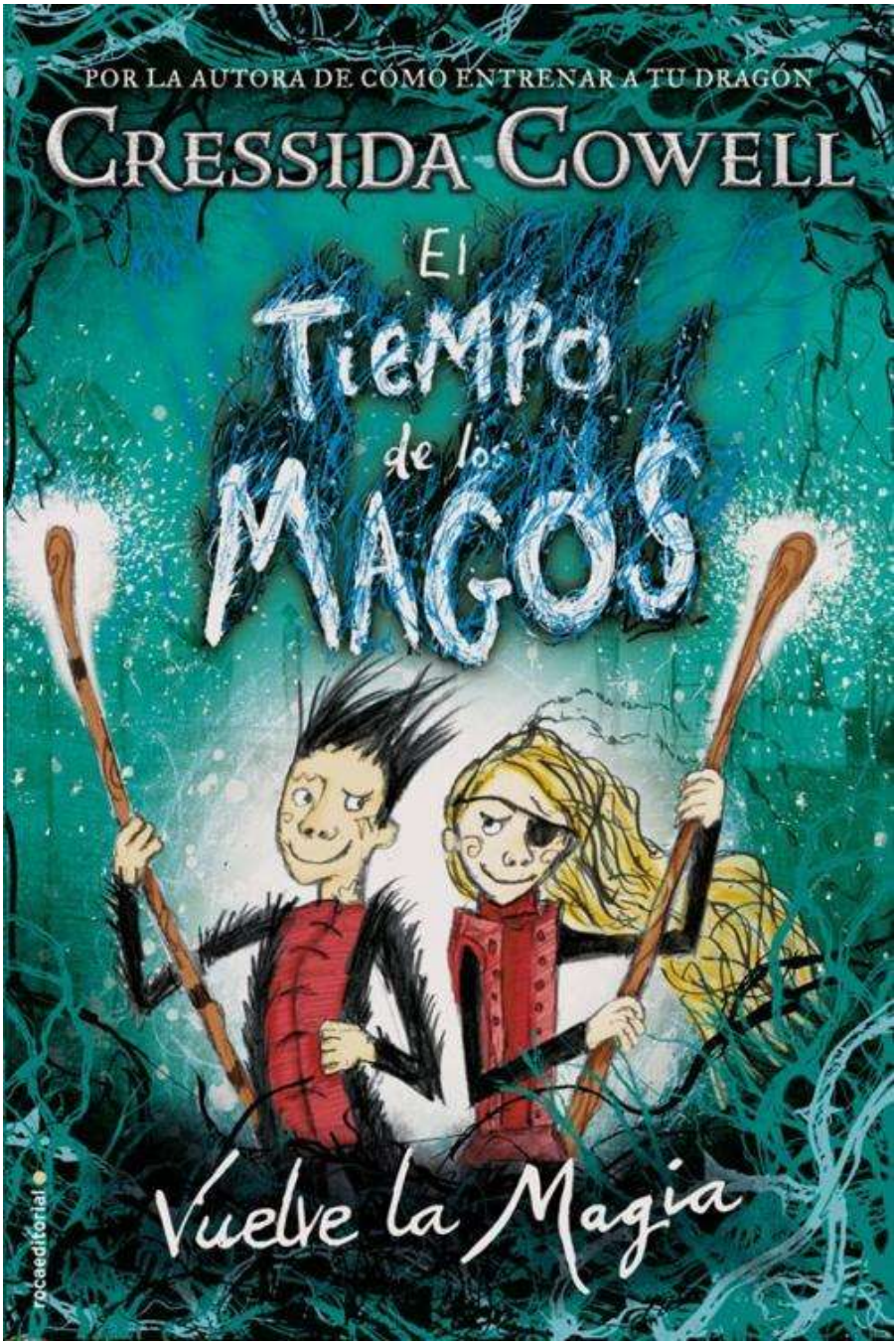
CRESSIDA COWELL

El Tiempo de los Magos



Vuelve la Magia

roca editorial



EL TIEMPO DE LOS MAGOS 2. VUELVE LA MAGIA

Cressida Cowell

YA PASÓ UNA VEZ. ¿SEGURO QUE NO PODRÍA PASAR… OTRA VEZ?

Las brujas están sembrando el caos en los Bosques Salvajes y el peligro acecha detrás de cada árbol.

Wish es una guerrera que tiene un libro de hechizos mágico y muy poderoso.

Xar es un mago con una marca de la bruja muy peligrosa en la mano.

Wish y Xar están separados por el muro más alto que puedas imaginar. Y el tiempo se está agotando…

Si, para empezar, ya era poco probable que estos dos héroes se conocieran. ¿Es posible que estén destinados a volver a verse?

ACERCA DE LA AUTORA

Cressida Cowell es la autora e ilustradora de la serie de libros *Cómo entrenar a tu dragón*, que fue llevada al cine por DreamWorks, y también de una serie de televisión que se emite en Netflix y en CBBC. *El tiempo de los magos* es un éxito de ventas. Cressida se inspiró en los paisajes de Sussex, cerca de donde vivió su abuela. Vive en Londres con su marido, sus tres hijos y su perro llamado Pigeon.

cressidacowell.com

ACERCA DE LA OBRA

« *El tiempo de los magos* es un libro infantil *middlegrade* que, a pesar de su grosor, es perfecto para niños entre 10 y 13 años (o más) debido a su tono, expresiones y aventuras. Está plagado de fantasía, trasgos, gigantes, duendes, magos, brujas y magia, por lo que es ideal para quien disfrute de todo este tipo de ambientación. Lo más impactante es su edición, llena de detalles, ilustraciones y decoraciones.»

GALENA SANZ, EN *AMAZON.COM*

Este libro está dedicado a Clementine con muchísimo amor

El chico, Xar, es mago, pero tiene
una marca de la bruja en la mano
que puede ser imposible de quitar.

O
N
E
Peñascos de la Eternidad
GIGANTICA
EL REINO
ENCANZO
BOSQUES SILVESTR
CUIDADO
Lago de los perdidos

TERRITORIOS
EROS CONQUISTADOS
Capital Guerrera
POR AQUÍ
IMPERIO
GUERRERO
REINO
de
SYCHORAX
DE
ES DE LOS MAGOS

Prólogo

I magina una era de los gigantes.

Ocurrió hace mucho, mucho tiempo, en unas Islas Británicas tan antiguas que aún no sabían que eran las Islas Británicas, cuando todo era naturaleza salvaje y había dos tipos de humanos que luchaban en los bosques.

Los MAGOS, que vivían en este bosque desde tiempos inmemoriales, eran tan mágicos como el mismo bosque y cabalgaban a lomos de gatos de las nieves. Y los GUERREROS, que combatían la magia con fuego y espadas para poder construir sus fuertes y sus campos, su nuevo mundo moderno, en definitiva.

Los guerreros iban ganando porque sus armas eran de HIERRO…

… y el HIERRO era la única cosa sobre la que no funcionaba la magia.

Esta es la historia de un joven mago y una joven guerrera, muy vivarachos, optimistas y creativos, pero educados desde su nacimiento para odiarse a muerte. Es el cuento de cómo se conocieron y aprendieron a ser amigos y a ver las cosas desde el punto de vista del otro, y de verdad que queremos que sea una historia FELIZ… pero, por desgracia, en el transcurso de su última aventura…

Liberaron sin querer al REY BRUJO de la piedra donde lo habían encerrado durante siglos y siglos.

Y las BRUJAS regresaron a la maravilla de los bosques silvestres.

A ver, no quiero asustarte, querido lector, pero las brujas tenían alas emplumadas y sangre ácida, y sus garras terminaban en cinco uñas tan largas y puntiagudas como una espada recién afilada. Lo que no hubiera estado mal si tuvieran buenas intenciones.

Pero las brujas eran malas malísimas, de las que odian todo lo bueno y se comen el corazón de los petirrojos y quieren destruir el mundo y todo lo que en él habita.

Y el rey brujo era el jefe de todas ellas.

Nadie sabe dónde se escondía ahora el rey brujo. Salvo yo.

«Quiero a ese muchacho —pensaba el rey brujo, con esos pensamientos retorcidos y macabros—. Quiero al muchacho-que-es-casi-mío porque puede ayudar a traerme a la chica-que-tiene-magia-que-funciona-sobre-el-hierro…, pues si CONSIGO esa magia, por fin seré invencible…»

¡Pero no temas, querido lector! Esto tiene que ser imposible.

A Xar lo habían encarcelado en la gran prisión de Gormincrag. Y nadie sale de Gormincrag, lo que puede no ser bueno para Xar, pero también significa que el rey brujo y sus brujas tampoco pueden entrar.

Y en cuanto a Wish, bueno, la escalofriante madre de Wish, la reina guerrera Sychorax, había construido un muro gigante en el límite occidental del reino —un muro tan alto que ni un zancador gran-caminante podía ver lo que había detrás ni poniéndose de puntillas— para proteger a su gente de los ataques de las brujas.

Así pues, nuestros héroes no pueden verse, ni al rey brujo, en una historia tan corta como esta.

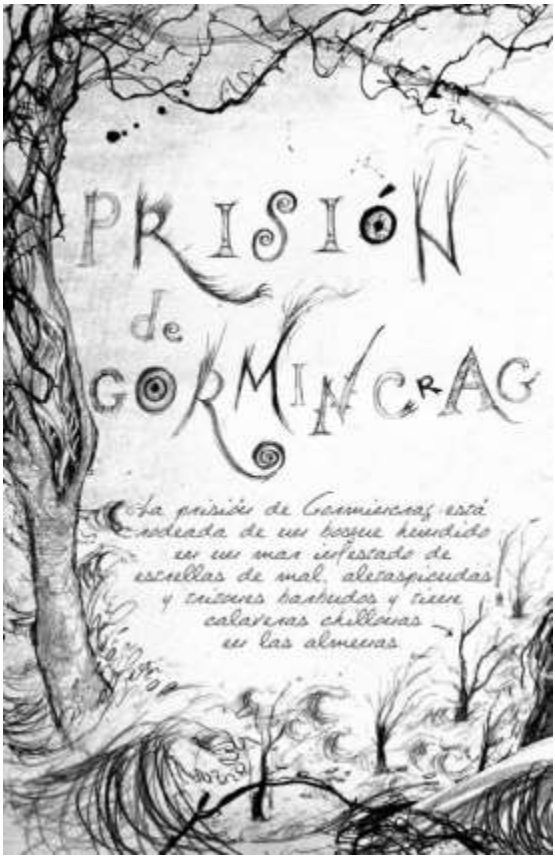
Era poco probable que estos dos héroes coincidieran, pero eso ya había pasado UNA vez.

Soy un personaje
en esta historia
que lo ve todo
y lo sabe todo.
No te diré
quién soy.
¿Lo has adivinado ya?

Sigue el camino de tinta
de la historia.

(No te pierdas.
Estos bosques son peligrosos.)

PRIMERA
PARTE:
Huida


PRISIÓN
de
GORMINCRAG
La prisión de Gormincrag está
rodeada de un bosque hundido
en un mar infestado de
escollos de mal agüero
y tritones barbudos y tienen
calaveras chillonas
en las almenas

NADIE puede escapar
de la terrible prisión de
GORMINCRAG →
Mar de las
Calaveras

1. Es imposible escapar de Gormincrag

E ran las doce y cuarto de la madrugada, dos semanas antes de la víspera del solsticio de invierno, y un chico de trece años pendía peligrosamente de una maltrecha cuerda casera que colgaba de la torre más oscura de Gormincrag, el Centro de Rehabilitación para la Reeducación de la Magia Oscura y los Magos Malvados.

(Ese, por cierto, es un nombre demasiado largo y rimbombante para una prisión, y no una vieja prisión cualquiera, sino la más segura e inexpugnable de todo el bosque).

El chico se llamaba Xar (aunque se pronuncia «Zar», no sé por qué, misterios de la escritura), y de verdad, de verdad de la buena, que él no debía estar allí.

Se supone que debía estar DENTRO de la prisión, no FUERA, colgando de una ventana a quince metros sobre el nivel del mar. Esa era una de

las normas más importantes de las prisiones y Xar debería saberlo.

Pero Xar no era el tipo de chico que siguiera las normas.

Xar actuaba primero y pensaba después, y eso era precisamente lo que lo había llevado a Gormincrag en un principio y lo que le había dado la reputación de ser el chico más desobediente y salvaje de todo el reino de los magos desde hacía cuatro generaciones.

A ver si te parece que esa reputación está justificada…

La semana pasada, por ejemplo, Xar había:

… echado una supuesta poción para dormir en el vino de los guardias alientofétidos, pero al final resultó ser una poción faltona… Había pegado los culos de todos los comandantes druidas a las sillas con la esperanza de tener tiempo para huir…

pero olvidó pegar las sillas al suelo, así que los druidas empezaron a perseguirlo con las sillas pegadas al trasero… Se había agenciado un poco de poción de invisibilidad, pero, por desgracia, lo único que desapareció fue su CABEZA, con lo que dio un susto de muerte al druida encargado de las reprogramaciones, que al visitarlo en su celda creyó que la prisión había sido invadida por FANTASMAS descabezados…

Ninguna de estas cosas desobedientes había sido intencionada, exactamente. Todas habían ocurrido por accidente mientras él intentaba escapar, ya que —aunque Xar era una persona alegre y

despreocupada— dos meses de reclusión habían sido un duro golpe incluso para su buen humor. Su tupé estaba algo caído por la presión y, por momentos, se había sentido un poco desesperado.

Gormincrag era sobradamente conocida porque prácticamente era imposible escapar de ella, pero Xar no dejaba que una minucia como la imposibilidad lo desanimase. Así que, aunque para un forastero pudiera parecer que estaba en un grave aprieto, Xar parecía satisfecho consigo mismo, ahí colgado de una cuerda andrajosa y columpiándose violentamente sobre aguas conocidas por estar infestadas de horribles monstruos como las estrellas de mal, las aletaspicudas y los tritones barbudos.

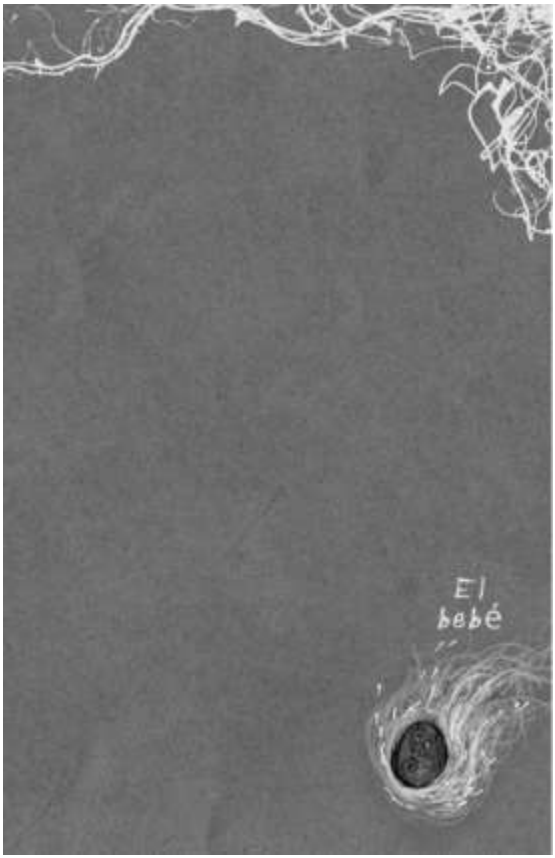
Los ojos, abiertos de par en par, le brillaban de emoción y esperanza.

—¿Ves? —susurró Xar, triunfante, a sus compañeros—. ¿Qué os había dicho? ¡Lo estamos haciendo genial! ¡Ya *casi* hemos escapado!

Y tenía razón, realmente habían hecho muy buen trabajo hasta el momento.

El Centro Gormincrag de Rehabilitación para la Reeducación de la Magia Oscura y los Magos Malvados tenía la función de encerrar a algunos de los monstruos más aterradores de todo el mundo mágico. Hombres del saco. Ogros de todos los tamaños y fechorías. Arúspices, bichosos, kelpies, annises grises, lo que fuera, incluso —va, me atrevo a decirlo— BRUJAS, que antaño estaban extintas y habían reaparecido hace poco en esa parte de los bosques salvajes.

Espachurro
Insectorro



NADIE, ni un trasgo oscuro, ni un alientofétido, por grande y aterrador que fuese, ni siquiera el mago más malvado con su hechizo más maligno, había escapado NUNCA de Gormincrag. Muchos lo habían intentado, por supuesto, y las leyendas de los intentos de fuga valientes pero fallidos se transmitían de trasgo a trasgo a lo largo de los años. Pero nadie había conseguido salir vivo de allí.

Incluso si, por alguna casualidad, llegabas a traspasar el perímetro sin que las calaveras chillasen, las sombrías torres de Gormincrag estaban construidas sobre siete islas situadas en un mar conocido por el encantador nombre de «Mar de las Calaveras», donde te atraparían las olas traicioneras; o bien la despiadada gente de las aguas, los tritones barbudos, saldría de sus agujeros para arrastrarte a lo más profundo del bosque ahogándote en el fondo del mar…

Como hijo del rey Encantador y chico con gran carisma, Xar tenía muchos seguidores.

En ese momento lo acompañaban cinco trasgos (Tormenta, Destiempo, Fuegofatuo, Ariel y Pensamiento) —unas criaturas bellas y feroces, que recuerdan a un cruce entre

un humano muy pequeño y un insecto enfadado— y tres duendecillos peludos, o *duendeludos* (Espachurro, Insectorro y el bebé), unas criaturas más pequeñas, parecidas a las abejas, demasiado jóvenes para entrar en la crisálida y completar la metamorfosis para convertirse en trasgos adultos.

Los trasgos pueden brillar como las estrellas en la noche, pero estos no querían llamar la atención en ese momento, así que habían atenuado la luz de sus cuerpecillos a un resplandor muy, muy tenue.

Todos estos trasgos pertenecían a Xar y de una forma leal, silenciosa e invisible se habían colado en Gormincrag para ayudarlo a escapar.

—¡El maessstro tener razón! —le respondió Espachurro, uno de los

duendeludos.

Espachurro era una criatura diminuta de seis patas, más grande que un abejorro, pero lo bastante pequeña para caber en una mano, y zumbaba emocionada alrededor de la cabeza de Xar—. ¡Tú SSSIEMPRE tener razón! Por essso ssser el líder y nunca meternosss en problemass!

¡Oh! ¿Qué esss esssta cueva tan fascinteresante?

Esta «cueva fascinteresante» era en realidad una gran calavera con la boca abierta.

Espachurro entró zumbando para investigar y la boca se cerró de golpe con un amenazante sonido metálico. Las cuencas de los ojos de la calavera se cerraron con fuerza como si tuviesen párpados.

—¿Holaaaaa? —resonó la voz de Espachurro desde dentro—. ¿Holaaaaaaa? ¡Creo que sssoy atrapado!

Los trasgos casi se caen de la risa, pero Xar intervino, alarmado y bufando:

—¡Que nadie sobrepase los límites de la almena! Un campo de fuerza rodea todo este castillo: se puede ENTRAR, pero no puedes atravesarlo y SALIR sin más.

Poniéndose a sí mismo en peligro, ya que la calavera estaba fuera de su alcance y había tenido que atarse el extremo de la cuerda a un tobillo y colgarse boca abajo para cogerla, Xar desencajó con mucho cuidado y cariño la mandíbula de la calavera para que Espachurro pudiese salir.

—¡Yo esss bien! Que nadie se preocupe, ¡esss BIEN! —exclamó el duendeludo, triunfante.

Y entonces, Xar volvió a encaramarse a un saliente más seguro, y explicó a sus interesados compañeros que esas calaveras eran calaveras chillonas, y que eran una de las últimas defensas de Gormincrag. Como sacaras aunque fuera solo la punta de un dedo del perímetro de la prisión, las calaveras abrirían la boca y empezarían a soltar unos gritos aterradores que despertarían a los guardias, que se abalanzarían sobre ti.

Esto era típico de Xar. Aunque se había pasado la vida llevando a sus seguidores a peligros considerables, para ser justos, siempre se esforzaba por SACARLOS del apuro después. Aunque eso lo pusiera a él en riesgo.

Xar también iba acompañado de un cuervo parlante que se estaba tapando los ojos con las alas, de lo horrorizado que estaba por el

reciente episodio de colgarse-boca-abajo-para-rescatar-duendes-de-calaveras-chillonas, y por el hombre lobo colmilludo de más de dos metros de altura llamado Solitario, que gruñía ansioso cada vez que Xar mencionaba a los guardias de Gormincrag.

Xar había conocido a Solitario en la prisión, y aunque no es recomendable trabar amistad con hombres lobo colmilludos, ninguno de los dos pudo evitarlo. Xar y Solitario tenían algo en común: ambos querían escapar.

El hombre lobo emitió un aullido ahogado de inconformidad.

—¿Qué dice el hombre lobo? —preguntó el cuervo.

El cuervo parlante se llamaba Caliburn, y podría haber sido un pájaro magnífico, pero por desgracia su trabajo era impedir que Xar se metiese en problemas, y la preocupación y la imposibilidad de su misión hacían que no dejasen de caérsele las plumas.

—Creo que dice: «¿Por qué vamos en esta dirección?» —dijo Xar.

Xar era el único que había estudiado el idioma de los hombres lobo, pero le costaba concentrarse en clase, y el problema de los hombres lobo es que mascullan las palabras, así que a menudo es fácil confundir un gruñido con un gorjeo, o un «oooaaarrrrrggg»

con un «eeeerrrrgggg», y malinterpretar lo que dicen.

—Vamos por *aquí* —explicó Xar—, porque así caeremos justo en el cuarto del comandante druida… Es un paso importante en nuestro plan de escapada…

El hombre lobo aulló horrorizado y agitó las zarpas peludas tan alarmado que casi se cae de la cuerda.

—¡No deberíais escapar! ¡Y nosotros no deberíamos ayudarte! —dijo Caliburn, nerviosísimo—. Pero si te ayudamos, la idea sería hacerlo en silencio, ¿no? Apisonador y los animales nos esperan abajo, a los pies de las almenas del oeste.

(Apisonador era un zancador gran-caminante, y él y los lobos, los gatos de las nieves y el oso también eran compañeros de Xar).

—¡Deberíamos reunirnos con Apisonador y los demás! —señaló Caliburn—. ¡Saltar el muro, sin avisar a nadie y no presentarnos ante el jefe de la prisión para charlar alegremente y tomarnos una tacita de

té!

—Sí, y precisamente por eso nadie ha escapado nunca de esta cloaca —dijo Xar—.

¿Cuántas veces has intentado tú escapar de aquí, Solitario?

El hombre lobo murmuró algo que podría interpretarse como «veintitrés».

—¿Lo ves? —dijo Xar—. ¡Confiad en mí! Tengo un plan que podría ser el plan más ingenioso, brillante y atrevido de toda la *historia* de los bosques…

Xar tenía muchas virtudes, pero la modestia no era una de ellas.

Centímetro a centímetro, la pequeña comitiva fue bajando la cuerda hasta aterrizar en el alféizar de la ventana del cuarto del comandante druida, y miraron hacia dentro.

El cuarto era una sala en forma de estrella, círculo, pentagrama o vete tú a saber. Las paredes se movían al mirarlas y el suelo parecía el mar, y el techo debía de ser el cielo.

Mareaba solo de mirarlo.

Lo único que no se movía era un escritorio enorme. Alrededor de ese escritorio había tres magos; estaban hablando.

Uno de los magos era el comandante druida de Gormincrag. Xar señaló la varita que sujetaba el comandante.

—Por eso estamos aquí —susurró Xar—, *porque la vara de hechizos del comandante druida lo controla todo en este castillo.*

—Ohhh no, oh nooo… —susurró Caliburn el cuervo, histérico—. ¡No me digas que tu plan es robar la vara que gobierna el castillo!

Xar asintió. Ese era su plan, efectivamente.

—¡Esss brillante! ¡Brillante! —chilló Espachurro, zumbando tan entusiasmado que casi parecía que se iba a marear.

—Sshhhhhhhh… —susurraron todos los demás.

El hombre lobo emitió un pequeño gruñido que podría ser de aprobación. En realidad, era un plan bastante bueno. Al menos, era

algo que no había intentado antes.

Pero mientras Xar se asomaba a la habitación, con el peso peludo de la piel del hombre lobo en su hombro, se estremeció tan violentamente que casi se cae del alféizar: acababa de reconocer a los otros dos magos que estaban hablando con el comandante druida de Gormincrag.

—Mi padre… y mi hermano —susurró Xar.

Se trataba, efectivamente, del padre de Xar, el Gran Mago Encantador, Encanzo el Magnífico, rey de los magos, y del hermano mayor de Xar, Saqueador.

Xar sintió que lo invadían el miedo y los nervios, una mezcla que le revolvía el estómago y se iba convirtiendo poco a poco en vergüenza.

Cuando los guardas druidas arrestaron a Xar, su padre y Saqueador

estaban de expedición en las Montañas de la Bruja para comprobar el alcance de la amenaza de las brujas.

Así pues, todavía no sabían por qué Xar estaba aquí, y Xar no quería que se enterasen bajo ningún concepto…

Xar oyó lo que decían los brujos si se inclinaba por la ventana.

—¡Sus druidas se han colado en mi reino mientras yo no estaba y me han robado a mi hijo! —dijo Encanzo, furioso—. ¡Exijo que lo libere de inmediato!

El padre de Xar era un mago alto e inmensamente poderoso, de una fuerza mágica tal, que era difícil mirarlo directamente. Su silueta estaba borrosa por la magia, cambiaba y se movía, y mientras hablaba le salían nubes de hechizos de la cabeza.

Parecía un poco cansado, ya que estaba al límite de sus fuerzas, intentando guiar a su gente en la lucha contra las brujas.

El comandante druida era todavía más alto y flaco, como una raspa. Tenía las cejas tan largas que hasta se las había trenzado. Se había hecho tan viejo en el bosque que de algún modo parecía un árbol. Tenía los dedos torcidos como ramitas y una cara tan verdosa y arrugada como la corteza de un árbol viejo.

El druida tenía buenas intenciones, pero estaba convencido de ser el poseedor de la verdad absoluta… y de que los demás estaban siempre equivocados. Con el tiempo, eso puede amargar a uno más que volverlo amable, ya que lo que somos tiende a acentuarse con la edad, y a él lo había convertido en una bebida acre y venenosa. Sus ojos iracundos y sentenciosos brillaban en su arrugada cara de corteza de árbol, y las garras que tenía por manos se aferraban celosamente a su vara de hechizos.

—¡No tengo aquí encerrado a Xar por diversión! —espetó el comandante druida—.

¡En solo dos semanas, su miserable hijo ha alborotado toda la prisión! Sin motivo alguno, *le ha cortado pelo de la cola al gran ogro aullador mientras dormía en su celda. ¡Cinco días después sigue aullando de ira y no deja dormir a nadie en la torre oeste!*

—Ah… —dijo Encanzo, pensativo—. ¿Es ese ruidito que se oye a lo lejos?

—¡No fue sin motivo! —protestó Xar, susurrando—. Necesitaba ese pelo para escapar con mi infalible disfraz de soldado piesgrandes barbudo…

—¡Nadie diría que eres lo bastante mayor para dejarte barba, Xar! —objetó Caliburn—. ¡Además, los soldados piesgrandes miden más de metro ochenta!

—Un pequeñísimo fallo en un plan que, por lo demás, es infalible —admitió Xar.

¡QUÉ DIVERTIDO!

¡Je je je jejeje!

No fue el único fallo. Cuando llega el invierno, los abrigos de los Grandes Ogros Greñudos son de un precioso color azul medianoche. A Xar lo habían pillado a los cinco minutos porque los guardas druidas sabían —como sabía Caliburn— que no hay piesgrandes de metro y medio y barba azul.

El comandante druida estaba a tope con la lista de travesuras de Xar:

— *…y puso picapica en los calzoncillos de los guardas que estaban haciendo su ronda… robó la capa de uno de ellos y la tiró al foso de los perros vampiro… metió los calcetines malolientes de un guarda alientofétido en los cereales para que tuvieran sabor a huevos podridos…*

—Accidentes… no son más que accidentes y malentendidos —susurró Xar desde la ventana.

—¡Y luego, solo por hacer la travesura —terminó el comandante druida—, pegó los traseros de los altos mandos druidas a las sillas mientras cenaban tranquilamente! ¡Un comportamiento indefendible, inexplicable e inexcusable!

Este último incidente había enfadado especialmente al comandante druida, ya que era un hombre muy digno y no le había gustado tener que visitar el sanatorio con una silla pegada al culo. La había cubierto con una capa, pero era una silla muy grande y los alientofétidos —que se habían puesto hasta las orejas peludas de la poción faltona—

habían hecho ciertos comentarios mordaces que todavía le dolían cuando los recordaba.

—Eso fue muy divertido —confesó Xar, que sonreía al recordarlo—, ¡pero también fue un accidente! ¡No deberían haberme encerrado si no querían que intentase escapar!

—Todas esas cosas que menciona no son más que travesuras —dijo Encanzo, el padre de Xar, aliviado—. Irritantes, por supuesto, y Xar ya es mayorcito para esas cosas, pero no tiene *maldad*. Simplemente se habrá hartado de estar aquí y, francamente, no lo culpo.

—Tengo una prisión que dirigir —respondió el druida, con los labios fruncidos—.

No puedo permitir que su hijo lo revolucione todo. Está aquí porque representa una amenaza para toda la comunidad mágica —dijo al tiempo que se levantaba—. Pero puedo demostrarle que está bien; acompáñeme.

Las paredes del cuarto del comandante druida estaban cubiertas de espejos enormes y no eran unos espejos cualesquiera. Si mirabas a través de ellos, podías ver todas y cada una de las estancias del castillo. Así, el comandante druida podía saber qué estaba pasando en todo momento en cualquier lugar de la prisión.

El druida señaló uno de los espejos y este empezó a nublarse antes de mostrar poco a poco el interior de una pequeña celda vacía en el módulo de alta seguridad.

—Está vacía —dijo Encanzo, el rey Encantador.

Efectivamente, la celda estaba vacía.

El anciano miró asombrado el interior de la celda desocupada.

—¡No lo entiendo! —dijo el comandante druida—. ¡Esta es la celda de Xar! ¿Dónde demonios se ha metido?

—Creía que esta era la prisión más segura de todo el bosque —le espetó Encanzo—.

¿Me está diciendo que ha perdido a mi hijo de trece años?

—Esto es de lo más extraño… —bramó el comandante druida, inspeccionando todos los espejos, que mostraban una celda tras otra, en las que se veían rogros, annis negros o vengatrasgos… pero ni rastro de Xar—. Tiene que haber una explicación perfectamente razonable para todo esto. Los guardias deben de haberlo trasladado sin avisarme.

—Cielos… —espetó Encanzo—. Pues muy organizados no están, ¿no? Una comunicación muy deficiente con sus guardias, me parece a mí. Se lo repito, comandante, *¿dónde está mi hijo?*

—Aquí estoy —dijo una voz tras ellos.

Por desgracia, cuando los tres magos se apartaron del escritorio del comandante druida y se colocaron frente a los espejos, se dejaron las varitas encima de la mesa, a su espalda.

Así que cuando los tres se giraron muy des-pa-cito…

… *ahí estaba Xar.*

Iba acompañado por un hombre lobo de dos metros. Sobre la cabeza de Xar zumbaban sus trasgos y Caliburn, que parecía sentirse culpable.

Los trasgos tenían una palabra para describir la manera en que los tres estaban mirando a Xar en ese momento.

Y esa palabra es «zarpitiesos». Completamente «boquiabierta y depiedramente zarpitiesos», para ser exactos.

Ariel
Espachurro
El bebe-
Insectorro

2. ¿He dicho ya que es imposible escapar de Gormincrag?

H ola, padre —dijo Xar, desafiante y fastidiado por estar temblando.

—Hola, Xar —dijo el Encantador, tranquilamente—. Mira, precisamente te estábamos buscando y aquí estás… ¿Qué estás haciendo?

—Me estoy escapando —respondió Xar.

—¡Es imposible escapar de Gormincrag! —estalló el comandante druida.

Tanto Xar como el Encantador hicieron caso omiso.

—Si te estás escapando —dijo el Encantador, pensativo—, ¿qué haces aquí? El despacho del comandante druida no me parece el lugar ideal para escaparse.

—¡Eso es lo que le he dicho yo! —coincidió Caliburn.

—Te aconsejo que sueltes las varitas —dijo el Encantador—, así podremos hablar con calma. ¿Cómo estás? ¿Estás bien?

Xar parecía alterado y agotado. El tupé le colgaba lánguido y en lugar de ese aire chulesco que se daba siempre, ahora parecía algo desesperado. Parecía un chiquillo de trece años que se hubiera metido en MUCHOS problemas.

—¿Qué le han hecho ustedes, los druidas? —saltó Encanzo, girándose hacia el comandante druida—. ¿Cómo se atreven a tratar así al hijo de un rey?

—Pregúntele al chico qué ha hecho para estar aquí encerrado —respondió el comandante con desdén— y tal vez entienda por qué hemos actuado así. ¡Vamos, pregúnteselo!

—¿Por qué te han metido aquí, Xar? —preguntó Encanzo, tranquilamente.

Xar no quería responder. No podía mirar a su padre a los ojos. Notaba cómo se estaba poniendo rojo de vergüenza.

—¿No piensas decirle la verdad a tu padre? —se burló el comandante druida—.

¿Estás… avergonzado?

Xar apretó las varas de hechizos con más fuerza.

—¡No se lo digas! —suplicó.

—¡Está aquí por usar la magia de una bruja! —gritó el comandante.

Se hizo un silencio incómodo.

—¿Es eso cierto? —preguntó el Encantador. Y sí, fue tan malo como Xar se temía: parecía profundamente decepcionado.

Por desgracia, era completamente cierto.

Los magos no nacen con magia, sino que les llega cuando tienen alrededor de los doce años. Xar tenía trece, pero la magia todavía no le había llegado. Eso era vergonzoso, sobre todo para un chico tan orgulloso como él. ¿El hijo del rey Encantador era un chico sin magia? ¡Impensable!

Así pues, seis meses antes, Xar había tomado algunas medidas desesperadas con el fin de conseguir algo de magia. Unas medidas desesperadas, estúpidas y peligrosas.

Se había pinchado la mano con sangre de bruja adrede, para que se mezclase con la suya y poder así usar la magia de las brujas.

Tenía en la mano derecha una cruz verde delatora que indicaba por dónde había entrado la sangre de bruja. Había conseguido ocultarlo durante un tiempo, pero los druidas detectan cuándo alguien está usando magia negra, y se habían llevado a Xar de la fortaleza de su padre cuando Encanzo no estaba.

—El brazo que el chico esconde en la espalda tiene una mancha de la bruja que ha usado para hacer magia prohibida —dijo el comandante druida—. Me sorprende que un Encantador tan poderoso como usted no se haya dado cuenta de que su propio hijo estaba usando magia negra delante de sus narices.

En efecto, ¿cómo no se había dado cuenta? Bueno, la verdad es que a veces los padres se niegan a creer lo peor de sus hijos, aunque lo tengan delante.

—Enséñame la mano —dijo Encanzo, aunque la cara de culpabilidad de Xar le decía que el comandante estaba en lo cierto.

Rápidamente y para acabar con aquello de una vez por todas, Xar sacó el brazo de detrás de la espalda y se quitó el guante con el que ocultaba la mancha de la bruja.

—No es tan malo como parece —dijo Xar, esperanzado.

Encanzo se puso tenso de la impresión; el contorno de la cruz verde le palpitaba con una energía furiosa. Era una imagen horripilante.

Los trasgos sisearon horrorizados al verlo y el pequeño Espachurro ocultó la cola entre las piernas, encogiéndose y temblando en el aire.

—Pobre Xar… —susurró Espachurro.

El color verde de la mancha de la bruja se había extendido por la mano y hasta la muñeca. Tenía pinta de seguir expandiéndose, como un moratón trepador o una hiedra que crece y estrangula un joven árbol.

Pues sí, pobre Xar…

Ya había tenido suficiente castigo por un único momento de locura en el bosque de medianoche.

—De todas las estupideces que has hecho en tu vida, Xar —dijo Encanzo, cortante—, esta es sin duda la peor de todas.

—¡Te lo dije, padre! —se burló Saqueador, el hermano mayor de Xar —. ¡Un mago sin magia que usa magia de bruja! ¡Es una deshonra para nuestra familia! ¡No me extraña que lo hayan encerrado!

Xar notaba que se estaba poniendo rojo de vergüenza, y las lágrimas le escocían tras los párpados.

—¡Lo hice porque tendría que haberme salido ya la magia! —explicó Xar—. ¡Padre, no tienes ni idea de lo que es crecer sin magia cuando todos los demás la tienen!

—Ay, Xar… —dijo Encanzo, meneando la cabeza. Estaba empezando a enfadarse.

¿Por qué tenía Xar que meterlo siempre en estos líos? Él, que había venido a reclamar su liberación, acababa de descubrir que su hijo había sido encarcelado por motivos más que justificados—. ¿Por qué no me dijiste que tenías esta magia? Podría haberte ayudado a deshacerte de ella —dijo Encanzo, con el ceño fruncido—. Y tú, Caliburn, Ariel… ¿Por qué nadie me dijo nada?

Caliburn parecía sentirse todavía más culpable.

—El chico confía en nosotros —dijo Caliburn—. No podemos traicionarlo.

—Tú nos nombrassste susss consejerosss, no sus carcelerosss… —siseó Ariel, acercándose al hombro de Xar de manera protectora y enseñándole los colmillos al Encantador.

«No
es
tan
malo
como
parece»,
dijo
Xar

Esta vez fue Encanzo quien enrojeció.

—¡Yo no lo he encarcelado!

—Bueno, por suerte lo hemos hecho nosotros —dijo el comandante—. El chico representa una grave amenaza para toda la comunidad mágica. Hasta que no nos deshagamos por completo de esa magia negra que ha robado, no podremos soltarlo.

—Pero ¿por qué no podéis ayudarme a *controlar* esta magia? —dijo Xar—. Puedo controlarla si me enseñáis… no pasa nada…

—La magia de sangre de bruja es casi imposible de controlar —dijo el comandante druida—. Sobre todo para un chico como tú, egoísta e impulsivo.

—¡Tiene trece años! —protestó Encanzo—. ¿Usted nunca fue joven y alocado, comandante? ¿Nunca cometió un error y se arrepintió

después?

—Claro que fui joven, pero no alocado —dijo el comandante frunciendo los labios.

Xar se volvió hacia su padre.

—Lo siento, padre, no quería que pasase esto. Siento haber robado esta magia negra… Siento no habértelo dicho… ¡Siento todo lo que he hecho, de verdad! —dijo Xar, agachando la cabeza con tristeza. Lo decía sinceramente. Pero Xar nunca estaba triste durante mucho rato. Se le iluminó la cara y continuó con entusiasmo—: ¡Pero te prometo que lo arreglaré todo! ¡Haré que te sientas ORGULLOSÍSIMO de mí!

—¡Ya estoy muy orgulloso de ti! —dijo Encanzo, ahora alarmado de verdad—. A veces me sacas de mis casillas, pero… ¿qué piensas hacer ahora?

—Voy a enmendar mis errores —dijo Xar—. ¡Voy a salir de aquí y destruir a las brujas yo mismo, y con eso desaparecerá la mancha de la

bruja!

Se hizo un silencio de asombro.

«¡Haré que
te sientas
ORGULLOSÍSIMO
de mí!»

Encanzo trató de no reírse. Saqueador ni lo intentó. Saqueador era mucho más grande que Xar, y era guapo y listo y engreído y bueno en todo lo que hacía, incluida la magia.

—¡Venga ya, hermanito! —rio Saqueador—. ¡No puedes hacer eso!

—¿Por qué no? —preguntó él, desafiante.

—¡Porque no eres más que un niñito bobo! —se burló su hermano—. Todo esto forma parte de esa estúpida idea de que eres el chico del destino o algo así.

—¡SOY el chico del destino! —gritó Xar, lanzando un puño al aire.

Saqueador y el comandante druida se rieron todavía más, y esta vez hasta Encanzo se unió a las risas.

—Eh, no os riais… —pidió Caliburn, tapándose los ojos con las alas—. Pensad en la dignidad de Xar… ¡No te rías, Encanzo!

—Es una ambición muy digna, Xar —dijo el padre, recuperando la compostura rápidamente—, y me impresiona lo realmente arrepentido que estás y que quieras enmendar tus errores; es una señal de que estás madurando. Pero, créeme, yo seré el que enmiende tus errores e intente deshacerse de las brujas en tu lugar. Dame la varita.

Tranquilamente, Encanzo el Encantador extendió la mano.

Xar hizo una pausa.

—Entonces, ¿te desharás de las brujas? —preguntó con recelo.

—Es imposible deshacerse de ellas por completo —admitió Encanzo—, pero puede que haya otras formas de eliminar esa mancha de la bruja.

—¿Me dejarás ayudarte? —preguntó Xar—. ¿Harás que me suelten estos druidas?

—Lo siento mucho, Xar, pero el druida tiene razón. Hasta que nos libremos de esa mancha de la bruja no debes abandonar la seguridad de Gormincrag —dijo Encanzo—.

Los druidas son los mejores magos de los bosques silvestres y si alguien puede encontrar la manera de eliminarla, son ellos.

—¡Yo puedo *controlar* la mancha de la bruja, aunque no pueda eliminarla! —dijo Xar, alejándose de su padre—. ¿Por qué eres siempre tan pesimista? ¿Por qué haces caso a este druida antes que a mí? Caliburn cree que puedo mejorar. Caliburn cree en mí.

—¡Caliburn y Ariel han demostrado ser unos consejeros completamente inútiles! —

espetó Encanzo.

—¡Son mejores consejeros que TÚ! —bramó Xar—. Tú NUNCA podrás deshacerte de las brujas porque eres demasiado COBARDE para enfrentarte a los guerreros y a las brujas con la fuerza de nuestros

ancestros.

El Encantador acabó de perder la paciencia.

—¡Ya basta de tonterías, Xar! —gritó—. Te quedarás aquí hasta que podamos eliminar la mancha de la bruja y tú aprendas a controlarte y a ubicarte en el mundo.

¡Soy tu padre y te ORDENO que me des esas varitas de hechizos ahora mismo!

Xar dio un paso atrás, frunciendo el ceño.

—¡No confías en mí! ¡Crees que debería estar en la prisión! ¡Crees que soy egoísta!

¡Pues que sepas que puedo ser bueno! ¡Puedo enmendar mis errores! ¡Y PIENSO

DEMOSTRÁRTELO!

Encanzo se dio cuenta del error que había cometido.

—¡No! Lo siento, Xar. ¡Sí que confío en ti, pero creo que necesitas ayuda, que no puedes hacerlo tú solo!

Pero ya era demasiado tarde. El momento en el que Xar podía haber cambiado de idea ya había pasado.

El comandante druida pestañeó; dos parpadeos rápidos que hicieron salir un rayo de magia de sus ojos dirigido rápidamente hacia las

varitas que Xar tenía en la mano.

En un instante, se desató el caos.

Xar apuntó la varita hacia el comandante druida y de ella salió una ráfaga de magia, tan salvaje que frenó en seco la magia del comandante.

Saqueador dio un salto al frente para arrebatar la varita a Xar, pero este le apuntó directamente, tratando de mantener toda la calma posible y murmurando un hechizo paralizador que recordaba vagamente de las clases de hechizos.

Después de tantos años de intentos fallidos de hacer magia, Xar se sentía triunfal al notar ese cosquilleo extraordinario, un hormigueo en el brazo derecho que creció y creció, hasta que la magia salió como en una explosión, satisfactoria y electrizante, y alcanzó a Saqueador en la barriga. Este se paró, congelado en mitad del movimiento, con la boca abierta y los brazos extendidos hacia delante.

—¿Lo ves? —dijo Xar, orgulloso—. *¡Puedo hacerlo!*

Apenas había terminado de decirlo cuando la nariz del congelado Saqueador empezó a derretirse y a crecer hasta que alcanzó el doble de su tamaño normal y

comenzó a gotear mocos violetas en el suelo. Entonces, el resto del cuerpo se le encogió hasta convertirse en algo pequeñito y peludo imposible de describir. Solo cabe decir que nadie había visto nunca nada igual.

—¡Oh! —se sorprendió Xar—. No sé qué acaba de pasar…

—¡¿Qué has hecho?! ¿Esto significa para ti ser bueno? —gritó Encanzo, enfurecido.

—Ha sido un accidente —dijo Xar, jadeando y agitando la varita como si fuese un frasquito de poción que no funcionaba; como si toda la culpa fuese de la vara y no suya.

Agitar la varita que gobernaba todo el castillo no era una buena idea. La magia rebotó descontrolada de un lado a otro, con tal intensidad que el escritorio del comandante estalló en llamas.

El castillo respondió enseguida a la mesa encendida, ya que el edificio estaba equipado con lo último en defensa mágica. Del techo mágico empezó a caer tal chaparrón que no solo apagó el fuego, sino que los magos se empaparon en cuestión de segundos, dando tropezones mientras trataban de ver a través del aguacero y las nubes de humo.

—¡Madre mía! —exclamó Xar.

—¡Huyamos! —rugió el hombre lobo, recogiendo a Xar. (En realidad había pronunciado «Gruntsnarugh-ugh-roaarr», pero eso era lo que quería decir.) El hombre

lobo saltó por la ventana, seguido por los trasgos de Xar y por Caliburn, que perdía un mar de plumas por el camino.

— *¡Seré bueno, padre, lo prometo!* —gritó Xar desde el alféizar. Luego añadió—:

¡Ciérrate! —Y con esta última orden y un golpe de varita, la ventana se convirtió en una pared como si de un ojo que se cierra se tratase.

Los rayos de magia que lanzaron Encanzo y el comandante druida llegaron demasiado tarde, rebotando sin efecto sobre la ventana que ahora era una pared.

Guiñando un ojo, el comandante druida apagó el escritorio en llamas y los dos magos se tambalearon hasta los espejos. El comandante druida volvió a guiñar el ojo y el espejo pasó de una imagen a otra, todas del exterior del castillo, hasta que en una de ellas localizaron a Xar y al hombre lobo colgando de un par de cuerdas improvisadas.

—No pueden escapar… ¡mirad! —dijo el comandante druida.

A medida que Xar y el hombre lobo se acercaban lentamente a las afueras del castillo, las calaveras empezaron a abrir los ojos. Y, tan

pronto como la punta de la varita que gobierna el castillo se acercó a la barrera que con tanto cuidado había evitado Xar antes, las calaveras abrieron la boca y empezaron a emitir unos gritos insoportables

—como quinientos zorros acorralados por perros— entre sus mandíbulas dentudas. Era

un sonido tan fuerte que los trasgos se estremecían y su luz parpadeaba con las ondas de sonido.

—¡Ahí, fijaos! —dijo el comandante, señalando con satisfacción los espejos—. Los guardias druidas ya han salido.

Efectivamente, se veían las siluetas aladas de los basiliscos que ascendían desde las casetas de los centinelas en los muros del castillo. A lomos de cada basilisco iba un guardia druida, todos armados con unas varitas de hechizos de aspecto amenazador.

—El tiempo de reacción es de menos de dos minutos —dijo el comandante druida, muy pagado de sí mismo.

—¿Ah, sí? —dijo Encanzo, pensativo.

En la pequeña comitiva de potenciales fugitivos cundió el pánico cuando miraron desde las almenas y vieron que abajo les esperaban los leales compañeros de Xar: su gigante Apisonador, los gatos de las nieves, los lobos y el oso. Estos últimos se habían aferrado a la espalda de Apisonador mientras cruzaba a nado, desafiando los horrores del Mar de las Calaveras para ayudar a escapar a Xar. Este podía tener muchos defectos, pero inspiraba en sus compañeros una gran lealtad.

Un trasgo llamado Duendantiguo iba erguido sobre la cabeza de Apisonador, mirando hacia Xar, con la mano a modo de visera sobre los ojos. Detrás de él, una de las plumas de bruja que el chico había recogido en su aventura anterior resplandecía con una luz rara y ominosa.

—¿Por qué no sssaltan? —preguntó Duendantiguo, nervioso, pues percibía en el aire un olor terriblemente familiar, que llegaba a sus sensibles orificios nasales de trasgo a través del viento y la neblina del mar sobre el que se encontraban.

Un hedor de belladona mortífera, de rata podrida y cadáver con una punzante nota de veneno de víbora, tan fuerte y ponzoñoso como el arsénico de una botica…

El olor de las brujas…

Las brujas deben de estar vigilando y probablemente estén en algún lugar entre la neblina.

—¿Mmmfff? —respondió Apisonador, distraído, ante la pregunta de Duendantiguo.

Los gigantes son muy grandes y tienden a tener GRANDES pensamientos. El gigante de Xar era un zancador gran-caminante, los pensadores más grandes de todos.

—Me pregunto —dijo Apisonador lentamente— si el destino de los seres humanos está escrito en las estrellas o ellos mismos forjan su propio destino. ¿Existe realmente la «suerte»? ¿Y qué queremos decir exactamente con

el concepto de «libre albedrío»?

Todas ellas eran preguntas muy interesantes, pero tal vez no fuesen de gran ayuda en aquel preciso momento.

—Tienen que darssse prisssa… —susurró Duendantiguo, mirando ansioso hacia arriba y después hacia la neblina, donde le pareció haber visto alas, garras o tal vez la napia de una bruja—. ¡Tenemos que irnos de aquí AHORA MISMO!

—¿Qué vamos a haceeeeer? —gimió Caliburn, arriba en las almenas.

—¡Alas! —susurró Espachurro—. ¿Por qué losss humanosss no tienen alasss?

—Es un error de diseño —admitió Xar—. Y una gran idea, pero no tengo tiempo de que me crezcan ahora mismo, Espachurro. No os preocupéis, ¡tengo un plan!

—Espero sinceramente que sea bueno —masculló Caliburn.

Xar agitó la varita que gobierna el castillo, pronunciando en voz muy alta las palabras de un hechizo.

APISONADOR (el gigante de Xar)

Después, lanzó la vara de hechizos tan fuerte como pudo y esta fue describiendo un amplio arco hasta caer en el mar. Entonces, Xar saltó tras ella. Lo siguieron el hombre lobo, los trasgos y Caliburn, el pájaro parlante.

Y Xar cayó y cayó, como una estrella fugaz, hacia el mar, donde lo esperaban sus leales compañeros.

—¿Qué ha dicho antes de saltar? —preguntó el comandante druida, observando a Xar en el espejo.

—«Todo abierto», ha dicho —respondió Encanzo.

Al comandante se le borró inmediatamente la sonrisa fanfarrona, en cuanto

¡CREEEEEEC! la puerta de su despacho se abrió de par en par. ¡PLAAAMMM! Las ventanas se abrieron de golpe, dejando entrar la luz de la luna, y los magos se estremecieron cuando los alcanzó una oleada de frío proveniente del exterior.

A través de todos los espejos oyeron el estruendo que hicieron todas las puertas al abrirse, las verjas levadizas al levantarse, los barrotes al fundirse y las barreras mágicas invisibles al caer con un siseo eléctrico.

Y entonces, también empezó a oírse el sonido de muchos, muchos pies corriendo y de alas desplegándose.

—¡Por los excrementos humeantes del Eructapantanos Culogordo! —exclamó el comandante druida, con los ojos desorbitados de incredulidad—. ¡¡¡Ha usado la vara

que gobierna el castillo para abrir todas las puertas y que TODO EL MUNDO pueda escapar!!!

—Me temo que sus guardias van a tener mucho trabajo, comandante —dijo Encanzo con indiferencia—. Ya veremos cómo se las apañan con los annises sombríos, los alientofétidos y todas esas terribles criaturas que ha mencionado. Sospecho que es posible que, estando tan ocupados con esos malvados en concreto, no tengan tiempo para pillar a mi hijo.

El comandante druida lo fulminó con la mirada. Con un giro de su capa empapada, salió por la puerta abierta, gritando:

—¡Fuga! ¡CÓDIGO ROJO! ¡TENEMOS MÚLTIPLES INTENTOS DE FUGA! ¡QUE

ALGUIEN ME TRAIGA MI BASILISCO, AHORA!

Encanzo permaneció allí plantado, observando en el espejo cómo su hijo se perdía de vista.

Después, el rey Encantador se sentó en el escritorio del comandante druida.

—¡Mff! —dijo una vocecita diminuta e insistente junto al codo de Encanzo. Sobre el escritorio estaba la extraña y desconocida criatura en la que Xar había convertido a

Saqueador, una cosa pequeña y poco agraciada, ligeramente más pequeña que un conejo, con una larga nariz goteante y un chillido agudo.

—Sí, lo siento, Saqueador —dijo Encanzo—. No puedo devolverte a tu forma humana hasta que averigüe exactamente en qué te ha transformado Xar… Buscaré información en mi *Libro de hechizos*. Mientras tanto, me temo que tendrás que tener paciencia. Hay cosas más importantes en juego ahora mismo. Xar se ha metido en un buen lío…

La criatura-anteriormente-conocida-como-Saqueador no estaba acostumbrada a no ser lo más importante en la vida de su padre. Parecía embargado por el pánico; soltando un asqueroso líquido negro por la nariz, se sentó después en su propio charco, acongojado.

—Tal vez nos esté bien empleado —suspiró Encanzo, hojeando desesperadamente su *Libro de hechizos*, buscando, buscando y buscando un hechizo que pudiese curar la mancha de la bruja—. ¿Podrías ser un patitieso? No, demasiadas orejas… Hemos sido excesivamente duros con el muchacho. Nos reímos de él, ofendimos su dignidad…

El rostro de Encanzo mostraba una curiosa mezcla de expresiones. Ahora que su ira empezaba a disiparse, sentía cierto orgullo del asombroso descaro e ingenio de su hijo pequeño. No hay muchas personas que tengan los nervios de acero como para presentarse en el despacho del comandante druida y robarle la varita.

También se sentía culpable, pues no había sido capaz de impedir que todo esto sucediese. Pero, por encima de estas cosas, sentía miedo ya que, a pesar de todo, Encanzo quería a su hijo y sabía que Xar corría ahora un grave peligro.

Dos trasgos ancianos se posaron con seriedad sobre los hombros de Encanzo, que tamborileaba en la mesa con los dedos, aterrado.

—La mancha de la bruja no va a mejorar… solo es cuestión de tiempo que perdamos a Xar por completo en el lado oscuro. TENEMOS que

encontrar una cura… —suspiró—.

Pero primero debemos encontrarlo a él, antes de que se le acabe el tiempo. —Y luego, más para sí mismo—: ¿Podría haber prevenido yo todo esto? Caliburn tenía razón…

debería haber escuchado a Xar. Tendría que haber razonado con él, no herir su orgullo.

Pero entonces, la expresión de Encanzo se endureció.

—Que lo sienta por él no quiere decir que no sea extremadamente peligroso. Temo que sus puntos débiles pesen más que sus puntos fuertes, y que todos tengamos que sufrir por sus errores.

Ay, ser padre es mucho más difícil de lo que parece.

Y que seas mayor no quiere decir que no cometas errores.

Y esa es la historia de la Gran Fuga de Gormincrag. Por primera vez en mil años, no solo alguien consiguió escapar, sino que TODOS LOS PRESOS huyeron en una sola noche.

Los trasgos contarían esa historia durante muchos, muchos siglos. Era demasiado buena como para no contarla. Todos los fugitivos fueron capturados, por supuesto. Excepto dos.

Un hombre lobo.

Y Xar, hijo de Encanzo.

El primer ser humano en la historia que escapó de la prisión de Gormincrag lo hizo simplemente cruzando el Mar de las Calaveras a lomos de su gigante Apisonador, sus animales y el hombre lobo nadando a su lado.

—¡Soy el chico del destino! —dijo Xar, saliendo del agua por la orilla más lejana—. ¡Y la suerte está de mi parte!

Y desapareció, glorioso, salvaje y exultante, hacia la libertad de los bosques silvestres.

¿Pero era Xar realmente dueño de su propio destino? ¿Había escapado realmente gracias a su astucia y su buena suerte?

He de confesar que las estrellas del mal, los aletaspicudas y los tritones barbudos que habrían arrastrado a Xar y a sus compañeros hasta el fondo del mar, habían sido exterminados con un desgarro en las costillas, el

aliento ácido en los pulmones y un soplo de magia negra en los oídos antes de poder atacar.

Las brujas los habían exterminado.

PERO ¿POR QUÉ QUERRÍAN LAS BRUJAS QUE XAR ESCAPASE?

Ya he dicho que las historias te llevan por caminos inesperados.

SE BUSCA
Xar, hijo de Encanzo,
que ha escapado hace poco de
la prisión de Gorminerag.
Se ofrece una GENEROSA
RECOMPENSA a todo aquel
que nos ayude a atraparlo.
Firmado:
el
comandante druida

Os pido mil perdones, pero solo estamos al final del SEGUNDO capítulo y tengo que llevarte de vuelta al rey brujo. Todavía está suspendido en la cámara de la que te había hablado, a kilómetros de allí, en las Montañas de la Bruja.

En las entrañas de esas montañas, muy muy abajo, había cavernas donde las brujas llevaban durmiendo colgadas en grandes crisálidas oscuras siglos y siglos. Las crisálidas llevaban un tiempo rompiéndose. Una extremidad por aquí, una pluma por allá, un pico, una nariz… Y las brujas extendían sus horribles alas y salían volando de las cavernas, tan numerosas que no se podían contar, cruzando paisajes y más paisajes para empezar la destrucción.

Solamente el rey brujo seguía congelado e inmóvil. Había mandado a sus tropas a librar sus batallas, pero él no se había movido. Estaba esperando, y me temo que reservando sus fuerzas, para una batalla más grande que estaba por llegar. Su gran cabeza, con mandíbulas que podían desencajarse para tragarse un ciervo entero, colgaba sobre su pecho. Estaba colgado tan alto que, a pesar de su enorme tamaño, uno no se percataría de su presencia al entrar en esas cavernas construidas en su día por gigantes.

No estaría cumpliendo con mi deber como narrador si no te advirtiese de que el rey brujo estaba ahí arriba, colgado como una espada a punto de caer, oculto entre las sombras.

Pero todavía estaba muy muy lejos de nuestros héroes, querido lector. Y aunque puede que Xar haya escapado de la prisión de Gormincrag, nuestra otra heroína, Wish, todavía se escondía tras el Gran Muro de su madre, mucho más al este, en los territorios de los guerreros. Y mientras permaneciese allí, no corría ningún peligro.

EL FUERTE DEL GUERRERO DE HIERRO

de la reina Sythorax

3. El armario de castigo

D os semanas después de la impresionante fuga de Xar de Gormincrag, una joven princesa guerrera llamada Wish estaba encerrada en un armario en la Torre de Educación del Fuerte de los Guerreros de hierro de la reina Sychorax cuando hizo un importante, y quizás desafortunado, descubrimiento.

El Fuerte de los Guerreros de hierro era la fortaleza más grande que se pudiera imaginar, protegida por siete enormes zanjas y el gran muro que Sychorax acababa de reconstruir. Siempre estaba patrullado por guerreros en busca de brujas, que dispararían a cualquier cosa mágica que se les pusiera por delante.

Igual que Xar, Wish tenía problemas con el aislamiento.

Así es.

He dicho que estaba encerrada en un armario.

La reina Sychorax, la aterradora madre de Wish, esperaba visita, y siempre que la reina Sychorax tenía visita ordenaba a la señora Dreadlock, la tutora de Wish, que la encerrara con su guardaespaldas en el armario de castigo del aula hasta que la visita se marchara.

Así que Wish y su guardaespaldas llevaban encerrados en este estrecho armario horas y horas y horas, y la muchacha se había pasado el tiempo leyendo o escribiendo cuentos. A Wish no le gustaban demasiado los espacios pequeños, así que se animaba cantando en voz baja mientras leía o escribía.

—¡SIN MIEDO! ¡Esta es la canción de desfile de los guerreros! ¡SIN MIEDO!

Cantamos mientras desfilamos. ¡SIN MIEDO! Porque los corazones de los guerreros son fuertes. ¿Acaso se lamenta el corazón de un guerrero? ¿Acaso desfallece el corazón de un guerrero? ¿Acaso se hunde el corazón de un guerrero? NO, NO TIENE MIEDO.

Wish no era exactamente lo que esperarías de una princesa guerrera. Se suponía que las princesas guerreras eran como las seis hermanastras mayores de Wish: altas y fuertes, a las que se les daban bien las cosas como el tiro con arco y lanzar flechas a ogros a veinte metros de distancia. Sin embargo, Wish era pequeña, amable y resuelta, llevaba un parche en un ojo y su pelo rebelde flotaba en el aire como si tuviera electricidad estática.

Pero lo peor de todo, tenía MAGIA.

Wish siempre había sido un poco patosa y olvidadiza, pero cuando cumplió trece años le salió la magia y el problema no hizo más que empeorar. Se le escurrían las cosas de las manos como si fuesen agua o le daba un calambre solo con tocarlas, la ropa se le rasgaba, los zapatos se le desabrochaban, las llaves se le perdían, las agujas cobraban vida en sus manos, las alfombras se movían sin ninguna explicación bajo sus pies o se enrollaban por los extremos cuando pasaba por encima…

POR QUÉ tenía magia era un misterio, puesto que era una guerrera, pero lo cierto era que el parche escondía un ojo mágico y no era ningún tipo de magia habitual: era magia que funcionaba sobre el hierro.

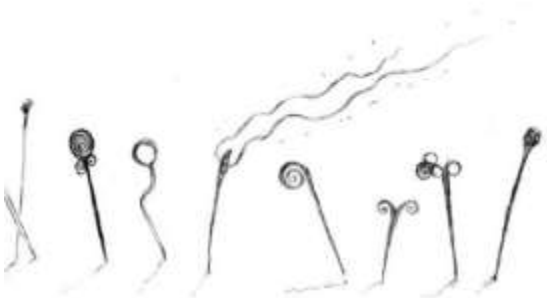
Y hasta el momento, el hierro era lo único sobre lo que la magia no podía actuar.

Una cuchara flotaba sobre el hombro de Wish.

Era una cuchara de hierro normal y corriente… salvo que estaba viva.

Estaba viva y se doblaba de un lado a otro, bailando al ritmo de la canción de Wish junto con unos treinta pequeños alfileres de hierro

que también danzaban, saltaban y se reagrupaban al son de la música. La cuchara emanaba una suave luz por la cabeza y alumbraba el armario, los alfileres de hierro y el libro que leía Wish.



Era un libro de hechizos de magos y ese era otro de los objetos encantados que Wish no debería tener bajo ningún concepto. Antes pertenecía a Xar, pero Caliburn se lo había dado a Wish por si las brujas regresaban en el futuro.

El *Libro de hechizos* es una guía completa de todo el mundo mágico, así que está repleto de recetas, pociones, cuentos de hadas; todo lo que necesitas saber sobre el mundo de la magia.

Fue en este libro donde Wish hizo el importante, y quizás desafortunado, descubrimiento.

—¡Espadín! —exclamó Wish con emoción—. ¡Mira! ¡He encontrado un HECHIZO

PARA DESHACERSE DE LAS BRUJAS!

Espadín era un chico enjuto y nervioso de la misma edad que Wish.

Encontraba el trabajo de guardaespaldas de la princesa bastante duro, porque no le entusiasmaba la idea de pelear —tenía la inoportuna tendencia a quedarse dormido en situaciones de peligro extremo— y tratar de controlar a la pequeña princesa incontrolable era una

tarea imposible, porque la chiquilla parecía no tener la más remota idea de cuáles eran las reglas.

Él también leía, en este caso un libro llamado *Las reglas del guardaespaldas guerrero: NIVEL SUPERIOR*, pero dejó el libro a un lado, entusiasmado aunque un poco desconfiado, para asomarse por el hombro de Wish.

Y ahí estaba, en una sección del libro llamada «Escribe tu propia historia».

A la izquierda de la página, Wish había escrito sus propósitos de Año Nuevo:

«Poroprositos de añio nuebo: 1. travajaré duro en lecturra y escriturra y calqulo para ser la mejor de la klasse. 2. daré vuena inpresión ha la profesora. 3. mí madre se alegará muxo y no la dezepcionaré».

A la derecha, Wish había escrito con una letra preciosa y totalmente distinta las palabras de un hechizo.

Hechizo para deshacerse de las BRUJAS.

Recoge los ingredientes y REMUÉVELOS con una cuchara mágica.

Ingredientes:

Uno: el último aliento de un gigante del Castillo de la Muerte.

Dos: plumas de bruja.

Tres: lágrimas de una reina de hielo.

Después del tercer punto, la letra se volvía un poco borrosa, como si hubieran sorprendido al escritor haciendo algo.

—¿Y quieres saber lo mejor de todo? —dijo Wish, con los ojos tan brillantes como estrellas. «En realidad no», pensó Espadín, que empezaba a tener un presentimiento muy muy malo—. *¡Ni siquiera lo estaba buscando!* Empecé a escribir un cuento en esta parte del libro, porque Caliburn me dio una de sus plumas para hacerlo, *¡y de pronto la pluma comenzó a escribir sola!*

—Ay, madre… —dijo Espadín, y su mal presentimiento empeoró—. ¿Estás segura de que no lo has escrito tú? Eso da un poco de repelús…

—¡Estoy segurísima! —dijo Wish—. No es mi letra y, desde luego, no es mi ortografía.

Eso era cierto.

Wish era muy lista, pero tenía algunos problemillas en cuanto a «lecturra, escriturra y calqulo». Podría deberse a la magia, pero de alguna manera todas las letras y los números deambulaban por su cabeza, realizando unos complicados pasos de baile y no se quedaban quietos por muy concentrada que estuviera. Era agotador.

Aquella misma mañana, su profesora, la señora Dreadlock, se había frustrado tanto con la ortografía de Wish que le había hecho escribir «Soy una vorrica» en un papel y se lo había colgado del cuello a modo de castigo.

Pero todas y cada una de las palabras que Wish enseñaba ahora a Espadín estaban escritas a la perfección.

—Tienes razón —confirmó Espadín—. Eso no tiene nada que ver con tu ortografía…

—¿Sabes qué significa esto? —dijo ella, agitando los brazos con entusiasmo—. Las brujas han regresado, ¡pero ahora tenemos un hechizo para deshacernos de ellas!

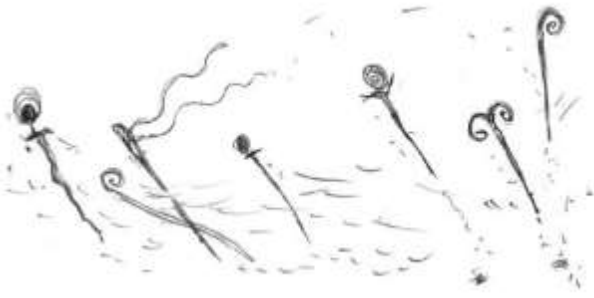
DEBEMOS darle este hechizo a Xar para que se lo dé a su padre y así los magos podrán contraatacar a las brujas…

Espadín la miró horrorizado. Fallaban tantas cosas en ese plan que no sabía por dónde empezar.

—Princesa —dijo él con mucho tacto, como si hablara con un lunático peligroso—, odio tener que decir esto, pero estamos encerrados en un armario, en un fuerte de guerreros rodeado por siete zanjas, cada una protegida por la guardia de tu madre. Y

Xar está en algún lugar ahí fuera, no tenemos ni idea de dónde, al otro lado del gran muro de tu madre. ¿Cómo vamos a salir de este armario? ¿Cómo pasaríamos el muro?

¿Cómo encontraríamos a Xar?



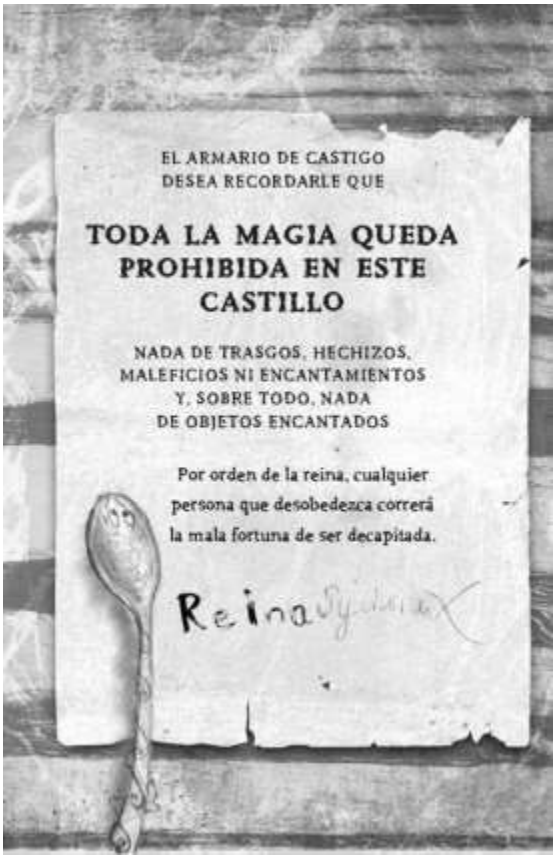
Wish frunció el ceño mientras pensaba.

—Hablaremos con mi madre —dijo ella—, se lo explicaremos todo y le pediremos ayuda.

—¿Todo? —dijo él con un chillido—. ¡No podemos explicárselo todo! ¿Qué me dices de tu magia y la cuchara y los alfileres y el *Libro de hechizos*? ¡Mira!

Había un gran letrero colgado en el interior de la puerta del armario.

El letrero decía:



—¡Ahí lo tienes! ¡Dice bien claro: **NADA DE OBJETOS ENCANTADOS**! ¡Va contra las reglas! —Espadín creía ciegamente en las reglas.

—La cuchara en sí no es un objeto encantado —replicó ella—. Cierto es que está un poco… viva… quizás demasiado nerviosa… pero es muy joven, tienes que tenerlo en cuenta. Puede estarse quietecita si tiene que estarlo, ¿a que sí, cuchara?

Servicial, la cuchara asintió, se volvió rígida y cayó de bruces en el hombro de Wish, haciéndose la muerta.

—¡Mira! —dijo Wish, orgullosa—. ¡Como una cuchara normal y corriente!

—¡Las cucharas normales y corrientes no asienten! ¡Las cucharas normales no se hacen las muertas! ¡Está quieta ahora, pero casi siempre da vueltas por todos lados! —

dijo Espadín, agitando los brazos en el aire con preocupación.

Ella se quedó pensando y luego dijo con voz muy baja:

—¿Crees que si le dijera a mi madre que tengo magia estaría muy decepcionada conmigo?

—¡PUES CLARO que estaría decepcionada! —dijo Espadín, tan alarmado que habló sin pensar—. ¡Está tan avergonzada de ti que te

encierra en un armario de castigo para que las visitas no puedan verte! ¡Y ni siquiera sabe lo de la magia!

Espadín se dio cuenta, demasiado tarde, de que se había pasado.

Wish tragó saliva y tres lagrimones le resbalaron por las mejillas.

En el fondo de su corazón, Wish sabía que era una decepción para su madre, lo veía en sus ojos cuando la miraba. «Ella querría que me pareciera más a mis hermanastras…» Pero que lo confirmara otra persona era aún peor.

—¿POR QUÉ mi madre no quiere que me vean las visitas? ¿POR QUÉ no le caigo bien a la señora Dreadlock, por mucho que me esfuerce? Es porque soy un poco rarita,

¿a que sí? —dijo Wish, desconsolada.

Espadín, comprensivo, le pasó una mano por la espalda.

—Tu madre no te conoce tanto como yo, princesa. Algún día serás una excelente guerrera, tienes muchas de las cualidades fantásticas de una guerrera, solo necesitas un poco de tiempo…

Wish se secó las lágrimas con la manga y se dejó las mejillas llenas de manchurrones.

—¡Mi madre es una persona magnífica —dijo Wish con determinación —, pero no debería avergonzarse de mí! ¡Le diré que tenemos que salir ahí fuera y ayudar a los magos!

—¡Pero los magos son nuestros enemigos! —dijo Espadín un poco histérico.

—¡También son seres humanos! —dijo ella—. ¡Y Xar es nuestro amigo! Mi madre levantó el gran muro para mantener a los guerreros a salvo, pero ¿qué pasa con los pobres magos que tienen que luchar contra las brujas ellos solos?

»A veces, cuando no puedo dormir por la noche —continuó con los ojos muy abiertos—, me parece escuchar más allá del muro el sonido de los gigantes aullando, como si los atacaran las brujas… ¿Tú no lo oyes, Espadín? ¿Se supone que tenemos que quedarnos aquí, protegidos detrás de nuestro muro, y dejar que esto continúe?

Santo cielo, a Espadín también le parecía haberlo oído. ¿Ves? Ese es el problema de conocer a tus enemigos. Cuando los conoces, es muy

difícil seguir odiándolos tal y como deberías.

—Xar no dejaría que su padre lo encerrara en un armario cuando tuviera visita —

dijo Wish con rebeldía—. Xar se enfrenta a su padre cuando cree que está equivocado.

Eso es lo que yo debería hacer, en vez de estar aquí sentada en un horrible armario oscuro, demasiado asustada para plantarle cara a mi madre…

—¡Es normal que estés asustada de tu madre! —dijo Espadín. Estaba algo confundido y empezaba a entrar en pánico—. ¡La reina Sychorax da muchísimo miedo!

¡Más miedo que un fantasma! ¡Más miedo que un perro del infierno! ¡Más miedo que

un hechicero de hielo que esté de muy muy mal humor! Por todos los dioses verdes…

¡¿qué vas a hacer?!

—Voy a salir de este estúpido armario de castigo, bajaré y le diré a mi madre que tenemos que encontrar a Xar y a su padre para darles este hechizo —dijo ella—. Hay bondad en mi madre. Es firme pero justa; me entenderá y nos ayudará.

Esta era una de las cosas más irritantes de Wish. Se empeñaba en ver lo mejor de las personas incluso cuando estaba muy claro que no lo merecían.

—¡Tu madre no es «firme pero justa»! —objetó Espadín—. ¡Tu madre es una tirana aterradora que encierra a la gente en armarios de castigo durante mucho tiempo cuando no han hecho nada en absoluto!

—Eso es justo lo que digo —razonó ella—, tiene que entender que lo que está haciendo está mal.

—No puedes decirle a un tirano aterrador que está equivocado y ya —farfulló Espadín—. Haces lo que te ordena y punto. Y retiro lo dicho, seguro que hay un buen motivo para que nos encierre en este armario… Se está muy a gusto aquí, ¿no te parece?

Nos han dado algo de comida para que no nos muramos de hambre… —Había, en efecto, dos cuencos de sopa y un poco de pan—. Y espacio para estirar las piernas…

¡Hasta puedo mover los dedos de los pies! Bastante acogedor, ¿no? Agradable y calentito para ser mediados de invierno y ¡SEGURO! Aquí estamos a salvo… No hay demasiadas telarañas… Hay suficiente oxígeno para dos personas…

—Es un armario —dijo Wish—. No podemos quedarnos en un armario para siempre. Y nos encierra aquí cada vez durante más tiempo… No, vamos a salir.

—¡TENEMOS QUE QUEDARNOS EN EL ARMARIO, WISH! —susurró Espadín con voz ahogada.

Pero Wish se arrodilló y miró por el cerrojo.

El *Libro de hechizos* tenía un alfabeto muy útil al principio y cuando Wish dio unos pequeños golpecitos en las letras para deletrear «A-v-r-i-r Z-e-r-r-a-d-u-r-a-s», las páginas se pasaron por arte de magia hasta la sección del libro «Hechizos para abrir cerraduras». *

Wish se apartó el parche un poquitín (no mucho; el ojo mágico era muy poderoso) y murmuró en voz baja las palabras del hechizo. La llave al otro lado de la puerta salió de la cerradura, pasó por debajo de la puerta al otro lado del armario, se levantó ella misma del suelo y

les hizo una pequeña reverencia.

En el mango de la llave apareció una boca y dijo con una vocecilla frágil y nerviosa:

—¿En qué puedo ayudaros?

—¡Habla! —susurró Wish encantada, puesto que nunca había hecho que un objeto mágico hablase.

— *¿¿¿Quieres… dejar… DE DARLE VIDA A LAS COSAS???* —susurró Espadín con los dientes apretados.

¿En qué puedo ayudarte?

—Podrías ayudarnos a abrir la puerta, llave —dijo Wish y la llave hizo otra reverencia, encantada, porque no había nada que les gustara más a los objetos encantados que cumplir con las cosas para las que fueron creadas. La llave subió dando saltitos y abrió desde el interior con tal entusiasmo que hubo una pequeña explosión y la madera de la puerta se partió por la mitad.

—¡Ups! —dijo Wish mientras la puerta partida por la mitad se abría.

—¡No es demasiado tarde para quedarse en el armario! —gritó Espadín mientras ella se apresuraba a salir—. Ay, madre… ¡que no se queda en el armario! Voy a tener

que seguirla… —gimió mientras recogía sus armas—. ¡Ha destruido el armario de la señora Dreadlock! ¡Ha salido de la clase sin permiso! —se quejó él, con los ojos muy abiertos del espanto mientras tropezaba al salir del armario y cruzaba el aula en dirección a las almenas—. Nos vamos a meter en MUCHOS PROBLEMAS…

¡Clang! ¡Clang ¡Clang! Espadín perseguía a Wish tambaleándose, tan rápido como podía, dado que llevaba dos juegos de armaduras.

—Espé… ra… me —decía él casi sin aliento.

Wish frenó un poco.

—¡Ay! Lo siento mucho, Espadín. ¿Voy demasiado rápida para ti? Vaya, llevas bastante armadura…

Espadín hizo una pausa para retomar el aliento.

—Ves, Wish, por esto no le caes bien a la señora Dreadlock… —gimió —. ¿Qué me dices de tus propósitos de Año Nuevo?

Era cierto, el segundo propósito de Año Nuevo, «daré vuena inpresión ha la profesora», no iba del todo bien, entre una cosa y otra.

—Espadín —dijo ella—, me da pena no caerle bien a la señora Dreadlock, pero hay cosas más importantes que los profesores y romper armarios. ¡Mira! En algún lugar al otro lado del muro, Xar y los magos están en apuros, *¡y nosotros podemos ayudarlos!*

Espadín tragó saliva.

—Ay, Dios, tienes razón, tienes razón, tenemos que ayudarlos… Pero es que las brujas son TAN ESPELUZNANTES… Y son invisibles hasta que te atacan, ¡así que podrían estar en cualquier parte! —susurró Espadín con los ojos desorbitados. Quiso mirar hacia atrás, pero el peso del casco y la armadura hicieron que tuviese que girar todo el cuerpo ciento ochenta grados—. No dejo de pensar que ya están aquí, que nos están siguiendo. Por eso llevo tanta protección.

—Puede que sea mejor no llevar tanta protección si no puedes ni moverte, Espadín

—le aconsejó Wish.

—Y tu madre está ocupada… No es un buen momento… Espera visita… ¡Ya me la imagino en la tribuna real! —Espadín señaló hacia abajo, al patio.

—¡Mi madre SIEMPRE está ocupada! Nunca es buen momento. No te preocupes, he practicado mis buenos modales, Espadín… —dijo Wish.

Y salió corriendo escaleras abajo.

Espadín saltó con tristeza de un pie a otro, lleno de angustia. No podía detener a la princesita cuando estaba con ese humor. Dejó el escudo y la mochila atrás porque pesaban demasiado y le hacían ir más lento y ¡clang!, ¡clang!, ¡clang!, bajó las escaleras tambaleándose detrás de Wish.

—Como mínimo —rogó Espadín cuando alcanzó a Wish en la parte baja de la torre, porque se le había salido un zapato y tuvo que volver a por él—, dame todos los objetos encantados. No puedes ir a la tribuna real con los bolsillos llenos de cosas mágicas prohibidas… Ya te las guardo yo mientras tú estás ahí.

Espadín tenía razón.

Le dio la cuchara, el *Libro de hechizos* y todos los alfileres encantados, que se prendieron con cuidado por toda la camiseta de Espadín. Y después se apresuró, abriéndose paso entre la multitud hacia la tribuna, mientras practicaba diciendo muy firme: «Estás equivocada, madre, equivocada. ¡Tenemos que ayudar a los magos!» y también sus buenos modales, por si acaso: «¿Qué tal está usted? ¿A qué se dedica?».

El verdugo, que era un buen hombre cuando no hacía su trabajo, la ayudó a subir al escenario detrás de sus hermanas.

Las seis hermanastras mayores de Wish eran unas guerreras pulcras y espléndidas, tan musculosas, peludas y poco amistosas como seis gorilas rubios bien acicalados.

Cuando se colocó detrás de ellas, la hermana más cercana en edad, Drama, le dio un codazo tan fuerte en el estómago que Wish casi se cae de la tribuna.

—¿Qué haces aquí, ratilla asquerosa? —gruñó Drama—. Madre está avergonzada de ti. No conviene que te vean los invitados.

La siguiente hermana mayor, Crueldad, le dio a Wish un pisotón en el dedo del pie y añadió con agrado:

—Madre se va a poner COMO UNA FURIA…

Quizás tuvieran razón.

La gran reina Sychorax estaba sentada en un trono imponente, justo en el medio del patio. Vestía toda de blanco, con solo una perla negra que colgaba de una oreja.

Wish, a la que le costaba respirar y saltaba a la pata coja por el recibimiento tan violento de sus hermanas, tenía un nudo en el estómago por los nervios.

Lo que le había parecido tan buena idea en el armario ya no se lo parecía.

Incluso a los ojos esperanzados de Wish, su madre no parecía «firme pero justa».

Parecía muy furiosa.

—¿Qué haces aquí, Wish? —siseó la reina Sychorax con la voz dulce de una cobra a punto de atacar—. ¿Cómo te atreves a desobedecer mis órdenes?

Y entonces le echó *esa mirada*.

Para la mayoría de las personas, la madre de Wish, la reina Sychorax, era la líder guerrera más aterradora de todos los bosques silvestres occidentales, conocida por sus severos castigos, su mal carácter y sus mazmorras de profundidad incalculable.

Para Wish, su madre era la persona más maravillosa, bella y

espléndida del mundo entero y, más que nada, ella deseaba complacer a su madre y obtener su aprobación.

Wish habría querido decirle a la reina que estaba equivocada.

Querría hablarle del hechizo para deshacerse de las brujas y cómo necesitaban llevárselo a Xar y a su padre y por qué no deberían construir muros que dejaran a los magos y a las pobres cosas mágicas solas ante el peligro.

Pero cuando su madre le echó *esa mirada*, una mirada de la más profunda y furiosa decepción, todas las palabras valientes que Wish pretendía decir desaparecieron por completo de su cabeza.

Abrió la boca… y la cerró de nuevo.

—Me ocuparé de ti después —dijo la reina Sychorax con los dientes apretados.

Era demasiado tarde para que Wish abandonara la tribuna.

Como los invitados de la reina ya habían llegado, uno de ellos se acercó al trono como si fuera un cangrejo, de manera amenazante.

—¡Quédate callada y no llames la atención! —ordenó la reina Sychorax a Wish—.

¡No te encorves! ¡No te inquietes! ¡No parpadees! ¡No te muevas!

—Sí, madre, no te causaré ningún problema, lo prometo… —dijo ella, afligida.

La visita de la reina Sychorax era una figura alta y extraña de un aspecto tan inquietante que Wish empezó a encontrarse mal y el pelo de la nuca comenzó a moverse y erizarse; se enredó como un nido de pájaro, como si cada pelo tuviera vida propia.

—¿Quién o qué es eso? —exclamó Wish, fascinada por el horror, tratando desesperadamente de aplastarse el pelo para que nadie se fijara.

—¿No lo sabes todo, bichito ignorante? —preguntó su hermanastra Drama, tratando de parecer despreocupada, aunque estaba muy asustada—. Es el Rastreabrujas.

«¡Deberíamos habernos quedado en el armario! —pensó Espadín, que había llegado a la tribuna real y miraba al Rastreabrujas—. ¡Deberíamos habernos quedado en el armario!»

4. El dedo índice del Rastreabrujas

E l Rastreabrujas tenía un rostro que parecía formado únicamente por una nariz. Una nariz que se agitaba y se estremecía ligeramente en la punta, como si en cualquier momento fuera a moverse de un lado a otro como un dedo índice.

El Rastreabrujas tenía unos dedos huesudos que temblaban como las patas de una mantis religiosa, como si pudiera oler con los propios dedos.

De su capa colgaban barbas de enanos. Pequeños cráneos de inocentes trasgos.

De su cinturón colgaban corazones de duendes, barbas de elfos y trozos de uñas de los pies de gigantes famosos a los que había matado (DESPUÉS de que estos se hubieran rendido, porque el Rastreabrujas no veía necesario mantener las promesas que habías hecho a los gigantes).

Estaba un poco irritado por haber venido desde tan lejos a esa selva primitiva en el quinto pino. Suponía que aquí la comida sería pésima, pero el emperador había insistido. Le hizo una reverencia indiferente a la reina Sychorax.

—¡Ah! El matamoscas —dijo la reina Sychorax inclinando la cabeza.

—Me llamo Rastreabrujas —dijo este, un poco tenso.

—Magnífico —dijo la reina Sychorax—. Bienvenido al Fuerte de los Guerreros de hierro. Te he convocado porque acabamos de hacer el importuno descubrimiento de que las brujas no se han extinguido del todo y necesito que captures a algunas para mí.

«Vaya —pensó Wish un poco más animada—. ¡Mi madre NO va a dejar que los magos luchen solos contra las brujas! Pero no sé si ha elegido a la persona adecuada para ayudarla…»

—Has elegido a la persona adecuada —dijo el Rastreabrujas con una sonrisa.

No le había gustado demasiado la palabra «convocado». ¿Quién se creía que era aquella reina provinciana?

—Déjame explicarte la situación. Esta piedra fue durante un tiempo

mi piedra arrebatamagia —dijo la reina Sychorax. Señaló al fondo de la tribuna, donde Wish se percató de que habían subido la piedra de las mazmorras, donde la solían guardar—. Y

durante muchos años ha absorbido con éxito la magia de muchos gigantes y trasgos.

Pero hace unos seis meses, resultó que la piedra encerraba a un rey brujo en su interior, que entonces escapó y en consecuencia tenemos una plaga de brujas en los territorios occidentales.

El Rastreabrujas se fijó bien en la piedra. Una espada sobresalía en la hendidura irregular que había roto la piedra de punta a punta. El Rastreabrujas intentó sacar la espada de la piedra agrietada. No cedió. Chasqueó la lengua.

—He construido un muro por todo el límite occidental de mi reino para proteger los territorios guerreros, pero necesito que tu escuadrón y tú salgáis allí fuera y deis caza a las brujas —dijo la reina Sychorax.

El Rastreabrujas movió la cabeza con desdén.

—Vaya, majestad, me sorprende ante todo que usaras un objeto mágico como este.

Deberías haber MATADO la magia, no arrebatarla… Esto no le gustará al emperador.

Los guerreros no suelen ser tan blandos.

Los súbditos de la reina Sychorax murmuraron inquietos y todos dieron un paso atrás, como si se alejaran del borde de un volcán que fuera a entrar en erupción.

Nadie hablaba así a la reina Sychorax.

—¿Blandos? ¿¿¿Blandos??? ¿Cómo te atreves a cuestionarme? —Lo dijo con una voz que podría haber congelado hasta la última célula del hombre más débil—. Solo utilizo magia para destruir magia, de un modo moderno y civilizado. El fin justifica los medios. Soy una gran soberana y TÚ no eres más que un simple matarratones. Te he mandado que captures a las brujas. ¡Así que corre y hazlo!

El Rastreabrujas dio un respingo como si le hubieran mordido.

Nunca había conocido a alguien con una actitud tan potente como la

de la reina Sychorax. Casi todo el mundo se encogía ante él, el terror del imperio. Miró hacia atrás a sus soldados, el Gran Escuadrón Cazamagia del emperador. La luz del sol brillaba sobre los cascos de hierro, las numerosas armas, el equipamiento atrapamagia.

—Creo que aquí el experto en brujas soy yo, majestad —le espetó el Rastreabrujas—.

Tu problema no son las brujas allá afuera, sino las brujas en este mismo patio.

«Ay, madre. Ay, madre. Ay, madre. Ay, madre —pensó Wish—.

DEFINITIVAMENTE no es la persona adecuada para ayudar.»

—¿De qué demonios estás hablando? —dijo la reina Sychorax, replicándole el doble de fuerte—. Ya te lo he dicho, ¡ninguna bruja puede pasar mi muro!

—¡ME HAS INVITADO AQUÍ PARA BUSCAR A LAS BRUJAS Y ESO TRATO DE

HACER! —gritó el Rastreabrujas, apuntando con un dedo tembloroso al aire.

Se adelantó y comenzó a olisquear a la persona más cercana, como si fuera un perro.

—Huelo a brujas… —siseó el Rastreabrujas con su voz aguda y chillona.

Un murmullo de horror recorrió el patio.

—Por el amor de Dios —dijo la reina Sychorax con un suspiro, pensando «qué mala pata, está chiflado», y se arrepintió de haber invitado a ese lunático a su reino. Solía dominar a la perfección a sus súbditos, pero eran muy supersticiosos y anticipaba que esto se le podía ir de las manos.

—¡Huelo a BRUJAS! —gritó el Rastreabrujas de nuevo, señalando el cielo con el dedo tembloroso, con una voz de ULTRATUMBA.

«Más loco que una caja llena de ranas. Más pirado que un árbol colmado de ardillas…», pensó la reina.

—Puedo oler la magia dondequiera que se esconda —gruñó el Rastreabrujas—. Me pasearé entre la multitud y apuntaré a cualquier persona que oculte la magia.

Se hizo un silencio sepulcral en el patio; no hacía falta la nariz del Rastreabrujas para detectar el olor del miedo.

Nervios y sudor.

Wish empezaba a tener mucho calor y la ropa le picaba por el cuello y la espalda.

—Por todo el muérdago susurrante, nunca te has encontrado a una bruja de verdad,

¿eh, matamoscas? —dijo la reina Sychorax muy irritada dando golpecitos con los dedos en los brazos del trono—. Lo sabrías si hubieses visto a alguna… Una criatura con plumas, sangre verde y garras…

—¡Ese tipo de brujas están extintas! —gritó el Rastreabrujas—. ¡Me refiero a las brujas modernas! ¡Las brujas de nuestro entorno!

—No encontrarás una pizca de magia aquí, matamoscas —dijo la reina

Sychorax bostezando—. Tengo un castillo muy limpio.

Wish intentó esconderse detrás de su hermanastra Drama para parecer incluso más pequeña y que no se notara su presencia. Llevaba el pelo tan encrespado e inquieto que tenía que aguantárselo con fuerza con ambas manos. A lo mejor nadie se fijaba.

«Por favor no me apuntes con el dedo…»

«Por favor.»

«Si me apunta con el dedo, no me dejarán salir del armario de castigo NUNCA MÁS…»

«Mi madre estará SUPERdecepcionada…»

«Pero eso es lo de menos, porque quizá yo acabe MUERTA…»

La nariz temblorosa estaba justo detrás de ella. Snif, snif, snif.

Los dedos se detuvieron, casi podía notarlo; el dedo huesudo estaba a punto de tocarle la espalda, como el espeluznante hueso blanco de una gallina. Ocurriría dentro de un segundo, dos…

Wish no podía aguantar más la angustia de la incertidumbre. Cerró su único ojo.

«Por favor, que no me toque con el dedo.»

«Por favor.»

El dedo se detuvo detrás de ella; estaba a punto de tocarla, lo sabía…

5. El dedo apunta a Wish… y cunde el caos

E l espeluznante dedo de gallina del Rastreabrujas tocó justo en el centro de la espalda de Wish.

—¡Ajá! —cacareó el Rastreabrujas triunfante, dándole la vuelta para verle la cara—.

¡Una bruja!

La multitud gimió, perpleja.

—Hola, ¿qué tal? —farfulló Wish, recurriendo desesperadamente a los buenos modales—. Bienvenido al castillo de los guerreros. ¿Ha tenido un buen viaje? Hace muy buen tiempo para esta época del año, espero que esté bien y… eh… ¿A qué se dedica?

El Rastreabrujas pestañeó, asombrado.

—Yo… cazo… BRUJAS… —rugió.

Había que reconocérselo a la reina Sychorax: en una situación de crisis, estaba más fresca que una lechuga. Se deslizó del trono como un elegante destello dorado y sujetó con firmeza el brazo del Rastreabrujas. Logró sonar un poco aburrida.

—No es una bruja, matamoscas —dijo la reina Sychorax—. Es mi hija, Wish. Será cierta deshonra para la tribu, pero desde luego no es una bruja.

—¡No puede ser hija de una reina guerrera! —murmuró el Rastreabrujas—. Tiene un aspecto muy extraño…

—Creo que conozco a mi propia hija —dijo la reina, tajante—. Pelo lamentable, escasa altura, participación guerrera totalmente deficiente… ¿Dónde están tus armas, Wish?

—Me las he dejado en el armario… —dijo Wish, que se miraba los pies con tristeza para no encontrarse con la mirada feroz de su madre.

—Pésima ortografía, desobediencia inefable, terrible postura —continuó Sychorax, más cruel que de costumbre, porque estaba ENFADADA—. Sí, no hay duda de que es ella.

—Pero este letrero que tiene en el pecho dice que es una «vorrica»… ¿Qué es una vorrica? —farfulló con recelo el Rastreabrujas—. ¿Es algún tipo de criatura mágica extraña del Oeste?

—Tú eres un borrico, matamoscas —dijo la reina Sychorax con su tono de voz frío y razonado—. Las brujas no se pueden esconder entre la gente. Te lo estoy diciendo, las brujas son completamente distintas. Tienen la sangre verde y alas con plumas. No se han extinguido, por eso te he convocado aquí.

El Rastreabrujas se enderezó. Mantuvo el dedo donde estaba.

—¡EL DEDO NUNCA SE EQUIVOCA! —gritó el Rastreabrujas—. ¡CACHEAD A LA VORRICA!

Sychorax se alzó a su plena altura imperial.

—¡Por muy indigna que sea mi hija, tiene sangre de la realeza y es descendencia directa de Grimshanks, el domador de ogros! —dijo la reina Sychorax—. ¡Más te vale no registrarla o me quejaré al emperador en persona! Wish se vaciará los bolsillos ella sola,

¿a que sí, Wish?

Gracias AL CIELO que Espadín le había quitado todos los objetos encantados, pensó Wish. Era el mejor guardaespaldas del mundo. Debería empezar, cuanto antes, a seguir su consejo.

Wish se metió las manos en los bolsillos con la esperanza de no encontrar nada, y palideció un poco. Sacó la mano despacio, la abrió y

allí estaba, sentado en su palma…

El Duendantiguo.

Y del otro bolsillo, con un terrible sobresalto, salió zumbando… Espachurro, que se apresuró a chillarle a Wish:

—Lo sssiento, Wisssh.

Wish no podía creerlo. *¿¿¿Qué narices hacía allí???*

De la nada, un halcón peregrino descendió como un torbellino de plumas y planeó un instante sobre la mano de Wish. Con una sincronización impecable —si ella hubiera estado de humor para valorarlo— el pequeño Duendantiguo se subió al pájaro y Espachurro se colgó de una de las garras del halcón y se fueron volando con él, mientras Wish los miraba con la boca abierta.

Se hizo un silencio incómodo.

Y luego se desató el caos.

—¡Tiene trasgos en los bolsillos! —chilló el Rastreabrujas—. ¡ES UNA BRUJA!

—¿Es esta tu idea —dijo la reina Sychorax con los dientes tan apretados que casi chirriaban— *de no causar ningún problema?*

—No sabía que estaban ahí, de verdad, madre… —rogó Wish con la cara muy pálida.

—¡CAPTURAD A LA VORRICA! —gritó el pirado de Rastreabrujas al tiempo que desenvainaba su espada.

—Puede que la princesa lleve trasgos en los bolsillos —gritó la reina

Sychorax temblando de ira, y sacó su propia espada—. Pero eso no convierte a esta pequeña desobediente en una bruja. ¡Guerreros! ¡PROTEGED A LA PRINCESA!

Y entonces se sobresaltó cuando…

¡CLANG, CLANG! ¡CLANG! ¡CLANG! ¡CLANG! La cuchara encantada atravesó la tribuna real, corriendo al rescate de Wish. Tenía una forma curiosa de impulsarse, como

si estuviera haciendo el pino y luego volviéndose a poner en pie, haciendo una voltereta lateral de la cabeza al mango y vuelta del mango a la cabeza.

—¿¿¿Qué es eso??? —chilló la reina Sychorax con desconfianza.

Tan rápida como un látigo, la cuchara encantada se colocó encima de la desconcertada figura negra y larga del Rastreabrujas.

¡CLANG! ¡CLANG! ¡CLANG! ¡CLANG! La cuchara encantada daba golpes en el casco del Rastreabrujas de un lado a otro tan fuerte que este soltó la espada y se tambaleó, con los oídos zumbando por el ruido.

Y por si las cosas no fueran lo bastante complicadas…

—¡NOS ATACAN LAS BRUJAS! —bramó Espadín, con una fuerza impulsada por el miedo. El ayudante de guardaespaldas logró, a pesar de los dos juegos de armadura, trepar a la tribuna real.

Espadín, que solo pensaba en las brujas, se había fijado en algo que

nadie más había visto. El problema de los agresores invisibles es que al final los ves por todas partes.

Pero esta vez Espadín sabía que estaba en lo cierto.

La garra de una bruja flotaba en el aire, en dirección a Wish y el Rastreabrujas.

Espadín asaltó la tribuna real gritando «¡UNA BRUJA! ¡UNA BRUJA!», lo que, como podéis imaginar, no calmó la situación precisamente.

—¡UNA BRUJA, WISH! ¡Hay una bruja detrás de ti! —chilló Espadín.

—¡CAPTURAD A LA VORRICA! —gritó todo el escuadrón cazamagia, que asaltó la tribuna detrás de Espadín.

—¡PROTEGED A LA PRINCESA! —gritaron los guerreros fieles a la reina Sychorax, que asaltaron el escenario detrás de ellos.

Ya os dije que era un caos.

—¡AJÁ! —se jactó el Rastreabrujas, triunfante, y por fin consiguió agarrar lo que le atacaba y apartárselo de la cabeza.

La cuchara dejó de luchar al instante y se hizo la muerta.

El Rastreabrujas se quejó perplejo.

—¿Me atacaba… una cuchara?

Se inclinó y olisqueó la cuchara por todos lados; con la repugnante punta de su nariz aspiró ruidosamente arriba y abajo como si fuera la de un sabueso.

La cuchara intentó mantenerse lo más rígida posible, pero llegó un momento en que no pudo aguantar más, ese olisqueo hacía muchas cosquillas. Aparecieron pequeñas ondas en los bordes como si se riera un instante, antes de volver a endurecerse.

El Rastreabrujas parpadeó. Seguro que lo que había visto no era posible. Las cucharas no se movían.

Un poco inseguro, se metió la cuchara en la boca, porque al fin y al cabo eso es lo que se hace con una cuchara. En el momento en el que la tocó con los labios, la cuchara empezó a moverse como loca, dando golpes a diestro y siniestro, desesperada por escapar.

El Rastreabrujas miró la cuchara horrorizado y gritó como si le hubiera picado un avispón:

— *¡¡¡Está viva!!!*

Era difícil saber quién estaba más alterado, si el Rastreabrujas o la cuchara.

La cuchara consiguió soltarse, le dio un golpe en la parte más sensible de la punta de la nariz y pegó un salto lo más rápido que pudo lejos del Rastreabrujas, antes de desaparecer entre las piernas de la persona más cercana.

— *¡¡¡¡Atrapad a esa cuchara!!!!!* —gritó el Rastreabrujas, sujetándose la nariz.

«Ojalá tuviera una espada…», pensó Wish, mirando con desesperación a su alrededor.

Justo delante tenía la espada encantada, que estaba bien clavada en la piedra que ya no arrebataba magia.

Wish se acercó y la cogió.

La reina Sychorax la contempló con la boca real entreabierta. Durante los seis últimos meses, Sychorax había usado cada truco que aparecía en todos los libros que conocía para sacar la dichosa espada matabrujas de la piedra, pues con el regreso de las brujas al bosque, la necesitaba con mucha urgencia. No había cedido de ninguna manera.

¡Seis meses!

Había convocado a gigantes, alientofétidos, los hombres y las mujeres más fuertes de cada rincón de su reino para sacarla. Incluso había intentado en secreto sacarla mediante hechizos (pues la reina Sychorax era una persona complicada y extraña, y no estaba en contra de usar magia para destruir magia, como hemos visto).

En vano. Nada había funcionado.

Y ahí estaba su hija pequeña, tan rara y decepcionante, ¡cogiéndola como si nada! La reina no solo estaba impresionada —muy a su pesar —, sino también algo desconcertada. Aquí pasaban cosas que no alcanzaba a comprender y odiaba eso con toda su alma.

Wish no era muy buena con la espada. Sin embargo, la espada encantada tenía un efecto especial que convertía a cualquiera que la blandía en el mejor espadachín del mundo. Así pues, Wish desarmó a uno, dos, tres cazadores de magia seguidos. («Buen trabajo», se dijo la reina para sus adentros, mientras la contemplaba.) Wish acudió en ayuda de Espadín que parecía luchar contra lo que parecía la garra de una bruja que flotaba en el aire, con cierta torpeza. Pobre Espadín porque, como Wish había dicho antes, es muy importante no llevar tanta armadura si eso te impide moverte.

El muchacho no podía girar la cabeza hacia el oponente invisible contra quien creía que estaba luchando; tenía que girar el CUERPO ENTERO ciento ochenta grados muy muy despacio.

Y por si fuera poco, la impactante visera de Espadín, que no le permitía ver nada de lo maciza que era, se bajó y este quedó a ciegas. La espada pesaba tanto que, cuando por fin consiguió levantarla y embestir con violencia el lugar donde creía que estaba su oponente, el peso pudo con él, perdió el equilibrio y…

¡CLANG!

Ese fue el sonido del casco de Espadín contra el suelo.

Se desmayó al instante, pues Espadín tenía un pequeño problema: sufría una enfermedad que lo hacía quedarse dormido en situaciones de peligro extremo.

—¡Espadín! ¡Despierta! —chilló Wish.

—¿Qué? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Quién? —Espadín se incorporó, sujetándose la cabeza.

—¡Fuerte de los Guerreros de hierro! ¡Posible ataque de brujas! ¡Ten cuidado! ¡Creo que va a lanzarse! —gritó Wish.

Estaba a punto de arremeter con la espada encantada hacia donde pensaba que estaba el agresor invisible…

Y se detuvo justo a tiempo.

No puede ser…

6. Y aún más caótico

P ues sí podía ser, sí.

El asaltante invisible se fue volviendo visible poco a poco ante Wish, mientras el hierro de los soldados que lo rodeaban hacía desaparecer el hechizo de invisibilidad que estaba usando. Era el chico mago: Xar, hijo de Encanzo.

—¡XAR! —exclamó Wish, que olvidó por completo dónde se encontraban por la alegría de volver a ver a su antiguo amigo—. Pero… pero… ¿qué estás haciendo aquí?

—Salvarte, aunque has saboteado mi misión —gritó Xar.

—¡Ese mago miserable y sinvergüenza! —dijo la reina Sychorax.

Xar, como ves, se había tomado muchas molestias para poder entrar en el Fuerte de Hierro de los guerreros. Necesitaba el *Libro de hechizos*.

Caliburn le había suplicado que no metiera a Wish en esto, pero Xar había dicho que pensaba colarse y recuperar el *Libro de hechizos* sin que se diera cuenta. Al principio, todo había ido según el plan. Había atravesado la muralla con el simple truco de acercarse a la puerta del castillo con la capa con capucha de la reina Sychorax, que le había robado hacía seis meses. La reina Sychorax tenía la costumbre de llevar estas impresionantes capas que le ocultaban el rostro para poder entrar y salir por la muralla sin que la reconocieran. Xar acababa de pasar por la puerta, con los trasgos escondidos bajo los pliegues de la tela, sin que lo vieran los centinelas.

Tardaron un rato en encontrar a Wish, recorriendo a hurtadillas los pasillos del fuerte usando hechizos de invisibilidad y ocultándose en esquinas discretas.

Cuando Wish y Espadín salieron del aula, los siguieron un Xar invisible y sus trasgos. Xar hizo tropezar a Wish al final de la escalera; de esta forma Duendantiguo y Espachurro podrían buscar el *Libro de hechizos* en los bolsillos. Sin embargo, cuando llegaron al patio, todo el hierro de alrededor los volvió visibles y cuando Wish llegó a la tribuna real, no parecía un buen momento para que se escapasen los trasgos.

Tormenta y Fuegofatuo iban a dejar que Wish se defendiera solita cuando el Rastreabrujas la acusó de ser una bruja.

Pero Xar estaba decidido a mantener su palabra de ser bueno. No podía abandonar a Wish… sobre todo porque habían sido los trasgos en los bolsillos los que la habían metido en problemas.

Inició un ataque invisible al Rastreabrujas… pero acabó placado por Espadín, el guardaespaldas, que confundió la espada desenvainada de Xar con la garra de una bruja.

Todo esto era nuevo para Wish, que no se había dado cuenta de lo que estaba pasando.

¿Salvarme? ¿Sabotear la misión? ¿De qué está hablando Xar?

Tras seis destellos, aparecieron seis trasgos de la nada; tras otros tres destellos más pequeños, aparecieron los duendeludos. Wish había echado mucho de menos a los trasgos y en cualquier otro momento se hubiera emocionado al verlos, pero ahora…

—No quiero ser antipática, pero este es muy mal momento para que aparezcáis —les dijo ella.

Con eso se quedó cortísima: la subestimación del milenio de la Edad de Hierro.

La repentina aparición de un chico mago, un cuervo parlante, seis trasgos y tres duendeludos, en ese fuerte guerrero lleno de cazadores de magos sedientos de sangre azuzados por un Rastreabrujas loco, fue como si aparecieran un pollo relleno y jugoso con diez pollitos adorables y suaves en mitad de una manada de lobos voraces que llevaran tiempo sin comer.

—¡Un MAGO y sus AMIGOS BRUJOS! —chilló el Rastreabrujas.

(Seguro que no había visto nunca a un brujo o bruja de verdad si creía que se parecían a Espachurro, pero los demás cazadores no estaban de humor para ponerse a identificar especies, así que se unieron todos con alegría.)

—¡ATRAPADLOS! —gritaron.

Esto sí era una crisis.

Los guerreros de la reina Sychorax debían apresurarse para impedir que los cazadores atraparan a la princesa, pero no iban a hacer lo mismo por Xar. En realidad, tal vez debieran unirse a los cazadores. Después de haberlo conocido hacía seis meses, Xar no estaba

exactamente en la lista de regalos para la víspera del solsticio de invierno de la reina Sychorax.

Sí, era una crisis de verdad.

Pero Wish, que no se parecía mucho a su madre, sí tenía algunas cosas en común con la reina Sychorax. Se le daban bastante bien las crisis. Se mostraba serena, templada y engañosa, si por engañosa nos referimos a lista.

Wish barajó las opciones en esa fracción de segundo en el que estaba claro que iban a matar a Xar si no proponía una solución ingeniosa *ipso facto*.

Se veía un poco limitada porque nadie le había enseñado a usar bien la magia, por lo tanto las opciones eran un poco escasas.

Podía quitarse el parche del ojo. Esto haría que el castillo se viniera abajo, lo cual crearía una distracción, pero a la vez sería peligroso y un poco confuso.

Podría usar el *Libro de hechizos* para lanzar un hechizo de invisibilidad o de transformación.

Sin embargo, Espadín tenía el *Libro de hechizos* y tardaría en sacárselo porque lo llevaba escondido cuidadosamente bajo muchas capas de armadura.

O…

Podía lanzar un hechizo que hubiera visto a alguien hacer antes, así podría copiarlo.

Wish pensó en seis meses atrás, cuando Tormenta había realizado el conjuro con el que consiguió que la puerta del dormitorio de Xar se desencajara del marco, como si fuera un anciano quitándose la chaqueta, y convertirla en una puerta voladora; así pudieron escapar del Fuerte de los Magos.

Se enrolló el parche un poco, solo una pizca, y miró la Torre de la Educación.

Imaginó que la puerta del armario de castigo (conocía muy bien esa puerta) se desencajaba con cuidado del marco como había hecho la puerta del dormitorio de Xar.

Deletreó la palabra que Tormenta había dicho mientras lanzaba el hechizo: M-E-U-V-E…

Por suerte, en la magia no importa la posición exacta de las letras. De hecho, parecía que la creatividad gustaba a la hora de lanzar hechizos. Potenciaba la magia, como añadir oxígeno en algún tipo de experimento químico.

—MATAD A LAS BRUJAS —vociferaban con las espadas desenvainadas los cazadores de magos mientras cargaban hacia ellos.

¡¡¡BUUUUUUM!!!!

La puerta rota del armario de castigo salió disparada por la ventana de la Torre de la Educación y bajó al patio vertiginosamente hacia todos ellos. Tuvieron que dejar de atacar a Xar y a los trasgos, identificados como brujos, y tirarse al suelo por miedo a ser decapitados.

El Rastreabrujas se frotó los ojos y se quedó mirando la puerta que subía y luego daba la vuelta para volver a bajar en picado.

—¿Qué es eso? —susurró el Rastreabrujas, incrédulo.

—Parece una puerta, señor —dijo su sargento, avispado.

—¡Sé que es una puerta, idiota! —espetó el Rastreabrujas—. Pero ¿por qué vuela como un pájaro?

La puerta bajó planeando y chirriando hasta que se detuvo frente a Xar y Wish.

—¡El chico mago me quiere secuestrar! —vociferó Wish, agarrando a Xar por el brazo y arrastrándolo hacia la puerta. Los trasgos, a quienes les costaba volar por todo el hierro que los rodeaba, se subieron a la puerta a su lado.

—Menudos reflejos, princesa. —Xar sonrió.

Ni él ni los trasgos podían hacer volar la puerta porque tenía una cerradura y bisagras de hierro.

—¿Cómo hago que funcione? —dijo Wish, alarmada. Nunca había conducido una puerta voladora.

—¡Usa la llave! —le aconsejó Caliburn.

Sin pensárselo dos veces, Wish tocó la llave y luego apartó el brazo

bruscamente, como si le hubiera picado.

—¿Adónde queréis ir? —preguntó la llave con una voz animada a la par que chirriante, mientras movía la cabeza como si fuera una boca.

—Hacia arriba… —dijo Wish—, ¡queremos ir hacia ARRIBA!

Volvió a tocar la llave con un poco más de cuidado esta vez y la movió suavemente hacia arriba. La puerta se elevó con tanta fuerza que casi se cayeron todos.

—¡Tenemos que volver a por Espadín! —gritó Wish—. No podemos dejarlo ahí; mi madre está hecha una furia y dirá que todo es por su culpa, por no haberme cuidado.

—¡JA! —dijo Xar—. ¿Es necesario? Estorba un poco, la verdad. De no haber sido por la intrusión de Espadín, habría ESPACHURRADO a ese tipo horrible con la nariz tan grande…

—Esssto… creo que Essspadín tiene el libro de los hechizosss, jefe —zumbó Espachurro—. No essstaba en losss bolsillosss de Wish.

—¡Volvamos a por Espadín! —dijo Xar, dando un puñetazo al aire.

Wish giró la llave encantada hacia la derecha y la puerta del armario de castigo giró bruscamente, trazando un círculo, y bajó en picado para regresar. Todos los que se habían empezado a levantar, se tiraron en plancha por segunda vez.

Xar y Wish tuvieron que inclinarse y arrastrar a Espadín hasta la puerta, de lo pesada que era la armadura.

—¡Que nadie dispare o la princesa morirá! —gritó Wish por un lado de la puerta mientras esta volvía a subir, algo temblorosa por el peso de Espadín, y sobrevolaba la multitud hacia delante y hacia atrás.

La única persona que seguía en la tribuna real era la reina Sychorax. Habría preferido MORIR antes que tirarse al suelo en plancha.

Sin embargo, estaba nerviosa, muy nerviosa. La situación se le había ido de las manos por completo.

Blandió la espada hacia la puerta gritando; la reina Sychorax había perdido los nervios.

—¡BAJA DE INMEDIATO, WISH! ¡Una princesa guerrera no vuela encima de las puertas! ¡Una princesa guerrera no permite que la

secuestren!

—Ay, vaya, está muy enfadada —dijo Wish mirando por el borde de la puerta—. Me alegro de haberte dejado ahí abajo con ella, Espadín… —Y luego, a su madre—: ¡Los secuestros no se permiten, madre! Pasan sin más…

No obstante, la reina Sychorax no era ingenua y sabía quién había secuestrado a quién.

—¡NO ABANDONÉIS LA PROTECCIÓN DE ESTE FUERTE BAJO NINGÚN

CONCEPTO! —ordenó la reina Sychorax—. ¡NO CRUCÉIS ESA MURALLA; OS

EXPONÉIS A MI MÁS TAJANTE DESAPROBACIÓN!

Coge como medida la mirada habitual de decepción de la reina Sychorax cuando mira a su hija, luego multiplícala por DIEZ y tendrás una idea de la cara que ponía la reina al ver a Wish y a sus despreciables amigos sobre la puerta voladora.

—¡Lo siento, madre! —dijo Wish con aire de culpabilidad—. ¡No te preocupes!

¡Volveré lo antes posible, lo prometo!

Y entonces la puerta del armario de castigo subió cada vez más ARRIBA…

Sobre las almenas…

Y hacia la muralla de la reina Sychorax.

La reina Sychorax suspiró con ira y resignación. Aunque su hija la volvía loca, no quería que le dispararan.

—¡Que nadie dispare a la puerta! ¡La princesa está pasando por la muralla! —gritó al centinela de la Torre de la Educación.

Y la sorprendente petición fue pasando de centinela a centinela, de torre a torre, por todas las fortificaciones y almenas de la gran muralla de la reina Sychorax.

—¡Órdenes de la reina! ¡Que nadie dispare a la puerta!

La muralla de la reina Sychorax tenía que ser un lugar inaccesible, infranqueable e inescalable para brujas y todo lo mágico. Los centinelas estaban deseosos de derribar esa puerta con sus arcos mientras esta volaba de forma majestuosa y algo irregular por encima de sus cabezas, sobre todo cuando Xar se asomó por un lado y los saludó con descaro.

Sin embargo, estaban demasiado asustados para desobedecer órdenes.

La reina Sychorax vio cómo se alejaba. Cerró los ojos durante un segundo mientras la puerta iba dando tumbos de un lado a otro y caía en picado varias veces antes de sobrevolar el bosque.

Con la torpe de su hija al mando, sería un milagro si conseguían volar más de cinco minutos por el bosque sin chocar con nada.

Pero, además de la ira, en el rostro de la reina también se observaba una emoción mucho más inusual en ella.

Miedo. Sabía que su hija se encontraba en un peligro terrible.

Tap, tap, tap… los pequeños y furiosos pies de la reina Sychorax repiqueteaban sobre la tribuna real mientras el Rastreabrujas y los cazadores de magos se incorporaban con cuidado y con una sensación de desventaja, ya que la reina era la única que había permanecido de pie.

Los guerreros de la reina Sychorax se quedaron donde estaban, hechos un ovillito, como erizos tapándose la cabeza con los brazos, porque

sabían que la reina estaba a punto de decir lo que pensaba y, hasta entonces, lo mejor era no llamar la atención.

La soberana entrecerró los ojos y entonces arremetió con unas palabras que rezumaban un desprecio y un sarcasmo venenosos como si fueran picaduras de serpiente.

—¡Te considero responsable de todo este desastre, matamoscas! —bramó Sychorax—. ¡Gracias a tu patética incompetencia al seguir órdenes y hacer tu trabajo, MI HIJA ha salido de la protección de MI castillo y la han metido en un terrible peligro!

¡Porque ahí fuera, más allá de MI MURALLA, hay brujas DE VERDAD, aunque no reconocerías a una ni aunque te mordiera en la nariz! ¡Y esas brujas de verdad van a perseguir a mi hija para intentar matarla! ¡Y todo esto es POR… TU… CULPA!

Rastreabrujas abrió la boca y volvió a cerrarla.

A continuación, se levantó y alzó el dedo lleno de miedo, temblando con indignación. No había conocido nunca a una mujer tan horrible.

—¡Nada de esto es mi culpa, eres tú quien tiene un problemón, reina Sychorax!

¡Intentaste ocultar que tu hija es una «VORRICA» muy peligrosa que se codea con sujetos mágicos malignos!

—¡La han secuestrado! —dijo ella—. ¡Y eso de «VORRICA» no existe, bobalicón ignorante!

Temblando de la rabia, el Rastreabrujas se volvió hacia los cazadores de magos con un giro de la capa tan contundente que hizo chocar las cabezas de los duendes que llevaba al cuello con las uñas de los dedos de los pies de los gigantes.

—¡A POR ELLOS! —gritó el Rastreabrujas—. ¡CAZADORES DE BRUJAS, A LOS

CABALLOS!

¡CAZADORES

DE

HADAS,

PREPARAD

LAS

REDES!

¡MATAGIGANTES, AFILAD LAS HACHAS! ¡LOS ATRAPAREMOS!

El Rastreabrujas se subió al caballo de un salto y, entre gritos terribles, la tropa salió del castillo.

La puerta encantada se veía más pequeña en la distancia ahora que estaba desapareciendo por el gran bosque oscuro. Detrás de ella iban cazadores de magia, con los rabiosos perroslobo ladrando —estaban fuera de sí como si hubieran visto a un zorro— y el Rastreabrujas gritando al frente, con la capa volando a la espalda, mientras perseguían la puerta y se adentraban en el bosque.

No sé si has visto alguna vez una caza en pleno apogeo, pero es terrorífica.

—En esa caza harán trizas a Wish cuando la alcancen —dijo Drama, satisfecha.

—Nada de eso —dijo la reina Sychorax sombríamente—. Yo llegaré primero hasta el Rastreabrujas. ¡Guerreros! —Pisó la tribuna real una y dos veces—. ¡En pie! ¡Ensillad mi caballo de caza! ¡No hay tiempo que perder! ¡Tenemos que atrapar a una princesa!

7. Al otro lado de la muralla

M ientras se dirigían a la infranqueable, inaccesible e invencible muralla de la reina Sychorax, Xar soltó un grito de victoria.

—¡Lo conseguí! —vociferó dando un golpe al aire.

—Querrás decir «lo conseguimos» —lo corrigió Wish.

—¿Qué camino cogemos ahora? —preguntó la llave encantada, animada.

—Nunca había visto un objeto encantado que hablase —dijo Xar.

—¡No sé lo que estoy haciendo! —respondió Wish un poco histérica—.

No pretendía dar vida a las cosas.

A Wish le estaba costando controlar la puerta voladora. Parecía muy fácil cuando lo hizo Xar hacía seis meses, pero al hacerlo ella, la puerta iba demasiado rápida y zigzagueaba descontrolada por todos lados…

Un poco como las emociones de Wish.

Sabía que debía sentirse aterrorizada e inquieta, que las princesas guerreras no debían volar sobre puertas acompañadas de magos. Había intentado con todas sus fuerzas ser una princesa guerrera, concentrarse en las matemáticas, la lengua y el manejo de la espada.

Sin embargo, en el fondo, estaba hasta el moño de tener que averiguar si una palabra se escribía con «b» o con «v» o qué pasaba si restabas «x» a «y» y si debería llevar los deberes al aula de la señora Dreadlock o a los establos, porque las clases eran cada dos jueves.

Evidentemente estaba asustada y apenada por la decepción y el enfado de su madre, pero, en parte, Wish estaba emocionadísima de volver a vivir aventuras y sobrevolar las almenas, cada vez más alto, para cruzar la muralla de la reina Sychorax, con la melena ondeando al viento. ¡Iban a cruzarla de verdad! Asomada al borde de la puerta, veía las figuritas de los centinelas gritando sin disparar desde muy muy abajo.

El corazón le latía muy rápido… ¡Habían pasado la muralla! El gran bosque se extendía varios kilómetros como una gran alfombra verde en todas direcciones, llena de emociones y de posibles peligros.

Y el peligro fue instantáneo, ya que la puerta, descontrolada, se estaba hundiendo; Espadín señaló a las diminutas y lejanas figuras de los cazadores que salían en tropel de las puertas de la fortaleza. Tenían que alejarse todo lo que pudieran si no querían que los atraparan demasiado pronto.

—¡Espadín! —ordenó Wish—. ¡Quítate la armadura que nos hundes!

Y mientras Espadín arrojaba una coraza tras otra, lanzas, espadas, protectores para piernas y brazos, y todas las piezas iban cayendo al bosque, el extremo delantero de la puerta se fue elevando y, aunque esto no la ralentizó —de hecho iba aún más rápido—, sí la hizo más fácil de controlar. El corazón de Wish también se elevaba.

La puerta encantada pasaba zumbando sobre el follaje del bosque cual flecha y Wish pensó con alegría: «¡Ya no nos atraparán! No esta noche, al menos».

Pasaron sobre el río Irregular y fueron mucho más allá; salieron del territorio de la reina Sychorax, de la aburrida vida real, del armario de castigo y de las horribles hermanastras, y se adentraron en la emoción y el dramatismo de los bosques silvestres de los magos.

Sin embargo, ya lejos del territorio de la reina Sychorax, sobrevolando

el bosque, la euforia de Wish desapareció. Había algo raro en la tierra que veía, algo distinto desde la última vez que había volado sobre ella. Normalmente se veía el humo acogedor de los

gigantes errantes que recorrían el campo lentamente o de las hogueras de los campamentos de magos, o las grandes bandadas de trasgos parlanchines que migraban al sur o al norte, según la estación. Pero ahora no había ninguna señal de humo, ni un sonido.

En el bosque reinaba un silencio extraño y lo peor eran los siniestros círculos ennegrecidos cortados en la vegetación, como si un niño los hubiera cortado con unas tijeras enormes.

—Dios mío… —susurró Wish—. Esto lo han hecho las…

—Brujas. —Xar, triste, terminó la frase.

—¡No tenía ni idea! —dijo ella.

Era una sensación horrible saber que mientras la vida transcurría de una forma normal en los territorios de los guerreros y estos entrenaban y hacían sus tareas de matemáticas como siempre, se habían librado unas batallas terribles a este lado de la muralla.

—Sí, bueno, esto es típico de tu madre —dijo Xar—. Mientras vosotros estéis a salvo, nosotros le importamos muy poco. Ha dejado que nos exterminen.

—Eso no es verdad del todo —dijo Wish—. Ha contratado al Rastreabrujas y a los cazadores de magos, ¿no?

—Si el Rastreabrujas es ese hombre narigudo y el dedo raro con que señala, ¿crees de verdad que va a mejorar la situación? —preguntó él.

Wish tenía que darle la razón, la llegada del Rastreabrujas a los bosques no podía considerarse una mejora.

—No, todo depende de MÍ —dijo Xar, malhumorado—. Al fin y al cabo, YO soy el chico del destino.

Espadín había cerrado los ojos al oír la palabra «brujas». Era oír hablar de ellas y se le revolvía el estómago, sobre todo porque se había deshecho de la mayor parte de la armadura. No le gustaba mucho volar y Wish, que tampoco era una piloto de primera, estaba moviendo la puerta arriba y abajo con tanto brío que le daba la sensación de haberse dejado el estómago en el castillo.

—¿Por dónde voy? —dijo Wish.

Xar señaló a la derecha.

—Los gatos de las nieves y Apisonador nos están esperando en algún lugar en esa dirección —dijo.

El aterrizaje no sería un camino de rosas.

Cuando alcanzaron el dosel arbóreo, a Wish le costó aminorar la marcha. Encima, como siempre se confundía un poco con la izquierda y la derecha, la puerta zigzagueaba frenéticamente por los árboles hasta que encontró un pequeño claro y al final aterrizó de golpe y con tanta fuerza que los tres salieron despedidos.

—Guau —dijo Xar con cierto respeto, mientras se levantaba y se sacudía la tierra—,

¡menuda conductora de puertas estás hecha, Wish! —Seguidamente levantó enérgicamente el brazo y exclamó—: ¡LO HE CONSEGUIDO! ¡Misión cumplida!

¡Miradme, dioses de los árboles y el agua, e inclinaos como muestra de respeto!

—¡Síií, bien hecho, Xar! ¡Bien hecho! —vociferó Espachurro, emocionado—. ¡Eres brillante, realmente brillante!

—Lo soy —dijo él, sonriendo—. ¡Un chico de trece años volando ha conseguido lo imposible dos veces: escapar de la prisión de Gormincrag y cruzar la supuesta muralla infranqueable de la reina Sychorax…. No UNA, no, ¡DOS VECES! ¡SOY EL CHICO DEL

DESTINO! ¡SENTID MI PODER! —Echó la cabeza hacia atrás y aulló —: ¡Urrr urrr URRRR! ¡Urr urr URRRR!

Wish y Espadín se levantaron y se dieron cuenta de la magnitud de lo que acababa de pasar. Fulminaron al autoproclamado chico del destino con la mirada.

—¿No me vas a dar las gracias por haberte salvado? —dijo Xar, echando más leña al fuego—. ¿O es que los guerreros no dan las gracias?

Pero ¡qué cara tenía!

—¡Ja! ¡JA! ¿Que tú nos has salvado? —exclamó Wish, indignada, con

los brazos en jarras—. ¡NOSOTROS te hemos salvado A TI! ¡Si yo no hubiera encantado esa puerta, los cazadores de magos te hubieran matado! ¡Y ahora Espadín y yo estamos metidos en un buen problema!

—¡Ayudarme era lo menos que podías hacer cuando todos tus familiares estaban atacándome! —dijo él—. ¡Tus guerreros no son amistosos con los invitados, precisamente!

—¿Invitados? ¡A los invitados se les invita! ¡Los invitados son educados! ¡Los invitados no se cuelan volviéndose invisibles e intentando robarte cosas! —dijo Wish—.

Creo que la palabra que buscas es «ladrón» y no «invitado».

—¡Ese *Libro de hechizos* es mío! —gritó Xar—. ¡Lo necesito para una misión muy importante! Y hablando de robar, los guerreros sabéis mucho de eso, ¿no? Sois los mayores ladrones del mundo, lleváis robándonos el bosque desde tiempos inmemoriales.

—¡No puedes robar un bosque! —vociferó Wish—. ¡El bosque es de todos!

—Eso se lo cuentas a tu madre —dijo Xar fulminándola con la mirada.

—Tu padre es tan malo como mi madre, que lo he visto —dijo Xar.

El mago y la guerrera estaban cara a cara en el bosque insultándose el uno al otro, como sus antepasados habían hecho a lo largo de la historia, incluso desde que los guerreros los invadieran por primera vez desde el mar y ambos grupos de humanos empezaran a luchar en los bosques hacía siglos ya.

Caliburn suspiró.

Por muchas vidas que viviera, parecía que estos humanos no cambiaban nunca.

Esperaba algo mejor de estos dos, pero quizás fueran como los demás…

Aun así, Xar no estaba muy contento con su padre, así que tuvo que darle la razón a Wish por lo último que había dicho. Y a Wish le

pasaba lo mismo con su madre.

Los dos callaron.

—No deberíamos pelearnos, Xar —dijo Wish al final dándole la mano para que se la estrechara—. Me quedé muy preocupada por lo que te pasó y me alegro de que estés a salvo. Pensaba que éramos amigos…

Xar no tenía muchos amigos en ese momento entre unas cosas y otras, y Wish le caía bien, aunque fuera su enemiga. Le tenía cariño incluso a ese guardaespaldas tan raro que no dejaba de quedarse dormido.

—Gracias por ayudarme al hechizar la puerta. —Le estrechó la mano, sonriéndole—.

Y me gusta cómo conduces las puertas.

Quizá sí que hubiera esperanza para los humanos después de todo.

—Y ha sssido divertidísssimo, ¿no? —siseó Tormenta, que apareció a su lado—. El Rastreabrujasss chillaba como una lechuza… «¡Esssta cuchara essstá viva! ¡Esssta cuchara essstá viva!»

Ahora que el peligro había pasado, todo era divertido; Wish y Xar, los trasgos e incluso Espadín se reían al acordarse del Rastreabrujas. La cuchara hizo el gesto de golpearle en la nariz.

Caliburn también se reía, hasta que se dio cuenta de la situación y tosió.

—Solo te recuerdo que se supone que has quedado con los demás aquí, Xar…

El chaval dejó de reírse.

—¡Ay, sí! Tienes razón, Caliburn. —Silbó un par de veces—. A ver, ¿dónde están esos gatos de las nieves? ¿Y Apisonador? Les dije que no se alejaran. ¡Ah, ahí estáis! —

exclamó Xar cuando de la penumbra del bosque aparecieron tres increíbles linces que se le acercaron y, como si fueran unos gatitos juguetones, lo saludaron con tanto entusiasmo que lo tiraron al suelo y empezaron a lamerle la cara.

—¡Nocturnojo! ¡Gatorreal! ¡Corazónverde! ¡Apisonador! —canturreó Wish, contenta, mientras el gigante avanzaba hacia el claro a grandes zancadas, empujando los árboles para abrirse paso, con la cabeza a la

altura de las ramas más altas. Abrazó a los gatos hundiendo la cara en su pelaje suave e intenso, y luego abrazó al gigante por el tobillo.

—Ay, os he echado muchísimo de menos a todos…

—¡Y todosss a ti también! —exclamó emocionado Espachurro, que se metió en su pelo e hizo un pequeño y alegre nido en él—. ¡Mi ridíncula ser humúngula!

—Bueno, algunosss… —dijo Fuegofatuo para demostrar que no TODOS los trasgos eran igual de sentimentales que Espachurro. Dio un pequeño soplido de trasgo que congeló el flequillo de Wish pegándoselo a la frente—. Yo no… yo odio a losss guerrerosss…

—Y este es Duendantiguo —dijo Xar señalando al trasgo pequeño sentado a la espalda de un halcón peregrino que acababa de aterrizar en su hombro—. Es un nuevo miembro del equipo de trasgos. Tu malvada madre le quitó la magia, pero está aprendiendo a vivir sin ella, ¿verdad, Duendantiguo? Las alas no le funcionan, pero ha aprendido a volar sobre este halcón peregrino.

Duendantiguo tenía el tamaño y la forma de un trasgo, pero no le brillaba ninguna luz en el pecho. El color se había desvanecido de tal

forma que difícilmente se podía saber cómo era… antes. Tenía las alas marchitas sobre los hombros y las orejitas puntiagudas, caídas y dobladas.

—Encantada de conocerte —dijo Wish, saludando a Duendantiguo con timidez.

Parecía que este no había perdonado a Wish por lo que había hecho su madre. Tenía la mirada fija en la distancia, como si ella no estuviera ahí. Sin embargo, ella estaba tan contenta que no se molestó.

La verdad es que, cuando la mayor parte de tu vida tus únicos amigos son un ayudante de guardaespaldas y una cuchara, es reconfortante ver a otros que estén en la misma onda, aunque algunos sean un poco irritantes a veces y se suponga que son tus enemigos mortales.

De repente, Espadín desenvainó la espada y gritó:

—¡Un hombre lobo! ¡Detrás de mí, Wish! ¡Hay un hombre lobo! —Acababa de ver a Solitario en las sombras detrás de los otros lobos, moviendo la cola de forma inquietante de un lado a otro.

—¡Ah, no pasa nada, es un amigo! —explicó Xar, quitándole importancia con un ademán—. Lo conocí en Gormincrag.

—¿Un amigo? ¡Eres amigo de un hombre lobo! —dijo Espadín. Eso era demasiado, incluso para Xar—. Se dice que los hombres lobo acompañaban a las brujas y… ¿qué hacías tú en Gormincrag? ¿Eso no es una prisión?

—Solitario era inocente, no tendría que haber entrado en la prisión, para empezar —

dijo Xar—. Y para ser un hombre lobo colmilludo es muy simpático, solo necesita un poco de ayuda con sus modales.

—¿No dicen TODOS los que están en prisión que son inocentes? —preguntó Espadín, que miraba al hombre lobo sin tenerlo muy claro. Este arañaba el suelo con desesperación, como si se aguantara las ganas de despedazarlos a todos.

El hombre lobo le enseñó a Espadín los dientes de forma amenazadora.

—Ay, Espadín, no seas tan prejuicioso —le regañó Wish—, este hombre lobo podría ser muy majo…

El hombre lobo se detuvo un momento y se puso tenso al sorprenderse. Nunca había conocido a ningún guerrero, porque llevaba toda la vida encerrado en Gormincrag y esta era la primera vez que alguien lo describía como «muy majo». La mayoría de las personas huían despavoridas.

—¿Por qué estuviste en prisión, Xar? —preguntó Wish—. ¿Y para qué quieres el *Libro de hechizos*? Te lo hubiera devuelto, no hacía falta que te colaras para robarlo.

—Caliburn no quería que te metiera en esto —dijo Xar—. Y necesito un libro de hechizos para que la vara de mi padre funcione bien. Necesitaré toda la magia posible para la misión que voy a emprender… Una misión para deshacerme de… esto.

Se quitó el guante.

Wish y Espadín dieron un grito ahogado.

—Deja de hacer eso —se quejó Caliburn, que se tapó los ojos con un ala al tiempo que los trasgos se encendían de un color verde intenso, siseando y maldiciendo, asustados. Los gatos de las nieves y los hombres lobo se agazaparon, gruñendo.

Espachurro se metió en el pelo de Wish temblando como un flan y se metió otra vez en el nidito.

—Ay… madre… mía —susurró Wish, horrorizada—. ¿Qué te ha pasado en la mano? Es una marca de bruja, ¿verdad? Pensaba que la piedra arrebatamagia te la había borrado. Vimos cómo te la borraba en la mazmorra de mi madre.

—Sí, bueno, no la eliminó del todo —dijo Xar—. Lo bueno de esto es que ahora puedo hacer magia. Eso era genial en un principio, pero lo malo es…

—Que es magia negra —terminó Caliburn—. Una magia negra muy peligrosa. Y, como veis, está yendo a peor.

Espadín y Wish se estremecieron sin dejar de mirar la mano de Xar.

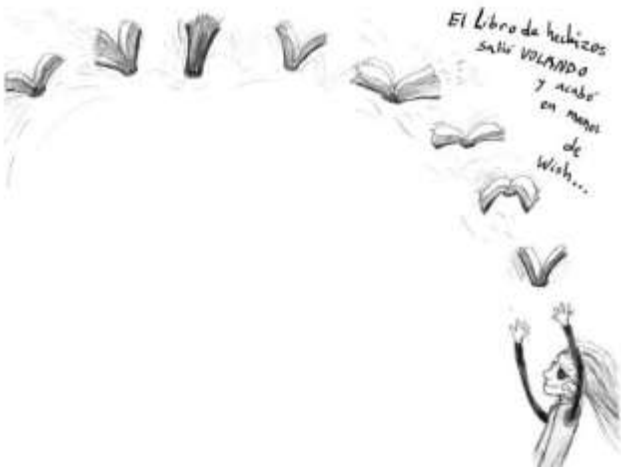
—Es horrible. ¿No creerás que…? ¿No te preocupa que… te vuelva malo, Xar? —

preguntó Wish tímidamente y le puso una mano en el brazo.

Notó un poco de frío al tocarlo, como el aliento de un fantasma en la nuca. Xar no tenía buen aspecto; se le veía el pelo húmedo como si tuviera fiebre. La mancha verde de la mano se le había extendido más allá de la muñeca, tenía mirada de loco y temblaba de vez en cuando como si fuera a coger un brote de gripe muy mala. La mano se le entumecía a veces y los dedos se le curvaban.

Hasta a Xar le daba un poco de miedo.

—Los druidas descubrieron lo de la marca de la bruja y me encerraron en Gormincrag. Decían que intentaban encontrar una cura, pero mentían, y mi padre los



creyó —dijo él, malhumorado—. Querían que me quedara en Gormincrag para siempre.

A mi padre le da todo igual… Pero se van a enterar de lo que vale un peine.

—Pero ¿qué vas a hacer, Xar? —dijo Espadín—. La piedra arrebatamagia está rota,

¡ya no la puedes usar!

—La única forma de deshacerse de la marca de la bruja es eliminar a todas las brujas

—dijo Xar—. Y eso es lo que pienso hacer: saldré ahí y las destruiré.

Espadín lo miró con la boca abierta. Había visto a las brujas antes y sabía lo temibles que eran.

—¿Vas a ir a propósito a enfrentarte a una horda de brujas tú solo? ¡Pero si no eres más que un chaval!

Caliburn carraspeó.

—Eso está muy bien, Xar, pero ¿CÓMO lo vas a hacer? Eso quiero saber yo…

—Por eso necesito el *Libro de hechizos* —dijo Xar—. Seguro que habrá algo que pueda ayudarme…

—¡Qué coincidencia más increíble! —gritó Wish, emocionada.

—¿Qué coincidencia? —refunfuñó Caliburn, que sabía que se avecinaban más problemas—. Odio las coincidencias…

—¡PRECISAMENTE HOY he encontrado un hechizo en el libro para eliminar brujas!

—dijo ella con aire triunfal—. De hecho, por eso rompí el armario de castigo, quería pasaros el hechizo a ti y a tu padre… ¡Espadín, enséñaselo a Xar!

En cuanto dijo estas palabras, el *Libro de hechizos* salió disparado del

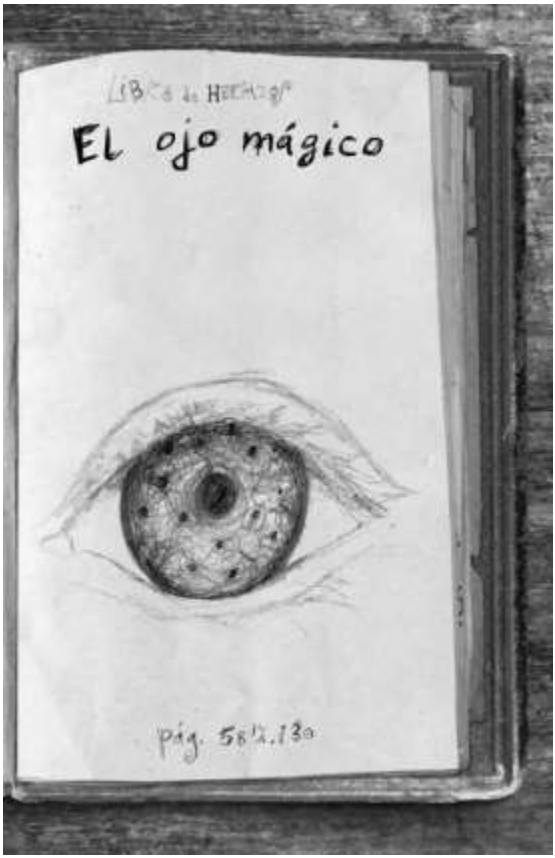
bolsillo de Espadín, empezó a hacerse más grande mientras volaba por los aires y aterrizó en las manos de Wish. Esta tocó las letras en el índice para ir a la parte exacta del libro.

—En realidad, fue bastante extraño, más que encontrarlo, lo escribí —reconoció ella—. Estaba usando la pluma que me dio Caliburn para escribir y era casi como si la pluma estuviera escribiendo sola…

Todos se agolparon alrededor del *Libro de hechizos* para ver la página.

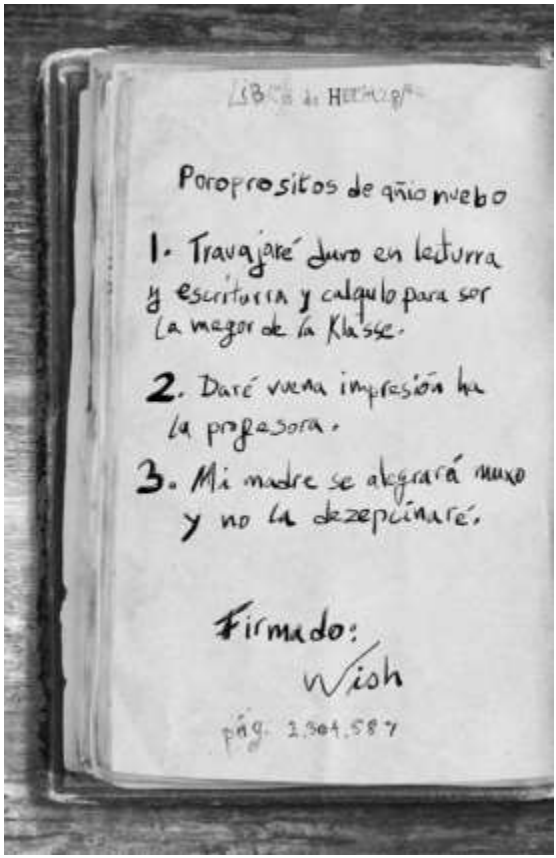
Bichoso
de tres
cabezas
la tercera cabeza de
este bichoso es invisible
pág. 32

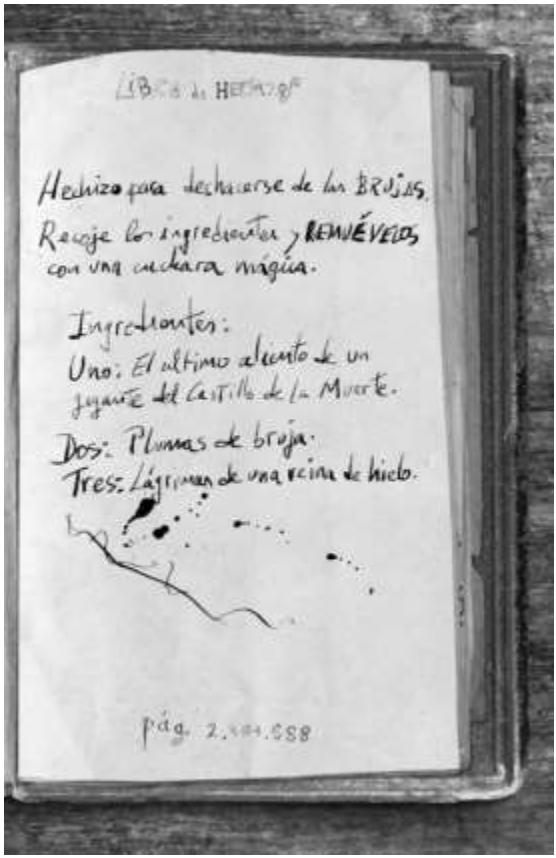
Telequinesis
Mover cosas con la mente...
Hacen falta años de práctica para perfeccionar este arte.


El ojo mágico
pág. 58½.13a

Transformación
Cuanto más fuertes son los poderes
del mago más tiempo pueden pasar
transformados y más tardan en volver a su
forma original después.

Trasgos caseros
pág. 60456


Poroprositos de año nuebo
1. Travajaré duro en lecturra y escritorra y calqulo para ser la mejor de la klasse.
2. Daré vuena impresión ha la profesora.
3. Mi madre se alegrará muxo y no la dezepcionaré.
Firmado:
Vioh
pág. 2.304.587


LIBRO de HECHIZOS

Hechizo para deshacerse de las BRUJAS.
Recoje los ingredientes y REMUÉVELOS
con una cuchara mágica.

Ingredientes:
Uno: El último diente de un
gigante del Castillo de la Muerte.
Dos: Plumas de bruja.
Tres: Lágrimas de una reina de hielo.

pág. 2.

—¡Mirad! ¡Es una receta! ¿El *Libro de hechizos* quiere que nos COMAMOS a las brujas? —preguntó Espachurro, emocionado, ya que siempre tenía hambre.

—¡No es una receta! —dijo Xar—. ¡Ay, dioses! ¡Tienes razón! ¡Es un hechizo para eliminar a las brujas! ¡Lo sabía!

Todos contemplaron el hechizo con esperanza.

—Escribiste esto con MI pluma, ¿no, Wish? —dijo Caliburn preocupado porque se le caían las plumas de la espalda como hojas en otoño— ¡Ay, ay, ay! A veces olvido lo que me pasó en vidas anteriores, pero el recuerdo sigue en las plumas.

—Me he perdido, Caliburn —dijo Espadín moviendo la cabeza—. No tengo ni idea de lo que estás hablando. ¿Vidas anteriores?

—Sí, he vivido muchas vidas como humano, pero esta es la primera

vez que me reencarno en pájaro —explicó este como si fuera lo más normal de mundo—. Así que puede que la pluma esté escribiendo un mensaje PARA mí, DE un yo de mi vida anterior.

Espadín le daba vueltas a todo sin parar. Estos magos y las cosas mágicas eran demasiado complicadas. Tener solo una vida como ayudante de guardaespaldas era mucho más simple que todo eso de la reencarnación y volverte pájaro.

—Sin embargo, nunca he oído nada de un hechizo tan fuerte que pueda erradicar del todo a las brujas —dijo Caliburn—. ¿Sabía esto en una vida anterior? ¿Qué significa?

—Significa —dijo Xar, animado— ¡que vamos a saquear hechizos, chicos! ¡Ay, qué emocionante!

Saquear hechizos era una parte de dudosa reputación en el mundo mágico. Para hacer hechizos se necesitaban ingredientes y algunos eran difíciles de obtener, de modo que unos trasgos salvajes y sin alas llamados «saqueadores de hechizos» se especializaban en reunir y robar los ingredientes para los hechizos. Volaban de noche a lomos de halcones peregrinos especialmente entrenados para huir lo más rápido posible.

Duendantiguo no cabía en sí de alegría. Hacía un momento estaba tristón encima del halcón peregrino, pero se había incorporado de golpe. Estaba tan emocionado al ver que quizás podía tener un papel importante en el mundo que resbaló del pájaro, volvió a subirse y saludó a Xar en plan soldado:

—¡No te fallaré, Xar! ¡Puedes contar conmigo!

—¡Conmigo también! ¡Conmigo también! —chilló Espachurro—. ¡Yo también quiero ssser sssaqueador de hechizosss!

—Eresss muy joven para ssser sssaqueador de hechizosss —dijo Duendantiguo—.

Esss muy peligroso, pero puedesss custodiar losss frascosss donde guardemosss losss ingredientesss…

Duendantiguo rebuscó en la bolsa de hechizos y le dio algunos frascos a Espachurro.

—¡ *Losss protegeré con mi vida!* —dijo Espachurro.

—Bien, veamos, ¿cuál es el primer ingrediente? —preguntó Xar, emocionado—. El último aliento del gigante del Castillo de la Muerte…

El hombre lobo empezó a gruñir y a gesticular de forma insistente.

—¡REOOWR, grunt, GROOWGGRGLE, grunt, weoorrrr! —dijo, y tras un fuerte escupitajo y un pisotón con su pata peluda continuó—: Creargle Urgh.

—¡Mirad! ¡Solitario está de acuerdo con nosotros! Dice que tenemos que ir INMEDIATAMENTE al Castillo de la Muerte —dijo Xar.

—¿Hablas lobuno? —preguntó Wish, muy impresionada.

—Sí, con fluidez —dijo Xar despreocupadamente.

—¿Con fluidez? ¿En serio? —dijo Caliburn a nadie en concreto.

—Sí, con fluidez —contestó con firmeza—. Todos los magos estudiamos el idioma de los hombres lobo.

—Xar esss brillante, ¿verdad? —dijo Espachurro, orgulloso—. Habla lobuno como sssi fuera un hombre lobo.

—Esas clases suenan mucho más interesantes que las nuestras —dijo Wish con anhelo—. ¿Y ahora qué dice?

—¡Grunt, weoorrrr! —repitió el hombre lobo con insistencia tras otro escupitajo y otro pisotón.

—No te preocupes, Solitario, te entiendo —dijo Xar—. Hay que ir al Castillo de la Muerte. Ya.

Por desgracia, no era eso lo que estaba diciendo el hombre lobo. Xar tendría que haber prestado más atención en las clases de lobuno. «Creargle Urgh» significaba Castillo de la Muerte, sí, así que Xar llevaba algo de razón. Sin embargo, «ir» en la lengua de los hombre lobo es, «grunt, weeiiiroh», mientras que «grunt, weoorrr»

significa «no os acerquéis a».

El escupitajo y el pisotón eran solo para enfatizar.

Por lo tanto, lo que el hombre lobo quería decir en verdad era «¡Por todos los dioses, NI OS ACERQUÉIS al Castillo de la Muerte!».

El hombre lobo parecía más apremiante.

—¡Reaaghh cccroooglle sfocccan Burgan! —¡Escupitajo! ¡Pisotón!—. ¡Purgan GRUNT WEOORRR, nurgan GRUNT WEEIIROH! ¡GRUNT WEOORRR Creagle Urgh!

Pi urglly discottle agly rewooooow peroooooow.

Y lo que significaba era: «¡Eso no es lo que he dicho, estúpido humano! ¡Es “no os acerquéis”, no “id”! ¡NO OS ACERQUÉIS al Castillo de la Muerte si queréis salvar vuestras patéticas vidas humanas!».

Y luego, Solitario echó la cabeza hacia atrás y comenzó a aullar.

—Solitario solo se está desesperando un poco porque cree que debemos empezar a movernos —dijo Xar mientras acariciaba la pata del hombre lobo con dulzura—. No te preocupes, Solitario, ya vamos, iremos tan rápido como podamos…

—Yo también creo que deberíamos ir —dijo Wish, decidida.

—¿Quéé́é? —dijo Espadín.

8. Recorriendo el Sendero Dulce

P ero se lo prometiste a tu madre! —repuso Espadín, desesperado—. ¡Dijiste que volverías directa a casa! ¡Esto no es asunto nuestro!

—Sí que lo es —replicó Wish—. TODOS tuvimos algo que ver en la liberación del rey brujo y Xar es nuestro amigo, así que tenemos que ayudarlo. No podemos quedarnos de brazos cruzados detrás del muro mientras Xar se enfrenta a esta situación él solo.

—Estoy de acuerdo con Espadín —intervino Caliburn—. ¡Es una MALA, MALÍSIMA idea! Tu magia es peligrosa, Wish, y las brujas ANSÍAN esa magia. Al otro lado del muro no podrán alcanzarte, pero si permaneces aquí…

—¡No podéis hacerlo sin nosotros, nos necesitáis! —rebatió Wish—. Los ingredientes del hechizo tienen que removerse con una cuchara viviente, ¡y yo soy la única que tiene una!

La cuchara encantada, encantada por la relevancia del papel que tenía que desempeñar, se inclinó haciendo una reverencia orgullosa ante el resto del grupo.

—¡Deberíais volver con vuestros padres! —gimoteó Caliburn, dirigiéndose al mago y a la guerrera—. Sé que no son muy comprensivos que digamos, pero, si se lo explicáis todo, quizá puedan echaros una mano. Esta situación os viene grande… MUY grande…

Es MUY peligrosa. ¡Un problema de la talla de un zancador gran-caminante!

—Está bien, Apisonador, ¿tú qué opinas? —gritó Wish para que el gigante de Xar la oyera.

Apisonador se dedicaba a arrancar las hojas de las ramas más altas y a zampárselas.

Se agachó para acercar la cara un poco más al grupo; en ella se observaban arrugas y líneas de expresión semejantes a los caminos erráticos que salpicaban los mapas antiguos. Una chispa de sabiduría resplandecía en sus ojos cálidos.

—Estaba pensando en la lengua… —dijo Apisonador,

ensimismado, hablando muuuy lento, ya que los gigantes se hallan en un espacio temporal diferente al del resto del mundo—. En nuestro idioma, la

doble negación implica una afirmación, pero en trasgoniano, la doble negación continúa siendo una negación. Sin embargo, no hay ninguna lengua en la

que una doble afirmación transmita negación…

—Sí, claro. Como si ESE fuera el problema —respondió Xar, sarcástico.

—¡Anda, eso no se me había ocurrido! —dijo Apisonador, sorprendido pero encantado de que Xar siguiese su argumentación—. Llevas razón, Xar; «sí, claro» es una doble afirmación que puede convertirse en negación según el tono…

Apisonador era una maravilla de compañero, pero a veces parecía que estaba en las nubes.

—¡No me refería a eso! —se exasperó Xar—. ¡Ya basta de filosofar, Apisonador! El verdadero problema es el siguiente: ¿Wish debería venir con nosotros o volver junto a su terrorífica madre?

—¡Oh! —dijo Apisonador, muy pensativo. Hizo una pausa larga, hasta que añadió—: Wish debería venir con nosotros porque me cae bien.

Esta breve declaración bastó para que Caliburn cambiara de opinión. Quién lo hubiera dicho.

—¡De acuerdo! —dijo con un suspiro—. Total, ¿qué más puede pasar? Supongo que, en realidad, da igual QUÉ hagamos, siempre que podamos contar con nuestros amigos y lo hagamos JUNTOS. Eso sí, con una condición: que todo el mundo prometa que haremos descansos a lo largo del camino para dar clase. ¡No quiero que nadie se quede atrás en los estudios! Vosotros tres necesitáis toda la educación que podáis recibir, os vendrá bien.

Consultaron los mapas del *Libro de hechizos* para averiguar cuál era el camino que los llevaría al Castillo de la Muerte. En él figuraban las diversas rutas que atravesaban los bosques silvestres, señaladas con polvo de trasgo de colorines. El polvo púrpura simbolizaba una advertencia para los viajeros, el rojo indicaba un peligro excepcional y el amarillo, los senderos más seguros.

El Castillo de la Muerte, situado en el corazón de las Montañas de la Bruja, se extendía por unas tierras al oeste conocidas como los Territorios Pantanosos: kilómetros y kilómetros de un paisaje vasto, desolador y cenagoso que se extendía en todas direcciones.

Los Territorios Pantanosos eran muy peligrosos. Los dientesverdes y los demonios de agua habitaban aquellos marjales: eran unas insólitas criaturas semitransparentes, con unos enormes ojos rebosantes de tristeza, que estiraban sus delgaduchas extremidades y te arrastraban bajo las aguas fangosas.

La única vía segura, señalada en color amarillo, era el Sendero Dulce, un antiguo camino con un puente largo y sinuoso que cruzaba los Territorios Pantanosos y que había sido construido y bendecido por los magos en los tiempos antiguos. No te pueden atacar en el Sendero Dulce porque está protegido por un poder arcaico y los hechizos son tan antiguos que resultan imposibles de deshacer.

No querían recurrir a la magia para llegar hasta allí. Era agotadora y a Wish le dolían todos los músculos de lo exhausta que se sentía a causa del esfuerzo que había supuesto hacer que la puerta volase y se

mantuviese en el aire. Además, la magia atraería a las brujas, o incluso algo peor, con mayor facilidad…

La puerta se había hecho añicos al aterrizar, pero no descartaban la posibilidad de tener que utilizarla más tarde, así que los trasgos la devolvieron a su estado original con sus varitas.

Cuando las criaturas mágicas lanzan un encantamiento se parece un poco a cuando alguien consigue hacer un hoyo en uno en un partido de golf o a cuando realizaban un buen pase de béisbol en otros tiempos y en otros lugares. No se trata de sujetar la varita ahí de cualquier manera. Ha de colocarse un poco por detrás de la cabeza, teniendo en cuenta el rango completo de movimiento, puesto que es preferible que el hechizo impacte de lleno y a máxima velocidad en el objetivo.

¡¡¡CHIN!!! El hechizo giró en el aire, al son de la palabra «reconstruir», e impactó directamente en la puerta hecha pedazos. Todos los trozos se juntaron al momento, organizándose rápidamente en el suelo como un puzle. Primero montaron un diseño de

lo más ridículo que no parecía una puerta, pero después se colocaron como por arte de magia en su sitio con un zumbido, como si los hubiera atraído un campo magnético.

Apisonador guardó la puerta encantada en su zurrón. Xar, Wish y Espadín se subieron a lomos de los gatos de las nieves y el gigante se encaminó lentamente hacia el sendero desierto que constituía la antesala de los Territorios Pantanosos. Los lobos y los gatos de las nieves iban a su lado, mientras los trasgos y Caliburn volaban sobre su cabeza.

Tras seis horas de caminata, llegaron al legendario puente, que empezaba en los mismos bosques y se extendía a través de los humedales y más allá, como una serpiente interminable.

Decidieron acampar en el puente del Sendero Dulce para pasar la noche.

—Deberíamos encender la fogata aquí en el puente —propuso Caliburn—. Cuando se haga de noche, este será el único lugar en el que podamos estar completamente a salvo. ¿Cuál es la mejor leña para hacer una fogata que ahuyente a los dientesverdes?

¿Espadín? ¿Wish?

Espadín y Wish no tenían ni la más remota idea. La educación de los guerreros tendía a focalizarse en las matemáticas y la ortografía, en el manejo de la espada y en las habilidades relacionadas con la agricultura. La leña y sus entresijos no formaban parte de sus conocimientos.

El inicio del Sendero Dulce
(el antiguo camino que cruza la cañada)

—¡Por la gracia de los dioses! —exclamó Caliburn, estupefacto—. ¿No os enseñan nada en el Fuerte de los Guerreros? Son contenidos básicos. ¿Cómo esperan que sobreviváis en el bosque sin saber eso?

—¡Lo sssé yo! ¡Yo! —intervino Espachurro—. El aliso y el ssserbal ssson protectoresss y con el espino ssse hacen buenasss hoguerasss…

Así que Xar, Wish y Espadín se entretuvieron en recoger leña de aliso y después dispusieron un pequeño círculo de piedras para colocarla en su interior y hacer la fogata.

—¡Dejadme que intente encender el fuego con la vara! —pidió Xar.

—No creo que sea buena idea —se apresuró a rebatir Caliburn.

—¡Tengo que practicar para aprender a controlar la magia! ¡Y tú has sido el que ha propuesto lo de las clases! —repuso él. Echó un vistazo a la página del *Libro de hechizos* y extendió el brazo, en cuya mano destacaba la mancha de la bruja, sujetando con firmeza la vara de madera de tejo de su padre.

—Deja que la magia fluya suavemente —le aconsejó Caliburn—. Que no se descontrole… Deja que te inunden los pensamientos agradables… Ten paciencia…

Pero no ocurrió absolutamente nada. Y Xar no era una persona muy paciente que digamos. Se le enrojecieron las mejillas de pura exasperación. Sacudió la vara, enfadado.

—¿Por qué no funciona?

—He estado consultando información sobre las varas de hechizos. Creo que la estás sosteniendo por el extremo equivocado. Tienes que

sujetarla así —explicó Wish, colocando la mano en la vara para mostrarle lo que había leído en el *Libro de hechizos*.

Y justo en el instante en que Wish puso la mano en la vara…

¡¡¡BUUUUM!!! La magia surgió a raudales de la vara con tantísima potencia que la pequeña fogata de ramitas de aliso y espino EXPLOTÓ. Wish, Xar, Espadín, los lobos, los gatos de las nieves y el hombre lobo salieron despedidos por la fuerza de la explosión, derechitos al pantano.

—¡No os desaniméis! —dijo Caliburn al ver a todo el mundo desconcertado y cubierto de fango hasta el cuello, entre el olor intenso de las plumas tostadas y el pelaje de lobo chamuscado—. Aprender a controlar la magia lleva su tiempo.

La explosión había hecho un agujero gigantesco en el puente del Sendero Dulce, en esos antiguos tablones de madera que tantos siglos llevaban allí tranquilamente y que ahora se habían partido por la mitad y ardían de forma preocupante con pequeñas llamaradas verdes que emergían de los bordes ennegrecidos.

—Madre mía… ¿eso lo he hecho yo? —musitó Wish, en tono de disculpa—. Lo siento mucho, siempre he sido un poco torpe…

—¡No, no… podía haberle pasado a cualquiera! —dijo Caliburn, lanzándole una mirada nerviosa a Wish. El poder que salvaguardaba las fronteras del Sendero Dulce era antiquísimo y el puente debería haber permanecido intacto, fuera cual fuese el hechizo que se hubiera producido. Jamás había oído que el Sendero Dulce pudiera verse afectado por ninguna magia, pasada, presente o futura.

La verdad es que no parecía el mejor de los augurios para dar comienzo a su expedición.

Volvieron a por más leña y prepararon de nuevo la hoguera, esta vez algo más lejos del puente. Espadín la encendió con el método guerrero, que consistía en utilizar un chisquero de hierro y una piedra, lo que impresionó muchísimo a los trasgos. No era tan espectacular como el método de Xar, pero resultaba mucho más efectivo.

Acto seguido, los trasgos apagaron el fuego solo para demostrarle a Espadín que eran capaces de volver a encenderlo con su aliento de trasgo y que además podían hacerlo con colores muy bonitos: amarillo, rojo, verde, azul…

Wish rasgó la nota que llevaba al cuello, la que decía «Soy una vorrica», y arrojó los pedacitos al fuego para que se consumiesen; la nota resplandecía con el brillo de un arcoíris.

Prepararon un delicioso estofado de ortigas. Apisonador las recolectó, guardándose muchos manojos en los bolsillos, puesto que iban a necesitar comida para el largo viaje que tenían por delante y en los Territorios Pantanosos no podías darte un banquete todos los días precisamente. Wish y los trasgos se las apañaron para encontrar agua y Espadín se encargó de preparar la cena. El hombre lobo, muy nervioso e ilusionado por esa nueva sensación de libertad, regresó de su propia expedición de caza con un buen puñado de gusanos. Los depositó con aire triunfal en el regazo de Wish, convencido de que serían una guarnición estupenda para el estofado. Daba la sensación de que el hombre lobo se había encariñado con Wish.

—¡Qué BUENA idea, Solitario! —dijo Wish en tono diplomático, ya que lo último que quería era herir sus sentimientos—. Pero quizás sería mejor que te los comieras tú como si fueran un entrante. Creo que Espadín es alérgico a los gusanos, ¿a que sí, Espadín?

—Sí, soy alérgico a los gusanos, sin duda —contestó Espadín, sin titubear ni un instante.

Xar quería probarlos, pero Caliburn no se lo permitió.

La cuchara encantada removió el estofado con tal entusiasmo que el mejunje se convirtió en un remolino y la propia cuchara a punto estuvo de caerse varias veces de no haber sido por Xar, Espadín o Wish.

Espadín anunció que el estofado estaba listo. El hombre lobo se aupó, metió la cabeza por completo en la cazuela y empezó a sorber haciendo mucho ruido. Xar lo apartó y Caliburn tuvo que explicarle a la cabizbaja y abatida criatura en qué consistían los modales, mientras los trasgos daban volteretas por los aires entre ataques de risa.

Xar se las había arreglado para agenciarse una cacerola durante su huida, pero no tenían platos. No hubo problema alguno; terminaron aprovechando unas cuantas hojas grandes.

No se sabe si fue por el gélido aire nocturno, mezclado con el ajetreo de la aventura de todo el día, o bien por la manera en que la cuchara encantada había removido aquel estofado, pero les pareció el guiso más exquisito que habían probado en toda su vida.

Qué noche tan alegre. Incluso Espadín estaba contento, no sabía por qué. Había perdido casi todas las piezas de su armadura, por lo que debería estar muy nervioso, pero, de algún modo, se sentía más ligero y más valiente. Por lo menos podía inclinarse.

Se unió a los canturreos en torno a la fogata.

La luna llena asomó entre los marjales, grande y redonda. El hombre lobo aulló en su dirección y Xar lo imitó:

—¡¡¡AAAUUUUUU!!!

—¿Soy yo o el hombre lobo no es muy buena influencia para Xar? —susurró Espadín a Wish.

—Dale una oportunidad —respondió ella—. Es solo que no está acostumbrado a estar rodeado de gente…

Al final, el sueño los venció. Se acurrucaron junto al oso, los lobos y los gatos de las nieves para que sus pelajes los mantuvieran calentitos en medio de la brisa helada. El humo de la fogata se arremolinaba con suavidad, cambiando de color constantemente: azul, rojo, naranja, blanco…

Apisonador se quedó despierto, vigilando por si aparecía alguna bruja o cualquier otro ser malvado. Se sentó con las piernas cruzadas cerca de la ciénaga, tarareando y cantando para sí mismo.

Mucho más tarde, Wish se despertó.

—¿Problemas de insomnio, pequeñina? —preguntó el gigante, que dejó de cantar por un instante y se inclinó para mirarla.

—Estoy preocupada por lo del Castillo de la Muerte… y las brujas. —Se estremeció—. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo, Apisonador?

El gigante soltó una carcajada.

—Solo

sé que, cuando hay un problema

GIGANTESCO, siempre aparece una solución

GIGANTESCA en el momento oportuno.

El cuervo, que también estaba despierto, carraspeó, pero acabó dándole la razón.

—Sí, señor, una buena lección de historia.

—Preocuparse no ayudará a dar antes con la

solución. ¡Mira! —continuó el gigante—. Si desperdicias el tiempo preocupándote, ¿cuándo vas a pararte a

contemplar lo bonito que es el mundo?

Los dedos del gigante se cerraron suavemente en torno a Wish y la levantaron en el aire. A la joven guerrera le dio un vuelco el corazón cuando se vio mirando hacia ABAJO en lugar de hacia ARRIBA. Apisonador se la puso en el bolsillo y la muchacha se asomó para observar el paisaje, con el pelo ondeando al viento. Desde allí, gracias a la luz de la luna, avistaba kilómetros y kilómetros de páramo y distinguía en el horizonte las siluetas de las Montañas de la Bruja, envueltas en neblina. En algún lugar allá fuera se hallaba el Castillo de la Muerte… pero, desde la seguridad que le proporcionaba el bolsillo del gigante, solo podía pensar en la tranquilidad del momento, con la luna sobre el pantano y el soplo incesante del viento.

El gigante empezó a cantar.

¡Un corazón GIGANTE

Anhela una vida BRILLANTE!

¡Así alberga un MUNDO

Un abrazo TREMEBUNDO!

Abría los brazos cada vez que pronunciaba la palabra «GIGANTE», con lo que Wish rebotaba y se tambaleaba en su bolsillo, muerta de risa.

¡Dejadme llevar una vida de GIGANTE!

¡A pasos agigantados, siempre ADELANTE!

¡Un camino de GIGANTES, un sendero de

GIGANTES!

¡Deja que mis errores sean GIGANTES!

¡No puedo vivir en mundo INSIGNIFICANTE!

Necesito espacio para correr.

Necesito de colina en colina dejarme caer.

Y, si los bosques me arrebatas,

Por los mares deambularé con los piratas,

En busca de otros mundos…

¡Para poder vivir una vida GIGANTE!

El sonido de los cánticos del gigante despertó a Xar, a Espadín y a los trasgos, con un optimismo tal que inundaba el corazón. Incluso el hombre lobo se atrevió a aportar su granito de arena con su propia canción, traducida a continuación, porque, de otro modo, solo sonaría como una sarta de aullidos.

La luna y yo

(la canción del hombre lobo)

Yo y la luna

La luna y yo

Cuando ya nadie confía en mí

Cuando ya todos piensan lo peor de mí

La luna sigue ahí

Yo y la luna

La luna y yo para siempre

Tendré que seguir corriendo… Seguir corriendo…

Si mordiese a alguien, no podría parar

Seguir corriendo… Seguir corriendo…

Creía que en mi interior no había maldad ninguna

Pero ahí tienes mi pelaje desgreñado, mi zarpa lobuna La maldad de la serpiente, que hasta al más mezquino humilla No intentes detenerme, o te llevarás un mordisco de pesadilla Déjame correr…

Voy corriendo hacia la luna,

A la luna para poder ser bueno

Porque cuando todo el mundo me da por perdido

y todos piensan mal de mí,

Aún me queda la luna

Somos la luna y yo

Solos la luna y yo

A veces, el hombre lobo interrumpía su canción y aullaba:

— ¡¡¡Auuu, auuu, AUUUUUU!!!

Wish y Espadín coreaban el himno de los guerreros:

— ¡SIN MIEDO! ¡Los guerreros marchan al son de esta canción! ¡SIN MIEDO!

Por su parte, Xar y los trasgos entonaban el lamento mágico:

— Magos fuimos, tiempo atrás, vagando libres por los senderos del cielo y las rutas del mar…

— ¡Dejadme llevar una vida de GIGANTE! —cantaba Apisonador.

— Solos la luna y yo —tarareaba Solitario—. *¡Auuu, auuu, AUUUUU!*

Las canciones que se entremezclaban en el aire de medianoche parecían provocar y desafiar a las muchísimas criaturas que perseguían a Wish y a Xar.

El padre del joven mago peinaba los parajes en su búsqueda bajo la forma de un gran águila real. La reina Sychorax y el Rastreabrujas también les seguían el rastro.

Sin embargo, algo mucho PEOR les pisaba los talones…

Como ya he contado antes, puede que Xar lograra escapar de Gormincrag gracias a una ayudita con alas aterciopeladas del color del ébano, plumas en lugar de brazos y unas garras afiladas como espadas allá donde terminaban sus manos. Ayuditas que quizás eran brujas…

Bueno, AHORA ya no iban a ayudarlo. Ahora querían CAPTURARLO.

Porque Xar, sin saberlo siquiera, había hecho justo lo que el rey brujo pretendía que hiciera. Había conseguido que Wish cruzase el muro.

Así, la joven guerrera se hallaba al aire libre, desprotegida y expuesta. Si las brujas le ponían sus garras encima y la arrastraban ante el rey brujo antes de lo esperado, mejor que mejor…

9. Un par de sorpresitas desagradables de camino al Castillo de la Muerte

X ar se despertó muy temprano a la mañana siguiente. El brazo derecho le ardía de dolor. Sacudió a Wish para que se despertara y, durante los segundos que tardó la muchacha en abrir los ojos, el corazón empezó a latirle muy rápido, presa del pánico, como el de una criaturilla del bosque que sabe que está a punto de ser atacada. El frío flotaba en el ambiente; un frío que les resultaba muy familiar, que calaba los huesos, helaba la sangre y emborronaba los pensamientos. El pelo de Wish se erizó por la electricidad estática.

El olor también les recordaba algo: una fétida pestilencia semejante a la de un gato en descomposición o al aliento de un cadáver con el pelo chamuscado, todo ello mezclado con una oleada sulfurosa de hedor a huevos podridos… A Xar le entraron sudores fríos de puro espanto: era el tufo de las BRUJAS.

A su alrededor, las criaturas se despertaban en estado de alarma y con el lomo erizado; los trasgos volaban agitados, encendidos de miedo, sujetando sus varitas, tan afiladas como espinas, y rebuscando en sus bolsas de hechizos…

Wish tanteó en busca de la espada encantada, pero se dio cuenta, horrorizada, de que no podía desenvainarla por alguna extraña razón. Estaba atascada.

Oía su propia respiración.

Había algo debajo del puente…

Echó un vistazo entre las rendijas que separaban los tablones. Entrevió algo oscuro y plumoso, moviéndose pesadamente con pasos lentos y nauseabundos bajo sus pies.

—¡¡¡Correeeeeeeeeed!!! —se desgañitó la joven guerrera, gritando a voz en cuello, cuando en el aire retumbó un gemido sobrenatural…

¡¡¡RAAASSSSSS!!!

Tres garras inmensas brotaron desde abajo, destrozando los tablones del puente unos cuantos metros más atrás de donde ellos se encontraban.

Wish, Espadín y Xar se subieron de un salto a lomos de los gatos de las nieves, que echaron a correr por el Sendero Dulce junto a los lobos y al hombre lobo como si su vida dependiera de ello (así era, al fin y al cabo), con los trasgos y Caliburn revoloteando a su alrededor presas del pánico y Apisonador dando traspiés, salpicando ruidosamente por el pantano.

Wish miró hacia atrás mientras los gatos de las nieves aceleraban la marcha, alejándose del puente por los marjales. Se divisaba la oscuridad de los bosques en la distancia. El puente hecho trizas, el lugar en el que habían acampado. El punto exacto en el que Wish había descubierto las garras de la bruja, de la que ya no quedaba ni rastro… ¿Adónde se había ido?

No se detuvieron ni un segundo hasta que los bosques se convirtieron en una mancha distante en el lejano horizonte. Los gatos de las nieves estaban tan agotados que sus zarpas extenuadas empezaban a trotar con lentitud… cada vez más… hasta que las criaturas acabaron aminorando del todo el ritmo, renqueantes y sin resuello.

—Creo que estamos a salvo —jadeó Caliburn—. Esa bruja ha podido atacarnos porque la explosión de ayer estropeó la magia que mantiene protegido el puente en ese punto en concreto.

—¿Por qué no he podido desenfundar la espada encantada? —preguntó Wish, perpleja y conmocionada—. No podía sacarla de la vaina por muy fuerte que tirara, pero ahora no hay ningún problema…

Efectivamente, ahora que se hallaban fuera de peligro, podía desenvainar la espada sin esfuerzo.

—Yo siempre he dicho que la espada es un poco caprichosa —dijo Caliburn, nervioso—. Piensa demasiado por ella misma.

Se detuvieron para examinar la espada.

—Qué cosa más rara —dijo Espadín, percatándose de un pequeño detalle—. La hoja de la espada tiene algo diferente…

—Debe de haber sufrido algún rasguño o haberse desgastado en algún momento —

comentó Wish.

Un arañazo muy desafortunado. Desde la última aventura, una profunda raspadura había cambiado la inscripción tallada en la hoja. En lugar de «Antaño había Brujas…

pero las maté» ponía «Antaño había Wishes… pero las maté».

Enterrar *wishes* («deseos» en inglés) era un augurio de lo más pesimista, pero aún lo era más teniendo en cuenta que una de las integrantes del grupo se llama Wish.

—Solo es un rasguño —dijo Wish, que volvió a enfundar la espada con firmeza—.

Ha sido un accidente. No significa nada.

Continuaron caminando, tratando de no tomárselo como un mal presagio y poniendo tanta distancia como fuera posible entre ellos y el lugar del ataque de la bruja.

Pero no fue hasta muchísimo más tarde cuando Wish empezó a notar el corazón un poco más tranquilo.

Ese pequeño incidente inquietó al grupo de saqueadores de hechizos, como ya habrás podido imaginar. Aun así, no se puede vivir siempre con miedo.

Durante los días siguientes, no se vio ni el más mínimo rastro de brujas por ninguna parte, ni siquiera de demonios de agua o de dientesverdes. Únicamente se toparon con zarapitos y martines pescadores, frailecillos y escolopácidos, volando en círculos y entonando su reclamo en torno a la ciénaga.

La expedición había retomado un ritmo más alegre mientras caminaban por el Sendero Dulce a través de los interminables marjales. Cuando se paraban a descansar, Caliburn les daba una clase de magia, sentados en el puente con las piernas colgando por el borde.

Las lecciones de Xar iban destinadas a trabajar las virtudes de la

paciencia y la calma, con el objetivo de que no perdiera los nervios a la hora de practicar los hechizos.

Esto era especialmente importante, ya que él practicaba con la vara de su padre y no con la suya propia, que se había quedado en el Fuerte de los Magos cuando se lo llevaron a Gormincrag. La vara de Encanzo no estaba hecha para las manos de un novato, sobre todo para un novato marcado con la mancha de la bruja, por lo que las cosas solían salir mal.

Por ejemplo, Xar intentó que a Caliburn volvieran a crecerle las plumas porque al viejo pájaro se le habían caído muchas por el estrés que suponía ser su consejero. El muchacho lo apuntó con la vara de su padre, haciendo acopio de toda la calma que pudo… y las plumas crecieron, crecieron y crecieron hasta que Caliburn se vio con una cola tan larga como la de un pavo real, que terminó colgando por el borde del puente y metiéndose en las aguas cenagosas. Espachurro y los duendeludos se tronchaban de risa. Hicieron falta unas cuantas horas de esfuerzo y concentración por parte de Ariel y los trasgos para empequeñecer las plumas. Dos días más tarde, Caliburn todavía se paseaba por ahí con un trasero esponjoso muy gracioso.

Caliburn era un pájaro muy digno, así que se enfadaba mucho cuando pillaba a los duendeludos riéndose de él mientras lo señalaban con el dedo.

En cuanto a Wish, sus clases se centraron primero en aquellas acciones que le resultaban más fáciles para alimentar su confianza. Lo que menos le costaba era mover los objetos de hierro, así que Caliburn la

mandaba retirarse un poco el parche del ojo y practicar con alfileres, haciendo que bailaran, se pelearan o formaran ejércitos diminutos.

—¡Entiendo las cosas mucho mejor cuando tú me las explicas, Caliburn, que cuando lo hace la señora Dreadlock! —exclamó Wish en tono triunfal—. Es que ella es un poco… *chillona*. Es difícil concentrarse cuando tienes a alguien al lado que no para de gritarte.

La llave del armario de castigo se había enamorado de la cuchara encantada. La cabeza de la llave tenía forma de boca y de vez en cuando se la oía gritar con su vocecita chirriante y entusiasta:

—¡¡¡Cuchaaaaraaaa!!! ¿Dóoonde estáaas?

A la cuchara le daba un poco de miedo la llave y siempre se escondía, sobre todo porque la llave quería besarla.

Wish estaba tan satisfecha de ver cómo había conseguido insuflar vida a la cuchara, la llave y los alfileres que hizo lo mismo por accidente con el tenedor de Espadín. Por desgracia, acabó creando un triángulo amoroso. El tenedor se enamoró de la llave y la pobre cuchara se convirtió en su mayor rival. Cuando Espadín intentaba llevarse la cena a la boca, el tenedor saltaba de la mano con una pirueta heroica e inmovilizaba en el suelo a la cuchara encantada.

O también ocurría que la cuchara se sentía acosada y el tenedor la desafiaba a un duelo… La cuchara sacaba pecho como el espadachín más orgulloso y ambos se enzarzaban en una compleja lucha de cubertería, arremetiendo el uno contra el otro y esquivándose mutuamente, tendiéndose emboscadas a lo largo del camino.

Las clases de Caliburn se volvieron más avanzadas: después de mover

objetos tocaba enseñar el magnetismo. La cuchara encantada derrochaba paciencia cuando Wish se ponía a inventar peinados con alfileres que le pegaba a la cabeza por medio de la fuerza magnética.

Un día, Wish se destapó demasiado el ojo mágico sin querer y el hechizo que surgió resultó ser un poquito demasiado potente. Mandó por los aires a la cuchara encantada, que empezó a dar volteretas como si fuera una varita giratoria. Los alfileres se desperdigaron por todas partes y al final la cuchara aterrizó del revés y se quedó pegada en la frente de Espadín.

Y ahí se quedó la cuchara, bocabajo, con el mango pataleando, mientras la llave se acurrucaba junto a ella, susurrando:

—Pooobre cucharíiita… Pooobre cucharíiita…

El tiempo pasó volando hasta que, trascurrida una semana aproximadamente, llegaron a las Montañas de la Bruja, que se alzaban espeluznantes desde las orillas pantanosas.

El Castillo de la Muerte se encontraba en algún lugar de lo más profundo de esas montañas, pero el mapa ya no señalaba más caminos, de modo que no tenían ni idea de cómo llegar hasta él.

—Quienquiera que viviese en el Castillo de la Muerte en el pasado no quería que lo encontraran —sentenció Caliburn.

—¿Cómo vamos a encontrarlo nosotros, entonces? —se lamentó Espadín, en un arrebato de sensatez—. ¡Esta cordillera es enorme! ¡Podemos tardar siglos en dar con ese castillo!

Tenían que abandonar el Sendero Dulce para adentrarse en las Montañas de la Bruja.

Eso llevó al SEGUNDO peor acontecimiento de camino al Castillo de la Muerte. Y

era muchísimo peor que el primero con diferencia, aunque, en cierto sentido, solucionó el problema de localizar el castillo.

Mientras permanecían acampados cerca de los pantanos, Wish se despertó temprano una mañana al sentir una gélida presencia.

Intentó desenvainar la espada encantada y, por algún caprichoso motivo, la espada no cedía, otra vez, por muy fuerte que tirara para sacarla.

Apisonador estiró su mano gigantesca para proteger a Wish y los gatos de las nieves se abalanzaron dispuestos a atacar… pero ya era demasiado tarde.

—¡Mi cuchara! —gritó Wish, horrorizada—. ¡¡¡NO ESTÁ!!! ¡Alguien se la ha llevado!

—¿Quién crees que ha podido ser? —preguntó Espadín—. ¿Una bruja? ¿Un fantasma? ¿Un demonio de agua?

Pero ni Wish ni Apisonador habían visto nada. En aquellas montañas habitaban toda clase de criaturas repugnantes, así que podía haber sido cualquiera de ellas.

—No puede haber sido nada relacionado con la magia —alegó Xar—. Las criaturas mágicas temen al hierro… ¿quizás un oso o algo así?

Buscaron por todas partes, pero no encontraron ni rastro de la cuchara.

La pobre guerrera estaba desconsolada.

—¡Nunca debería haber permitido que se expusiera a todos estos peligros! —se lamentaba—. Estará tan asustada…

Y entonces, cuando se encontraban a menos de medio kilómetro de la zona donde habían acampado, la llave encantada emitió un chirrido de emoción; junto al tenedor y los alfileres, volvió brincando hasta Wish, en medio de los lloriqueos que profería su vocecilla chillona:

—¡Hemos localizado su rastro!

A Wish le dio un brinco el corazón y se apresuró a seguir el camino que proponían todos los objetos encantados, que avanzaban dando saltitos con determinación, deteniéndose cada poco tiempo para rastrear ese olor que solo otros objetos encantados podían detectar y que les indicaba por dónde había ido la cuchara.

Al principio, Wish albergaba la esperanza de no tardar mucho en encontrarla, pero los minutos acabaron convirtiéndose en horas hasta

que cayó la noche. Seguían sin

saber nada de la cuchara, por lo que decidieron volver al campamento a pasar la noche.

Ya retomarían la búsqueda al día siguiente.

La pobre Wish, desolada, tendría que dormir sin su cuchara aquella noche.

Tampoco fueron capaces de encontrarla al día siguiente.

Ni al siguiente.

—¡No te preocupes, Wish! —le dijo Xar al cuarto día—. ¡La encontraremos, te lo prometo! No abandones la esperanza. Sé lo que se siente al perder a un gran compañero… Siempre andas perdiéndote por ahí, ¿verdad, Espachurro? ¡Pero siempre acabamos dando contigo!

Cada noche que pasaban en el campamento sin la cuchara lo hacía todo aún más difícil. Espadín permanecía despierto junto a la hoguera, contemplando las estrellas, cayendo en la cuenta tristemente de que las aventuras podían ser emocionantes y maravillosas, pero no por ello los riesgos y el peligro que implicaban se volvían menos reales.

Incluso Xar comprendía que tenían que averiguar el paradero de la

cuchara antes de emprender la búsqueda del Castillo de la Muerte.

Aunque los gatos de las nieves estaban exhaustos y Wish se dormía llorando todas las noches, no cejaron en su empeño y se adentraron cada vez más tras el tenedor y la llave encantada en lo más profundo de las Montañas de la Bruja.

En los tiempos antiguos, cuando los guerreros estaban en pie de guerra, las brujas se retiraron hacia el oeste, muy lejos, expulsando a los gigantes de su tierra natal, la pacífica Gigántica y obligando a muchos de ellos a vadear las aguas de los mares siguiendo el camino de los Pasos del Gigante. Nunca se los volvió a ver. Fueron los druidas quienes dieron el golpe de gracia que acabó con las brujas: les tendieron una emboscada en su bastión entre los bosques y el mar para deshacerse de ellas de una vez por todas. El rey brujo fue derrotado y encerrado en el interior de la piedra…

Después de eso, un gran mago llamado Pentaglión tomó las riendas del país, pero algo terrible le ocurrió y nadie supo jamás el qué. Se rumoreaba que si alguien se atrevía a entrar en las ruinas del castillo

de Pentaglión, el Castillo de la Muerte, el gigante más grande de todos los tiempos se cobraría su venganza con su último aliento.

El tamaño descomunal de las Montañas de la Bruja alcanzaba unos niveles inconcebibles. Allá arriba, las nubes no cesaban de arremolinarse y la niebla descendía de manera tan repentina que era difícil distinguir qué era cielo y qué era tierra. Wish tenía el horrible presentimiento de que los estaban siguiendo, pero cada vez que se daba la vuelta, no había nadie. Ascendían sin pausa, por precarios caminos al borde de precipicios imposibles y que a veces se convertían en puentes de cuerda medio derruidos. A ratos, tenían que encaramarse a lomos de los gatos de las nieves bajo una lluvia torrencial.

Escalaban hasta llegar a una cima que nunca parecía ser ni la última ni la más alta de todas, extenuados, casi sin esperanzas de volver a ver la cucharilla.

Y ahí estaba.

No la cuchara.

Pero sí el *Castillo de la Muerte*.

La llave y el tenedor, la una chillando y el otro señalando hacia el castillo, dieron un salto de emoción:

— *¡La cuchara está aquí! ¡La cuchara está aquí!*

—¡Hemos dado con el castillo sin andar buscándolo! —exclamó Wish, entusiasmada—. ¡Xar, esto es maravilloso! ¡Mi cuchara y el último aliento del gigante en el mismo sitio!

—Cielo santo, cielo santo —gemía Caliburn—. Menuda casualidad. Y cómo ODIO

las casualidades. ¿Serán coincidencias de verdad o todo forma parte del plan de alguien… o de algo?

Pero Wish estaba tan ilusionada ante la perspectiva de volver a ver su cuchara y Xar tan ansioso por hacerse con el primer ingrediente del hechizo, que ninguno se preocupó por aquella casualidad un pelín sospechosa.

Siguieron adelante, pese a que el castillo no invitaba a ello precisamente.

El Castillo de la Muerte se hallaba medio sepultado por la vegetación; era el triste cascarón vacío de un edificio sumido en una bruma traicionera y rodeado de un montón de brezos y arbustos llenos de espinas. A pesar de la determinación y la esperanza que flotaba entre la comitiva, la funesta impresión de decadencia que destilaba el castillo hacía muy difícil resistirse a la tentación de poner pies en polvorosa en dirección contraria.

A Apisonador se le llenaron los ojos de lágrimas.

—La morada de mis antepasados… —susurró—. Nunca pensé que llegaría a ver este lugar.

Había sido el escenario de muchas batallas.

Justo enfrente del castillo se divisaba una extraordinaria formación rocosa, cubierta de vegetación. Pero no era exactamente lo que

parecía a simple vista. Cuando Nocturnojo resbaló sobre la superficie limosa de una piedra, Xar le echó una ojeada y se percató de que no se trataba de una piedra en absoluto, sino de la empuñadura de una

enorme espada, un arma tan descomunal que solo podía haberla utilizado un gigante.

Estaba envuelta en la espesura de las zarzas y la cubría una gruesa capa de cientos de años de musgo.

Resultó que ninguna de las rocas por las que trepaban eran simples piedras, sino una alfombra compuesta de diversas armas de proporciones titánicas: lanzas partidas, un grandioso escudo destrozado, flechas medio enterradas… Los árboles habían crecido entre ellas y a su alrededor.

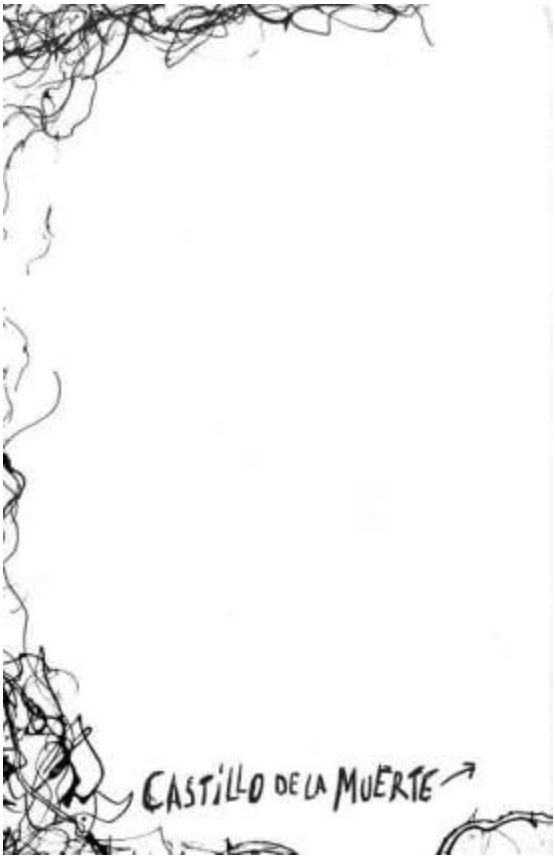
El símbolo de Pentaglión era un cuervo. Aparecía tallado en los escudos de los gigantes; había cuervos grabados en las rocas agrietadas y decorando los baluartes en ruinas del castillo.

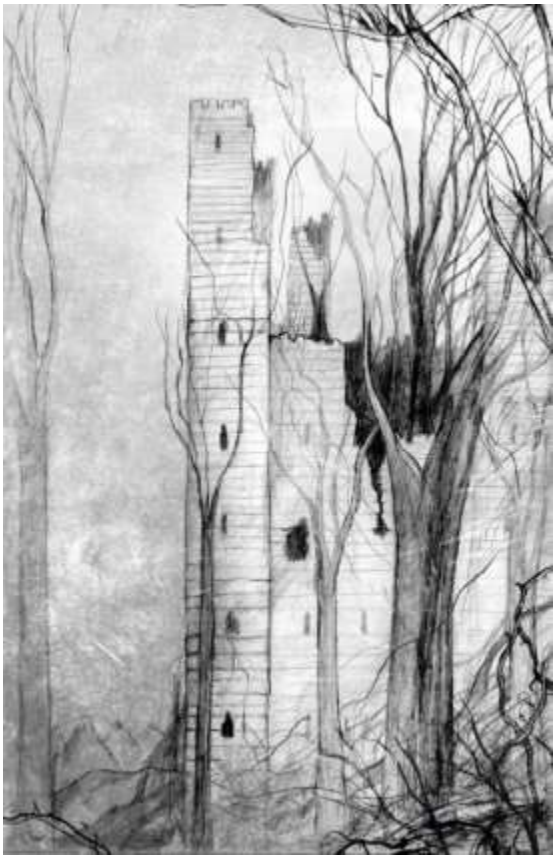
—No deberíamos entrar ahí —gimoteó Caliburn—. No es buena idea. Es una pésima idea, estoy seguro. ¡Está MALDITO! ¿Quién cree que es buena idea, en serio? Porque yo no, desde luego…

El hombro lobo se mostró de acuerdo, emitiendo sonidos efusivos que recordaban al ruido de las gárgaras y señalando en dirección CONTRARIA.

—El hombre lobo quiere que entremos, ¿no lo veis? —dijo Xar—. Ya que hemos llegado hasta aquí… ¡no podemos dar media vuelta a estas alturas!

Xar estaba más que dispuesto a entrar aunque el castillo estuviese maldito. Aquella podría ser la única oportunidad de deshacerse de esa mancha de la bruja, aquella mancha dolorosa y preocupante, sino también de librarse de las mismas brujas.


CASTILLO DE LA MUERTE



—TENEMOS que entrar sí o sí —sentenció Wish, en un arrebato de exaltación—. Por el hechizo de Xar y por la cuchara. Está ahí dentro, en alguna parte, ¡estoy segura!

¡Cuuuchaaraaa! ¿Dónde estás?

La llave encantada la imitó:

—¡Cuuuchaaraaa! ¡¡¡Hooolaaa!!! ¿¿Dónde estás??

Las dos voces se entrelazaron cuando sus ecos rebotaron en los muros de las ruinosas estancias gigánticas, produciendo un sonido espeluznante.

—¡Shhh! —chistó Espadín, que ya tenía la espada preparada—. No sabemos qué hay ahí dentro. ¡Como haya algo, más nos vale no despertarlo!

La comitiva avanzó de puntillas. Todo estaba construido a una escala tan enorme que daba la impresión de que alguien había agitado su varita y los había reducido al tamaño de ratoncitos. Aun así, allí también había vivido gente de su tamaño: gigantes y humanos, todos juntos.

¡Cucharaaa!

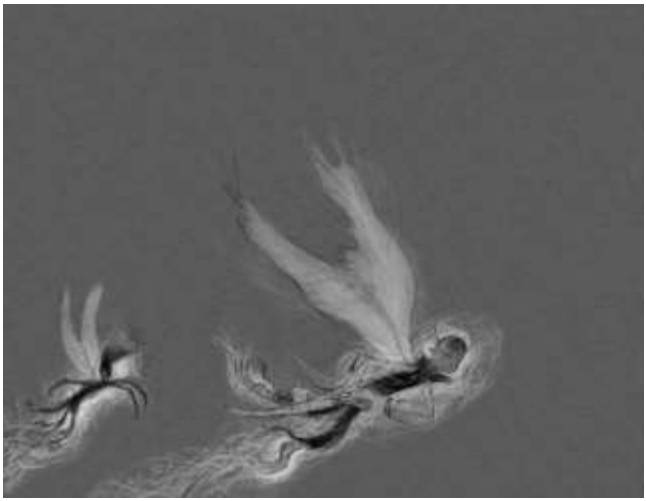
¿Dónde estaáás?

Cuando a los trasgos los inunda la inquietud, sus corazones despiden un destello verdoso y desprenden cierto aroma característico, como sulfuroso, para advertir a otros de su especie que se mantengan alerta. Los trasgos del grupo resplandecían en tonos de un bermellón intenso y un verde esmeralda, ensombrecidos por el miedo, zumbando y dando vueltas, sin dejar de musitar hechizos de protección con tantas consonantes que las palabras chisporroteaban y siseaban como la mantequilla en una sartén caliente.

—¡¡Bklftttllkprt!! ¡¡Kkllfrkkkfllff!! ¡¡Rkrbptt!!

El castillo parecía estar cobrando vida a medida que se adentraban en sus dominios.

A oídos de los trasgos llegaba la horrorosa música que emanaba; una canción sin



melodía, una espada para los sentidos, una tormenta para el corazón y una llamarada de fuego para la mente…

Ariel alzó las orejas puntiagudas para captar el sonido. Abrió su boca minúscula repleta de dientes afilados y aspiró una bocanada de aire con cuidado. Su rostro se arrugó en una mueca de repugnancia ante el punzante sabor amargo.

—Essscuchad… —susurró Ariel—. Sssabe a…

—Yo no oigo nada —dijo Espadín, que tragó saliva y cogió la espada con fuerza.

—Essstúpidosss humanosss… —siseó Tormenta, exasperado, mientras

sujetaba con la misma firmeza su varita, tan afilada como las espinas de una rosa—. Tenéisss losss oídosss tan embotadosss que nunca captáisss lo importante… No sssé ni cómo habéisss sssobrevivido tanto tiempo…

—¡Vayámonos de aquí, Xar! —gritó Ariel—. ¡No debemos continuar! ¡Confía en nosotross, confía en nosotrosss!

—El castillo clama venganza —explicó Tormenta con suavidad, haciéndose visible con un parpadeo a su lado—. El cántico surge de todas y cada una de las piedras, de las enredaderas y los cristales rotos… El rumor de la venganza nos rodea. ¿No notáis la amargura en el ambiente? ¿No percibís la rabia y la indignación?

Wish echó un vistazo a su alrededor. No oía nada, pero incluso sus sentidos humanos embotados apreciaban la salvaje melancolía que reinaba en la atmósfera. Y

entonces, ¿eran imaginaciones suyas o se estaban moviendo las enredaderas, la hiedra y

los helechos que habían extendido sus tentáculos verduzcos con una lentitud infinita y minuciosa entre las baldosas rotas. ¿Lo hacían a una velocidad perceptible por el ojo humano? Sí… Allí estaba, la hiedra serpenteaba como una boa, siseando como una víbora, y se extendía suplicante o amenazadora hacia ellos.

—¿Eso lo está haciendo alguno de los nuestros? —chilló Wish, alarmada, aunque ya conocía la respuesta. El joven mago, el hombre lobo y los trasgos habían sacado sus varas y lanzaban hechizos de protección a su alrededor para frenar el avance de las plantas invasoras.

—Alguien sabe que estamos aquí —murmuró Wish.

—¡Deberíamos salir pitando! —gritó Espadín.

No había terminado de pronunciar esas palabras cuando resonó un portazo detrás de ellos y la vegetación les cerró el paso; las formidables raíces y las ramas espinosas se alzaban como espadas cruzadas.

Xar tragó saliva.

—Esto va a dar miedo —dijo Xar con voz firme—. Estamos buscando ingredientes para aniquilar a las brujas. No creo que podamos derrotar a esos monstruos con, qué sé yo, el aroma de las rosas. La venganza será un ingrediente muy sustancioso para nuestro hechizo.

—Pero no sabemos *de quién* quiere vengarse el castillo —señaló Caliburn, nervioso.

Tenía el horrible presentimiento de que estaba volviendo a un pasado olvidado, lo cual era un problema espantoso para un cuervo que había tenido tantas vidas. Tenía algún recuerdo vago y el lugar le resultaba familiar, pero no lograba acordarse de ningún detalle relevante.

—Bueno, tiene sentido que el castillo quiera vengarse de las BRUJAS, ¿no? —dijo Xar—. Las brujas les arrebataron a los gigantes sus territorios, así que, si el castillo era de los propios gigantes, estará furioso con ellas.

—Eso no lo sabes, Xar —se lamentó Caliburn—. Las historias y las leyendas suelen ser más complejas de lo que parecen.

Y en ese mismo instante, se toparon con el zapato.

Allí estaba, frente a ellos, en las escaleras, como si se le hubiese caído a alguien que hubiera subido a toda prisa. En un primer momento, pensaron que debía tratarse de alguna especie de tienda de campaña hecha de cuero, pero pronto se dieron cuenta de que era una BOTA gigantesca, un zapato tan inmenso que empequeñecía a Apisonador: el borde de la suela llegaba a la cintura del zancador gran-caminante.

Apisonador se asomó a las profundidades del zapato con expresión preocupada, lo que ya de por sí era motivo de inquietud: Apisonador no solía preocuparse.

—Imposible —se maravilló Xar—. ¡Esto no puede ser verdad! Los

gigantes no son tan grandes… ¡Es imposible que exista algo tan enorme!

—Los gigantes antiguos eran mucho más grandes que los gigantes y los ogros de nuestro tiempo —dijo Caliburn—. Gog, Magog y sus descendientes… Estamos invadiendo terrenos que desconocemos… con misterios y fuerzas mucho más poderosas de lo que podamos imaginar…

Pero los ánimos de Xar ya andaban por las nubes.

—¡Al final SÍ que hay un gigante en este castillo! —gritó, sacando la espada y la varita al mismo tiempo—. ¡Eso significa que podemos conseguir su último aliento! ¡Y

ese será el aliento de la VENGANZA!

—¡Pero el gigante es ENORMÉRRIMO! —exclamó Espadín—. Si está vivo, tendremos que acabar con él para capturar su último aliento y no podemos hacer eso…

porque me caen bien los gigantes, igual que a Wish y que a ti. ¡Y si está muerto, ya no conseguiremos su último aliento!

Xar no lo escuchaba.

—Podemos pillarlo por sorpresa y analizar la situación.

—¡Pero sea lo que sea ya sabe que estamos *aquí*! —lloriqueó Espadín.

En ese momento, Wish supo cómo debía de ser medir lo mismo que un trasgo…

¡Qué pequeñísima se sentía en comparación con la bota!

Avanzaron poquito a poco con pasos titubeantes, mientras los alfileres encantados, la llave y el tenedor los guiaban hacia una puerta colosal, cubierta de telarañas y sumida en la oscuridad. Tras ella había unas escaleras que bajaban directamente a los subterráneos, muy muy abajo. Apisonador los llevó en brazos durante todo el trayecto escaleras abajo y, cuando llegaron al final, encontraron una sala muchísimo más grande que la anterior. Era imposible que una habitación fuera tan grande. Había una mesa tan alta que sus patas parecían los troncos de los árboles de los Bosques Altos y una silla titánica cuya existencia era inimaginable. Bajo la mesa se hallaba la pareja de la bota que habían visto antes y dentro, un pie gigantesco con unos dedos monumentales que habían adquirido un enfermizo color verdoso. Por encima del pie, muy pero que muy por encima, se

extendía una pierna y, fuera de su campo visual, debía de estar el cuerpo del gigante.

El gigante más grandioso que nadie había visto o imaginado jamás.

10. El último aliento del gigante

N ecesitaron hasta el último ápice de valor para dar un paso adelante. A Espadín le latía el corazón con tal frenesí que parecía que iba a salírsele del pecho y a huir por patas. A él mismo no le faltaban ganas.

Pero pensó en el pobre Xar, temblando por la noche mientras la mancha de la bruja le trepaba por el brazo. El joven mago se quedaría encerrado para siempre en Gormincrag si no encontraban los ingredientes del hechizo. Las brujas no iban a desaparecer si se quedaban de brazos cruzados esperando a que se esfumaran… Así que Espadín no se detuvo.

A Wish, los dedos de los pies del gigante le llegaban a la cintura. Estaban petrificados. Ahora que los veían más de cerca, repararon en que su aspecto verduzco no se debía a la gangrena, sino a que llevaban quietos tanto tiempo que el musgo había crecido encima.

—¿Está vivo o no? —susurró Wish.

—¡Trasgos, a indagar! —ordenó Xar.

Tormenta, Ariel y Duendantiguo volaron con valentía hasta la cabeza del gigante.

Tormenta fue el primero en regresar.

—Muerto.

—Pero no puede llevar muerto mucho tiempo —comentó Wish—. Los cadáveres se descomponen, ¿no?

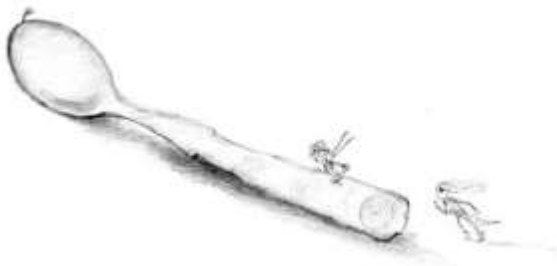
—¡Puaj! —soltó Espachurro, aunque examinaba encantado al gigante en busca de indicios de descomposición—. ¡Verdad esss essso! Dejad que mire… —El duendeludo zumbó a su alrededor, emocionado, pero regresó con una tremenda decepción—. Essstá igualito que sssi essstuviera vivo… Ni un pedacito asssqueroso… Ni blanducho… Lo verde sssolo esss mussgo…

—Es alguna clase de encantamiento —dijo Caliburn, con un escalofrío

—. Un encantamiento tan poderoso que no quiero saber ni qué es…

—¡A lo mejor eso significa que estamos a tiempo de conseguir su último aliento! —

contestó Xar, con expresión triunfante—. ¡Seguro que el hechizo no miente! Este gigante debe de haber estado esperando a que viniéramos para poder morir…



—Estás suponiendo muchísimas cosas —intervino Espadín, aterrorizado—. Quién sabe si está esperando para zampársenos.

—¿Cuántas veces tenemos que decírtelo? ¡Los gigantes son vegetarianos! —dijo Xar.

—Sí, pero no sabemos gran cosa de los que son tan, tan grandes… —contestó Espadín—. La mayoría cruzó estos mares hace cientos de años.

Pero Xar no lo escuchaba.

—¡Seguidme! —ordenó.

Los gatos de las nieves y el hombre lobo treparon por las patas de la mesa agarrándose con las zarpas como si estuviesen trepando a las copas de los árboles.

Wish, Xar y los demás iban subidos a sus lomos. Xar nunca había estado sobre la mesa de un gigante. Nunca había visto platos que pareciesen inmensos lagos plateados. Los tres jóvenes héroes continuaron su camino entre tazas y cuchillos colosales. El tenedor encantado se encaramó al borde de una de las cucharas, contemplando con admiración a su formidable pariente: una monstruosidad con forma de cuchara. El tenedor sacudió la cabeza,

como diciendo: «¿Creceré tantísimo algún día? ¿Se puede?».

Espachurro, Insectorro y el bebé, que siempre se distraían con mucha facilidad, se lo estaban pasando en grande deslizándose por el centro de la cuchara como si fuese un tobogán enorme, hasta que Xar chasqueó los dedos para que se concentraran.

—Tenemos una misión —susurró el joven mago—. ¡No hay tiempo para tonterías!

Duendantiguo, tú eres el jefe de los saqueadores de hechizos. ¿Cómo conseguimos el último aliento del gigante, si es que todavía se puede?

La cabeza del gigante estaba inclinada hacia un lado. La verdad es que TENÍA TODA LA PINTA de estar muerto. Tenía los ojos cerrados y el rostro surcado de arrugas y cubierto de helechos y hiedra, como si las plantas no supieran que era un gigante y creyeran que lo que había debajo era una pared rocosa o cualquier otro paisaje

pedregoso, enredado en una caótica masa de brezos y espinas que componían una especie de máscara.

Un rostro triste.

Un rostro quebrado.

Un rostro perdido.

Duendantiguo subió volando montado en el halcón y dio un salto para bajarse de su lomo. Se balanceó durante un segundo colgado de los pelillos de la nariz del gigante, echando un vistazo hacia las oscuras profundidades que se cernían sobre él como una cueva imponente repleta de mocos.

Hurgó con su lanza una de las fosas nasales.

El gigante no se movió.

—Está muerto —corroboró Duendantiguo, dejándose caer de nuevo a lomos del halcón.

—Ya, ya sé que es probable que esté *muerto* —se impacientó Xar—. La cuestión es…

¿cómo le sacamos el último aliento?

Y entonces, como si estuviese respondiendo a la pregunta de Xar, un

sonido reverberante inundó el aire, como un tambor sordo en la lejanía. Todos dieron un respingo y un débil soplo silbante surgió de las inmensas fosas nasales como las suaves corrientes que recorren las grutas de coral.

Por el musgo y la hiedra, por el blanco y el verde…

¡El gigante no estaba muerto después de todo!

—La bessstia essstá viva… —musitó Ariel, despidiendo un brillo verdoso tan intenso que parecía una antorcha viviente.

El gigante dio una sacudida.

—¡Aaaaaay, miiii madreeee! ¡Se está moviendo!

Un ojo ciclópeo se abrió muy lentamente bajo el caos de espinas que lo custodiaba.

El gigante enfocó la mirada y la clavó en los muchachos; una mirada torva en la que podías perderte con facilidad y que reflejaba una desolación tan imponente como la

grandeza del océano. La enorme mole volvió a sufrir otra sacudida tan repentina que derribó los platos. Wish y los demás perdieron el equilibrio. Se les olvidó por completo que los gigantes no son como los ogros y que son vegetarianos —incluso los muy muy grandes— porque del susto echaron a correr por la mesa como hormigas que se escabullen. Se refugiaron bajo el borde de los platos y se escondieron detrás de los tenedores.

Se encogieron de miedo, con los corazones desbocados: Espadín debajo del borde de un plato, Xar aplastado contra un salero y Wish debajo de una cuchara.

—No os mováis… —susurró Xar.

¿El gigante era de los buenos o de los malos? ¿Sabía que estaban allí? ¿Los había visto?

Ahora alcanzaban a oír la respiración del gigante, cuyos pulmones emitían un silbido semejante a una fuerte ventisca. De repente, daba la impresión de que su misión quizás era un pelín… *estúpida*.

Espadín contuvo la respiración.

A lo mejor el gigante no se había dado cuenta de que estaban allí…

Los minutos pasaron.

Se hizo el silencio de nuevo.

A Espadín ya le costaba un poco menos respirar.

Acto seguido y de la nada, se oyó una voz tan bonita que no podía ser del gigante y que no parecía proceder de ningún sitio en particular:

—Hay uno escondido debajo del plato…

¡CRASH! El reconfortante refugio de Espadín salió volando y atravesó la estancia por los aires hasta hacerse añicos contra la pared con un ruido ensordecedor.

¿No era un poco demasiado… BRUSCO para ser un amabilísimo gigante? Cuando Espadín levantó la vista hacia el rostro amenazante que se cernía sobre él cual verdoso titán, la furia que percibió en su ceño fruncido no daba lugar a error.

Está muy bien todo eso que dice la gente de que no te muevas cuando un animal salvaje está a punto de atacarte o, en este caso, cuando la inmensa desolación de un

gigante está a punto de venírsete encima. Sin embargo, en esa clase de situaciones suele intervenir el instinto, así que Espadín echó a correr a toda velocidad.

¡¡¡¡PUM!!! Una poderosa fuerza interceptó a Espadín en plena huida y lo hizo aterrizar sobre su estómago. ¡¡¡UFFF!!! Cuando pudo volver a ponerse de pie, muerto de miedo, una mano de proporciones hercúleas lo aprisionó como dentro de una cueva verde.

Wish se asomó por detrás de la cuchara y gritó:

—¡Ha cogido a Espadín!

Olvidándose de lo mucho que le gustaban los gigantes, no dudó en salir corriendo hacia él y propinarle un buen pinchazo con la espada en uno de sus inmensos dedos.

Aunque seguramente fue como un pinchacito con un alfiler, sus dedos reaccionaron y abrió la mano. Los tres pudieron huir corriendo, zigzagueando y sorteando obstáculos a lo largo de la mesa. El gigante intentaba atraparlos con esa mano ya no tan simpática.

Al final, lo consiguió.

Xar y Espadín se escondieron en el salero, pero el gigante comenzó a sacudirlo y acabó inmovilizándolos sobre la superficie de la mesa entre los dientes de un tenedor.

Acto seguido, el gigante cogió una taza y la soltó de golpe en la mesa atrapando a Wish. Por un horrible segundo, creyó que se quedaría ahí encerrada para siempre, pero el gigante le dio la vuelta a la taza, la cogió y la dejó caer de nuevo en su interior. Ahí dentro se quedó, mirando aterrorizada a los ojos sombríos de ese gigante enorme y, reconozcámoslo, muy enfadado.

El gigante emitió un sonido ininteligible. Abría y cerraba la boca igual que si estuviese pronunciando palabras, pero era imposible distinguir lo que decía porque no paraba de resollar. Se detuvo.

Los tres chiquillos se miraron los unos a los otros, sobrecogidos. No lograban descifrar ni una sola palabra.

El gigante volvió a hablar, pero seguía sin entendérsele, aunque sí se percibía un tono de enfado en sus jadeos.

Caliburn se armó de valor y voló hasta la boca del gigante para poder oírlo mejor.

Parecía que el gigante se asfixiaba y luchaba por respirar, hasta que, de la nada, apareció un diminuto ser etéreo en medio de una estela de luz; un ser tan brillante que

obligaba a parpadear a quien lo mirase. El ser vertió el contenido de un frasquito en la boca del gigante. Se lo tragó con avidez, tan inmerso como estaba en su polvorienta desolación.

—¿Qué es eso? —preguntó Wish, boquiabierta, intentando mirar al ser brillante mientras este volaba como una flecha. No se parecía a ningún otro trasgo o elfo, al menos a ninguno que ella hubiera visto antes.

—Soy un trasgo de hielo que antaño perteneció al gran mago Pentaglión —dijo el pequeño ser, moviéndose tan rápido que seguían sin saber qué era— pero podéis llamarme Eleanor Rose… No es mi nombre, pero es precioso, ¿a que sí?

Eleanor Rose, aunque no se llamara así, tenía una voz muy bonita que evocaba al agua fluyendo o a las campanitas tintineando. Debía de haber sido ella quien le había dicho al gigante dónde estaban.

—Y el grandote putrefacto se llama Prepóndero —prosiguió Eleanor Rose, como si estuviesen disfrutando de una animada charla en lugar de haber irrumpido en las ruinas de un castillo llamado «de la Muerte»—. Bueno, ya que estamos, ¿por qué no os presentáis? Prepóndero y yo llevamos mucho tiempo solos. A veces tenemos compañía, pero los visitantes indeseados no suelen quedarse mucho… sobre todo si son ladrones…

Había algo un pelín siniestro en esa última frase, aunque la dijo en un tono desenfadado; incluso triste, en cierto modo. Caliburn susurró algo

que ni siquiera hacía falta decir:

—No confiéis en ella…

Eleanor Rose no parecía ofendida. De hecho, estuvo de acuerdo; puede que se la hubiera visto asentir con la cabeza si se hubiese estado quietecita el tiempo suficiente.

—Sí, lo más inteligente para un humano es no confiar en mí. Los trasgos de hielo no tenemos corazón, ¿sabéis?

El gigante emitió un susurro ahogado, cuyo volumen era mucho más alto para el oído humano que el de un murmullo normal… porque era un gigante, claro.

—¿QUIÉNES SOIS, hormiguchas insignificantes, y

cómo os atrevéis a perturbar el descanso de un

gigante de la antigua estirpe a punto de morir? ¿Ya

no queda nada sagrado?

—Anda, estás al borde de la muerte, ¿eh? —soltó Xar sin pensar, incapaz de esconder su entusiasmo—. ¡Qué maravilla!

El gigante parpadeó.

Espadín se puso a darle codazos frenéticos al joven mago.

De repente, Xar se percató de que no era de muy buena educación celebrar el inminente fallecimiento de tu anfitrión.

—Quiero decir… qué triste —se corrigió rápidamente.

Eleanor Rose volvió a echarse a reír.

—¡No os preocupéis! —dijo en tono amable—. ¡Vosotros también estáis al borde de la muerte!

—¿Cómo? —balbuceó Espadín, angustiado.

—¡Lo que has oído! —contestó Eleanor Rose, muy contenta—. ¿Qué esperabais? Os habéis colado sin haber sido invitados en el Castillo de la Muerte con la perniciosa intención de robar algo infinitamente preciado que pertenece a uno de sus habitantes, que resulta que también es vuestro anfitrión, aunque un tanto reticente… ¡No os

molestéis en negarlo todo!

Xar ya había abierto la boca para negarlo, en un gesto instintivo.

—A menos que… —empezó Eleanor Rose.

—¿A menos que qué? —inquirió Wish, nunca dispuesta a perder la esperanza.

—A menos que seáis las personas a quienes estábamos esperando, lo cual es tremendamente improbable, considerando la cantidad de gente que hay por los bosques silvestres y lo sorprendente que sería que hubierais llegado hasta aquí por casualidad

—siguió Eleanor Rose—. Por eso llevamos esperando tanto, tantísimo tiempo. ¿Quiénes sois, entonces?

Madre mía, madre mía, madre mía.

Tenían que confiar en que el *Libro de hechizos* no los hubiese engañado. Tenían que confiar en que sus nombres sirviesen.

—Decidme la verdad —les advirtió Eleanor Rose.

—Soy Xar, hijo de Encanzo, el chico del destino. Esta es Wish, hija de Sychorax… Y

este es Espadín, el guardaespaldas.

Se hizo un silencio muy muy largo. Eleanor Rose se quedó lo bastante quieta para que Espachurro pudiera verla con claridad durante un segundo tentador:

—¡Qué preciosidad!

—La belleza no lo es todo —repuso Eleanor Rose, que siguió moviéndose—, pero el universo se ha dado cuenta de que, en ocasiones, ayuda. Y la imposibilidad no lo es todo tampoco, pero es sorprendente, teniendo en cuenta la naturaleza de lo imposible, con qué frecuencia el universo depende de una…

casualidad…

improbable…

Espadín, Xar y Wish habían estado conteniendo el aliento, pero lo soltaron aliviados.

—De entre las innumerables criaturas de esos bosques silvestres, habéis resultado ser los elegidos —declaró Eleanor Rose.

—Gracias a los dioses —susurró Espadín.

—¡Por fin! —exclamó el gigante—. ¿Son dignos?

Eleanor Rose planeó frente a ellos y los fue tocando uno a uno, comprobando si eran dignos. Todos soltaron un gritito en el momento del contacto, como si hubieran recibido una descarga eléctrica.

Eleanor Rose recorrió la estancia un par de veces antes de pronunciarse:

—Bueno, se pueden mejorar. Sobre todo aquel que se hace llamar el chico del destino… pero ¿qué puedes esperar de un humano, al fin y al cabo? Sin embargo, en lo que respecta a la valía del pájaro…

A Caliburn se le erizaron las plumas, preparándose para deshacerse en palabras modestas y humildes. Aquel era su momento.

—El pájaro parlante es el menos digno de todos —sentenció Eleanor Rose.

—¡Te estás equivocando conmigo! ¡Soy Caliburn, el pájaro que ha vivido cientos de vidas, y se me ha encomendado la tarea de cuidar de Xar precisamente gracias a mi sabiduría y a mi valía!

—Ajá —contestó Eleanor Rose, arrugando la nariz en un gesto despectivo, que aun así sonó ligeramente afectuoso—. Quizás deberías pensar por qué, tras todas esas vidas, has acabado reencarnándote en un pájaro. Sé perfectamente quién eres, cuervo. La edad no es signo de sabiduría ni de valía. Tendremos que arreglárnoslas con esto, Prepóndero, y esperar lo mejor, como suele pasar con los humanos. No podemos esperar más. Cada vez me resulta más difícil retrasar el proceso de la muerte y, al fin y al cabo, son los nombres que estábamos esperando.

El gigante lanzó un bufido de alivio.

—Así que, ¿habéis venido a robar algo? No os molestéis en mentirme, decidme la verdad —dijo Eleanor Rose.

—Hemos venido a por el último aliento del gigante —contestó Xar, desafiante—. Lo necesitamos como parte del hechizo para librarnos de las brujas.

—Ahhhh… —suspiró el gigante con satisfacción, creando una gran ventisca con el suspiro—. Sí, son los elegidos.

—Esto es valioso, muy valioso —anunció Eleanor Rose, en tono solemne—. No es algo que la gente como vosotros pueda robarle a un gigante de las antiguas estirpes, pero, por suerte para vosotros, os lo entregará por voluntad propia. Habréis venido preparados, imagino.

—Por supuesto —respondió Xar de inmediato—. Duendantiguo es un gran saqueador de hechizos. Atrapará el aliento, Tormenta lo encogerá y entre los dos lo introducirán en este frasco de aquí…

Eleanor Rose volvió a soltar una risotada.

—¡Ay, humanos, qué graciosos sois! ¡Vuestros planes no sirven para nada y aun así seguís poniéndolos en marcha! Por vuestra cuenta no teníais ninguna opción, pero yo os ayudaré. Obtendréis lo que deseáis. Y quizá hasta recibiréis… algo más. Poneos cómodos.

Eleanor Rose no sacó ninguna vara ni varita, ni siquiera hizo ningún ademán que pudiera interpretarse como que estaba lanzando un hechizo, pero el tenedor se despegó liberando a Xar y a Espadín y la taza se volcó con suavidad, dejando a Wish sobre la mesa.

—El gigante va a contaros una historia y yo voy a ayudarle…

Las palabras del gigante no-muerto-del-todo tronaron a tal volumen que tuvieron que taparse los oídos.

—PERMITIDME

QUE

OS

CUENTE

UNA

HISTORIA.

—¿¿¿Una historia??? —dijo Xar apretando los dientes, molesto por lo fuerte que hablaba.

—¿No te gustan las historias? —dijo Eleanor Rose, sorprendida.

—¡Me encantan! —respondió el joven mago—. Pero… ¿qué sentido tiene que el gigante nos cuente ahora una historia? ¡Se supone que está a punto de exhalar su último aliento! No creo que pueda terminar de contarla si solo le queda el último aliento.

Además, tenemos un poco de prisa… Es difícil de explicar, pero los druidas, los magos, los guerreros, el Rastreabrujas y las propias brujas nos persiguen. Podrían llegar en cualquier momento… Y tenemos que encontrar a la cuchara de mi compañera Wish, que se ha perdido.

—¿La has visto? —inquirió Wish, angustiada—. El tenedor y la llave están convencidos de que tiene que andar por alguna parte. Más o menos es así de alta, de hierro y…

—¿Qué he dicho? —interrumpió Eleanor Rose—. Se puede mejorar. Tenéis que aprender a ser pacientes, vosotros dos. Siempre hay tiempo para un cuento. El gigante os entregará su último aliento a cambio de que escuchéis su relato, con paciencia, calma y humildad, que son cosas que debéis aprender. Ese será vuestro pago, si queréis verlo así.

Así, en lo más profundo del Castillo de la Muerte, Wish, Caliburn, Xar, Espadín. los gatos de las nieves, los trasgos y el gigante Apisonador se sentaron con las piernas cruzadas, apoyaron sus cabezas peludas sobre las zarpas, plegaron las alas o se tumbaron de espaldas con las ocho patas hacia arriba, en función de cómo fuese cada uno. Todos ellos prestaron atención a la historia, en silencio, obedientes; incluso Xar intentó ser lo más paciente y respetuoso que pudo.

Las últimas palabras de CUALQUIER persona que se está muriendo tienen poderes mágicos.

Pero las últimas palabras de un gigante de una envergadura tan extraordinaria…

tienen aún más poder que las de la mayoría.

En realidad, esta historia fue relatada por un gigante del tamaño de una pequeña colina, cuando se hallaba a las puertas de la muerte e infestado de moscas, con una voz que a veces armaba un escándalo mayor que el sonido del trueno más potente y otras veces se quebraba y era apenas un susurro. Cuando dicha voz se rompía al igual que sus dedos desmigajados y se volvía débil y casi inaudible, la historia la retomaba el trasgo de hielo; la otra cara de la moneda: diminuto e inquieto, con una voz que se asemejaba a una música desconocida para el universo, a las estrellas rutilantes y a las campanillas del tiempo…

Pero, si la cuento así, será más complicado concentrarse en la historia y su contenido es importante. Así que la relataré con mi propia voz, la voz del narrador omnisciente.

Esta es la historia que contó el gigante.

La historia del último aliento del gigante.

Érase una vez una joven princesa guerrera tan feroz y salvaje como cualquier hombre lobo.

Esta princesa guerrera no le tenía miedo a nada y sus habilidades de caza daban que hablar en el Imperio. Ella sola luchó contra los gigantes de hielo del norte glacial, capturó al terrible Annis gris del oeste y ahuyentó a los alientofétidos que saqueaban los pueblos guerreros del sur.

La princesa guerrera no creía en el amor.

— El amor te hace débil —decía.

—¡De verdad de la buena, espero que no sea una historia de AMOR! —dijo Xar, asqueado, antes de recordar que tenía que estarse calladito y mostrar respeto.

Rápidamente volvió a cerrar la boca.

Un día, en pleno invierno, la princesa estaba montando a caballo sola por el bosque cuando se dio cuenta de que la perseguían un par de gatos de las nieves. Les lanzó varias flechas y, aunque dos de ellas alcanzaron su objetivo, los felinos siguieron persiguiéndola. Finalmente, se dio cuenta de que querían que los acompañara. Impresionada por su valentía, eso hizo.

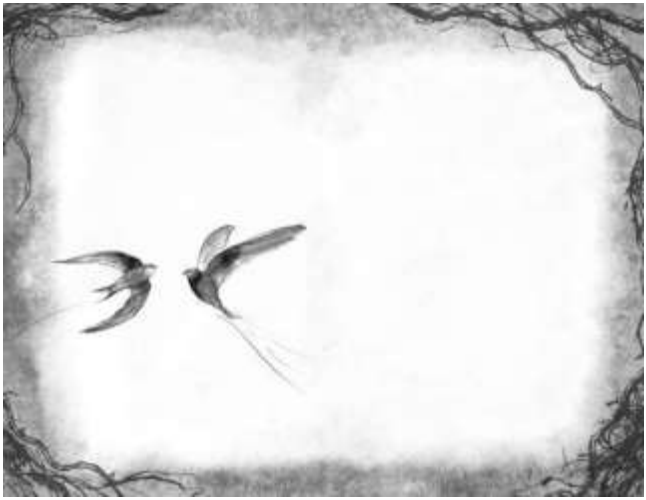
Los gatos de las nieves la llevaron a un claro del bosque en el que un grupo de lobos enormes aguardaba con paciencia debajo de un árbol. En lo alto de este había un joven y los lobos estaban esperando a que se cansara y cayera como si fuera una gran manzana madura. Llevaba dos días allí y se moría de hambre, sed y miedo.

Las varas mágicas del joven se encontraban bajo el árbol que había escalado para rescatar a uno de sus trasgos.

El joven (cuyo nombre era Algorquprqin, que sonaba como si alguien se estuviera ahogando con una nuez, por lo que todo el mundo le llamaba Tor) estaba cantando una cancioncilla muy tonta, o eso creía la princesa. Decía lo siguiente: Soy joven y pobre, nada puedo ofrecerte

Solo tengo estas alas de color sin par

Este aire que bebo y estos vientos en los que duermo



Este sendero de estrellas en el que bailo, cuando oigo la luna cantar…

En ese momento, la princesa supo que debería haber seguido cabalgando. Estaba claro que el joven era un mago, y los magos y los guerreros eran sus enemigos a muerte.

También estaba claro que el joven era muy tonto.

Pero había algo tan humano *en esa cancioncilla bobalicona que la hizo detenerse.*

La princesa cargó el arco y disparó una flecha hacia el mago, no para alcanzarlo, sino para ver si se encogía de miedo.

No le dio… aunque le pasó tan tan cerca que le rozó el brazo izquierdo. La princesa quedó impresionada puesto que admiraba la valentía, incluso en los magos.

Los lobos se pusieron de pie y le lanzaron un gruñido de aviso. Comenzaron a caminar alrededor del árbol sin cesar. La princesa volvió a cargar el arco, apuntó hacia los lobos y gritó con desprecio:

—¿Qué haces, mago tonto? ¿Hablas con los árboles?

—No hablo con los árboles —contestó él—. Estoy hablando CONTIGO.

Continuó con la canción:

Te prometo vendavales y una aventura maravillosa

Volaremos para siempre y no nos separaremos jamás Soy joven y pobre, nada puedo ofrecerte:

Mi amor y el latido de mi corazón; nada más.

Y luego solo dijo:

—Ayúdame…

—¿Qué me darás si te rescato, mago? —preguntó la princesa.

Hubo un silencio en la copa del árbol y, luego, el mago respondió:

—¿Qué es lo que más deseas en el mundo?

La princesa contestó tan rápida como una de sus flechas:

—Quiero ser la reina guerrera de todo este bosque.

La princesa, como veréis, siempre había estado DESTINADA a ser la reina de todo el bosque, pero una de sus malvadas primas le arrebató el trono al nacer ella, por lo que estaba diciendo algo que llevaba deseando toda su vida.

El mago llamado Tor la miró.

—Está bien, no puedo convertirte en una reina guerrera —reconoció—, pero te PUEDO dar un caballo. Una reina necesita un buen caballo.

—¡Ya TENGO un caballo, bobo! —dijo la princesa entre risas—. ¡Estoy montada en él!

—En casa, en mi campamento mágico, tengo un caballo mucho mejor que el tuyo, un caballo negro como la noche y rápido como un saqueador de conjuros… Te lo daré si me rescatas —dijo Tor. Y, añadió a toda velocidad—: No es mágico. Es un caballo normal. Te gustará…

Así pues, la princesa, que solo buscaba una excusa para salvar a este joven bobo, disparó las flechas contra los lobos y estos fueron a por ella. La persiguieron por el bosque mientras la princesa les disparaba por encima del hombro. Tor bajó del árbol, cogió las varas de mago y la siguió sobre su gato de las nieves herido. La alcanzó en el momento justo en que la manada de lobos se abalanzaba sobre su caballo.

La princesa desenvainó la espada, él usó las varas mágicas y juntos lucharon contra los lobos, pero había tantos que tuvieron que subirse al gato de las nieves para huir y dejaron el caballo atrás.

—Me has hecho perder el caballo —protestó la princesa mientras galopaban juntos a lomos del gato de las nieves.

—Era el caballo o nosotros… —dijo Tor—. Por eso te he ofrecido uno de los míos si me rescatabas.

En ese momento, la princesa se dio cuenta de que los magos eran astutos.

No le molestaba. Ella también era muy astuta.

El mago, ahora que podía verle la cara de cerca bajo la luz de la luna, era un chico muy bobo y astuto a la vez, y un poquitín guapo también… Y no se había encogido de miedo cuando le había disparado…

Y así es como la princesa perdió el corazón en el bosque.

—¡VA de amor! —protestó Xar, asqueado.

—¡Shhh! —sisearon los demás porque querían escuchar el final de la historia.

La princesa guerrera aceptó reunirse en el mismo claro con el mago al cabo de una semana para que le trajera el caballo.

—Esta es la última vez que quedo con él —se dijo a sí misma.

Tor le dio un caballo llamado Tronador, que en realidad no era ni más rápido que un saqueador de conjuros ni más negro que la medianoche; era un caballo normal y corriente…

Excepto en un aspecto: cada segundo jueves del mes, si lo montaba, por muy fuerte que tirara de las riendas, el caballo la llevaría a través del bosque, hacia el claro en el que Tor y ella se habían visto por vez primera. Tor la esperaría allí y pasarían la tarde juntos haciendo el tonto.

La joven princesa guerrera juró que se casaría con Tor. Prometió de corazón que se escaparían juntos y encontrarían un mundo en el que no importara de dónde vinieran, donde magos y guerreros pudieran amarse y vivir en paz.

Y entonces… Y entonces… Y entonces…

TRAGEDIA.

La malvada prima de la princesa murió, lo que significaba que ELLA era ahora la reina de los guerreros.

Por fin conseguía lo que había deseado toda la vida… Y ahora que lo tenía, se daba cuenta de que, al fin y al cabo, no lo quería.

Ah, debéis tener cuidado con lo que deseáis, chicos…

PORQUE SE PUEDE HACER REALIDAD.

El problema de ser reina es que trae consigo unos deberes y unas responsabilidades. El pueblo de la nueva reina la necesitaba porque, si ella NO era la reina, lo sería otra de sus primas malvadas, con sus impuestos, sus guerras por venganza y su interminable sed de caprichos como la sangre de hombres gato de aperitivo, que podía ser deliciosa, sí, pero costaba muchas vidas humanas.

Así que la joven princesa SENTÍA que debía ser reina, y la reina de los guerreros no podía casarse con un mago.

Pero ¿cómo deshacerse de su amor?

Un beso de amor verdadero es lo más fuerte del mundo y eso no se puede deshacer con un simple estornudo.

Por eso, la princesa hizo algo horrible.

Había oído hablar de un mago poderosísimo llamado Pentaglión, que vivía solo y hacía experimentos para ver el futuro… Bueno, se había iniciado en

esa práctica tan peligrosa. Fue a visitarlo. Miraron su futuro juntos y vieron que si se casaba con el joven llamado Tor, las brujas regresarían al bosque…

ASÍ QUE LA PRINCESA TENÍA QUE ACABAR CON SU AMOR PARA SIEMPRE.

Y, para ello, solo había un método.

PENTAGLIÓN LE DIO EL HECHIZO DE DESAMOR, QUE ES, ADEMÁS, UN

HECHIZO MUY MUY PELIGROSO.

(Todos los trasgos se quedaron sin aliento al oír el nombre del Hechizo de Desamor.

Espachurro se enroscó con tanta fuerza en el pelo de Wish que le hizo pegar un gritito.

Solo se le veían los ojos, enormes por el miedo.)

La princesa guerrera se bebió el Hechizo y el amor se desvaneció de su corazón.

Le escribió una carta al joven mago llamado Tor con tinta venenosa y amargura en la que decía que no le quería, que nunca lo había amado.

Mientras, Tor esperó durante semanas en el punto de encuentro fijado, pero la princesa guerrera nunca apareció. Recibió la carta. La leyó, aunque se negó a creerlo. Dos años esperó. Se construyó un refugio y los trasgos del bosque sintieron tanta pena por él que le llevaron comida y agua. Lo llamaban «el mago que espera». Tor sabía en lo más profundo de su corazón que la princesa lo había traicionado y, al final, acabó creyéndose la carta. Se enteró de que la princesa guerrera se había casado con otro y que se hacía llamar la reina de los guerreros. El mago se volvió loco de infelicidad y se fue a luchar a las profundidades del bosque. Se convirtió en un Hombre de las Sombras…

—Ah, ¡qué guay! —suspiró Xar ya que los Hombres de las Sombras eran legendarios.

—Y ahora es cuando llegamos a MI parte de la

historia —dijo el gigante—. Veréis, el castillo en el que ahora estáis fue tiempo atrás el castillo de Pentaglión…

Xar, Wish y Espadín contuvieron la respiración. Estaban tan absortos en la historia que se les había olvidado que podía ser real. Observaron las ruinas del castillo a su alrededor. ¿Qué había ocurrido allí?

—Y al que estáis escuchando es la gigante de Pentaglión y aquí es donde entro yo en esta historia. —Su voz estaba llena de amargura—. Por desgracia, uno de los ingredientes esenciales del Hechizo de Desamor eran las lágrimas de un druida y a los druidas no les gusta que les quiten las lágrimas. Estos empezaron a buscar al hombre que les había quitado las lágrimas y,

cuando lo encontraron, no solo mataron al poderosísimo mago Pentaglión, sino que capturaron a su pequeño hombre lobo e intentaron matar a su gigante… Y ese gigante —sentenció— era YO.

Así, durante muchos años, he estado tan tan enfadado por esta injusticia que no he podido morir.

¡La rabia ARDÍA en mi interior! —rugió—. El ardiente calor de la ira me ha mantenido así…

¡ESTOY ENFADADÍSIMO! —gritó el gigante y, aunque se estaba muriendo, el sonido de su furia retumbó en su enorme pecho como miles de osos rugiendo, hizo eco en todos los rincones de la sala y la mesa empezó a temblar—. No me da miedo morir, pero me queda una cosa por hacer… Y con mi último aliento os pido…

Hizo una gran pausa, porque el último aliento de un gigante es algo terrible.

—¡Venganza! —susurró Xar, entusiasmado—. ¡Quiere VENGARSE! No te preocupes, gigante, yo también estoy bastante molesto con esos druidas… Dame la misión a mí directamente; ¡Xar es tu hombre!

Xar estaba encantado porque el último aliento de un gigante era una cosa, pero el último deseo de VENGANZA de un gigante… era un ingrediente poderosísimo que sería de gran ayuda para deshacerse de las brujas.

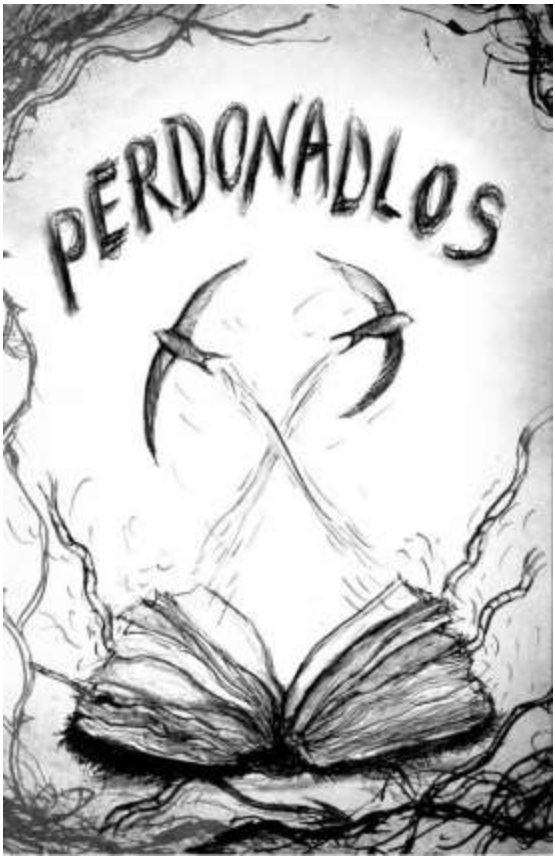
—¡Que se prepare todo el mundo! —gritó el mago—. ¡El gigante está a punto de palmarla!

—¡Ay, *pobre* gigante! —dijo Wish—. Ten un poco de respeto, Xar, que son sus últimos momentos.

—¡Lleva AÑOS muriéndose! —dijo Xar—. ¡Le estamos haciendo un favor! Estás ENFADADO, ¿a que sí, gigante? Tan enfadado que no has podido morir… ¡Danos tu ira! ¡La necesitamos!

—Con mi último aliento os pido —dijo el gigante. Se agarró la garganta… estaba a punto de morir, le costaba respirar—. Os pido… Os pido que…

¡LOS PERDONÉIS!



11. La historia da un giro inesperado, como suele

ocurrir con las historias

Q uéé??? —dijo Xar tan confuso que se olvidó por un momento de la misión.

—¡¡¡COGED EL ALIENTO!!! —gritó Espadín.

Fue una maniobra perfectamente sincronizada. Cualquiera creería que la habían ensayado miles de veces.

El gigante cayó hacia atrás con un ¡CRASHHH! que hizo temblar los cimientos que quedaban. El último aliento salió de su boca y ascendió en forma de una gran nube.

Tormenta lanzó un hechizo de aparición para hacerlo visible y ahí estaba, en medio de una enmarañada nube, durante solo un instante y ¡POP! El hechizo de empequeñecimiento de Fuegofatuo solo consiguió reducirlo unos centímetros… y ahí intervino Eleanor Rose. Voló por encima de la nube, extendió sus bracitos y el aliento pasó a tener el tamaño de un guisante. Con un aleteo espléndido, el halcón peregrino bajó en picado y Duendantiguo metió en el frasco la bolita de aliento y le puso el tapón.

El ave bajó y luego subió y subió, alejándose del polvo que se había levantado. Después, dejó caer el pequeño frasco en las manos expectantes de Espachurro, el asistente oficial del equipo de saqueadores de conjuros.

Wish se lanzó contra el cuerpo del gigante, que estaba boca abajo. Eleanor Rose levantó los brazos de nuevo y, ante sus ojos, el cuerpo enorme del gigante simplemente se desvaneció fundiéndose con el suelo.

—¿Adónde ha ido? —susurró Wish con los ojos como platos.

—Donde debería haber ido hace ya mucho tiempo —dijo Eleanor Rose —. No estéis tristes: el pobre gigante es libre por fin.

—¡Pero lo estamos! —respondió Wish. El gigante había sido muy noble y lo habían tratado fatal…

—Y yo —dijo Eleanor Rose a toda velocidad—. No triste, claro, sino libre. Y menudo último aliento… después de tantos años de enfado, ¡los perdona! —comentó sorprendida—. ¡Es maravilloso!

—¡Misión cumplida! —dijo con orgullo Duendantiguo mientras el halcón peregrino se posaba en el hombro de Xar.

Espachurro levantó el frasco. Allí, en el centro, había una cosita redonda de aspecto extraño, enrollada sobre sí misma como una flor.

Los trasgos soltaron un gran siseo alegre y los lobos y los gatos de las nieves aullaron mostrando su respeto.

—¡Nosotros ssser saqueadoresss de conjurosss!

Los lobos saltaban de aquí para allá, los gatos de las nieves se perseguían alrededor de los platos y Solitario se sentó y comenzó a aullar. El único que no bailaba satisfecho alrededor de la mesa del gigante era Xar, lo que era poco común en él ya que normalmente era el Regodeador Jefe. Parecía como si estar sentado cinco minutos en

silencio, sin moverse, le hubiera supuesto tal esfuerzo que ahora tuviera que soltar sus verdaderos sentimientos.

—¡Debería haber sido un aliento de venganza! —dijo Xar, molesto—. ¿De qué sirve un aliento de perdón, aun siendo de un *gigante*, si se quiere luchar contra las brujas, uno de los mayores peligros que hay en el mundo?

Xar era el único que no había entendido el significado real de la historia. Para los demás de la sala, la historia había lanzado al aire todas las piezas que conocían y, al caer, todo había cambiado.

Algunas historias pueden cambiar vidas… y esta era una de ellas.

Se habían contado secretos que llevaban enterrados y escondidos en corazones humanos mucho mucho tiempo.

—¿No lo entiendes, Xar? —dijo Wish—. ¡La princesa de la historia era mi madre! Y

el joven mago era tu padre Encanzo…

—¿¿¿Qué??? —Xar se quedó boquiabierto—. ¡Tonterías! ¡El joven mago se llamaba Tor!

—Tu padre debía de llamarse así antes de convertirse en Encantador —sugirió Caliburn, lo cual era posible porque los magos solían cambiarse el nombre cuando llegaban a esa posición.

—Pero eso es imposible —respondió Xar—. Mi padre nunca sería tan

cursi como para enamorarse del iceberg humano que es la reina Sychorax…

—¿Por eso soy mágica, Eleanor Rose? —dijo Wish con los labios blancos.

—Exacto. Una reina guerrera puede tener una hija mágica si alguna vez ha amado a un mago —contestó Eleanor Rose—. El beso de un mago, si es de amor verdadero, puede permanecer en la sangre. La magia puede quedar ahí, aunque ese amor haya muerto después.

Entonces esa era la verdad.

Una vez, hacía mucho tiempo, Sychorax y Encanzo se habían enamorado. Sychorax se había tomado el Hechizo de Desamor… Y el amor había muerto. Se casó con un guerrero, como se suponía que debía hacer… Pero en algún lugar, detrás de la coraza de hierro de Sychorax, permanecía el beso de amor verdadero que había convertido a su hija en mágica, aunque sus padres fueran guerreros.

—¡Ay, madre! ¡Ay, madre! ¡Ay, madre! —gimió Caliburn—. *¡Rompieron las reglas!* ¡Y

las reglas están ahí por algún motivo! Se supone que los magos y los guerreros no se pueden enamorar… ¡Y ahora vemos por qué! Nació un bebé, Wish, que es una mezcla de magia con hierro y eso ha cambiado el curso de la historia. La mezcla de magia con hierro es lo que llevan esperando las brujas durante muchos muchos años…

A Xar todavía le costaba asimilarlo.

—Mi padre no deja de darme la chapa sobre no romper las reglas y ¿me estáis diciendo que ÉL rompió la regla más importante de todas?

—Quizás ese ha sido siempre el motivo de nuestra misión —dijo Wish, entusiasmada—. Mi padre murió hace años en una batalla contra los Grimogros. ¿Qué pasó con tu madre, Xar?

—Murió cuando yo era un bebé —dijo Xar. **

—¡Así que *tu* padre y *mi* madre pueden volver a enamorarse! —concluyó Wish con emoción—. Podemos ayudarlos a deshacer el Hechizo de Desamor.

Tanto Xar como Espadín la miraron como si estuviera loca.

—Si mi padre cometió *una vez* el error de enamorarse de ese horrible témpano de hielo que es tu madre, ¡no lo va a hacer UNA SEGUNDA VEZ! —comentó Xar, asqueado.

—Ay, madre. Ay, madre. Ay, madre —soltó Caliburn con gran agitación—.

¡Deshacer el Hechizo de Desamor es IMPOSIBLE! ¿En qué estaba pensando Pentaglión para lanzar un hechizo así?

Eleanor Rose resopló con desaprobación.

—Sí, a veces los más sabios son los que más locos están. Nunca se es demasiado viejo para aprender… Ahora, me despido de vosotros, pequeños humanos y demás criaturas curiosas.

—¡Ay, no te vayas! —le suplicó Wish—. ¡Necesitamos tu ayuda! Además, no me has dicho dónde está la cuchara. ¿Lo sabes?

—Sé dónde está, sí —asintió Eleanor Rose.

—¡AY! —gritó Wish con alegría—. ¡Por favor, dime dónde está!

—La puedo soltar por ti, pero después, tenéis que iros *lo más rápido posible* —les advirtió Eleanor Rose—. Los trasgos de hielo no podemos intervenir en los asuntos de los humanos, ¿sabéis? Por este motivo no puedo matar ESO —añadió señalando hacia arriba—. Porque sería intervenir de verdad. Además, le hice una promesa a ESO…

—¿Qué es ESO? —preguntó Espadín, mirando hacia el techo, en el que creía haber visto *algo*, no sabía exactamente el qué, pero algo que estaba acechando desde allí. No se habían dado cuenta, pero lo que fuera estaba goteando; una gota pequeña cada minuto o así, como una estalactita en una cueva.

¡Ploc!

¡Ploc!

¡Ploc!

Espadín se movió hacia delante y escudriñó la oscuridad en un intento de ver qué era… Y justo cuando estaba mirando hacia arriba… algo MÁS GRANDE que una gota de agua surgió de la cosa oscura a la que estaba pegada y cayó al suelo con un claro resonar, como si fuera una campana.

¡¡¡CLING!!! ¡Cling! ¡Cling! ¡Cling! ¡Cling!

Algo que rebotó en el suelo antes de quedarse muy quieto.

Algo del tamaño de…

Una cuchara encantada.

Wish se abalanzó hacia delante, soltando un grito de alegría.

—¡Mi cuchara! *¡Mi cuchara!* —Y la cogió entre sus brazos—. ¡Está bien! —exclamó con un alivio exultante.

¡Mi
cuchara!

La cuchara estaba fría como el hielo, pero notó que comenzaba a calentarse y a moverse. El tenedor, la llave y los alfileres se arremolinaron a su alrededor con alegría.

La llave comenzó a ronronear y hasta los trasgos y los duendeludos se alegraron por Wish de este reencuentro. Xar y Espadín le dieron una palmadita en la espalda, y los gatos de las nieves y los lobos dieron saltos de felicidad alrededor.

Wish se giró para darle las gracias a Eleanor Rose, pero ya se había ido. Se alejaba volando, disparada como una pequeña estrella fugaz. Se detuvo un momento en el borde de las almenas y, luego, les envió, con caligrafía de trasgo, unas palabras a modo de ocurrencia antes de continuar en dirección norte.

Las palabras flotaron parpadeando ante ellos durante un instante antes de desaparecer también, como la niebla en el mar.

—Recordad… —decía la nota de la estrella fugaz—. El universo muchas veces depende de una *posibilidad improbable*.

—Jo, me CAÍA BIEN —suspiró Wish, dándole un fuerte abrazo a la cuchara—. Le importábamos más de lo que ella creía. Y me sentía mejor sabiendo que estaba aquí para protegernos…

La cuchara se calentaba y se retorcía entre sus brazos y Wish supo por su lenguaje corporal que no estaba tan contenta como debería por este reencuentro. Parecía nerviosa. Saltaba, lenta pero nerviosa, sobre su mano. Parecía que intentara señalar algo… algo que estaba sobre sus cabezas…

—¿Qué está intentando decir la cuchara? —preguntó Xar mientras miraban a su alrededor. Se dio cuenta de que, de repente, sin el gigante y sin Eleanor Rose, estaban muy solos en el castillo. Algún hechizo se había desvanecido y se sentía… sosiego. Ya no había tristeza, pero tampoco vida. Sin embargo, el silencio era un poco…

amenazante.

—¿Por qué creéis que Rosssalinda nos ha dicho que nos fuéramos de aquí lo más rápido posible? —preguntó Tormenta, incómoda.

Espadín retrocedió despacio mientras miraba hacia arriba, al lugar que el trasgo de hielo había señalado hacía unos minutos, al punto exacto del que había caído la cuchara.

Había *algo más* colgando del techo, como un enorme murciélago vampírico. Una cosa quieta, plegada sobre sí misma, tranquila, malévola y esperando con paciencia.

Había presenciado la historia. Llevaba semanas ahí colgada. Había estado allí todo el tiempo y no se habían dado cuenta.

Un conspirador.

Un planificador.

Una cosa con alas.

—¿Qué esss essso? —siseó Tormenta, sacando la varita, tan puntiaguda como una espina.

Wish, Xar, los trasgos, los gatos de las nieves y los lobos levantaron la cabeza para mirar hacia el lugar que indicaba Tormenta con el dedo. El hombre lobo se puso tenso, olisqueó el aire al notar algo siniestro y levantó su enmarañada melena a regañadientes.

Sssssshhhhhh… sisearon los trasgos, que brillaban como el fuego. ¿Cómo era posible que no lo hubieran olido antes? Ese mal olor, ese hedor, esa pestilencia a muerto…

Porque fuera lo que fuera había estado congelado hasta ese preciso instante.

Espadín llevaba un buen rato mirando esa cosa y estaba tan asustado que apenas podía articular palabra.

— *Eso* —dijo— es el rey brujo. Tenemos que salir PITANDO.

12. Un mal momento para que retrasen tu huida

M ientras todos miraban hacia arriba con la boca abierta por el miedo, hacia la enorme pesadilla oscura que pendía sobre ellos como una espada a punto de caer, aparecieron más notas con caligrafía de trasgo. Se tambaleaban un poco y costaban de leer ya que Eleanor Rose estaba ahora muy lejos, de camino al Polo de donde procedía.

«El gigante y yo le prometimos al rey brujo que no lo mataríamos si os traía a todos juntos a este sitio —decían las notas—. Lo he congelado

un tiempo, pero, cuanto más me alejo del castillo, más me cuesta mantenerlo en ese estado, así que, repito, tenéis un poco de ventaja, pero tenéis que iros de ahí cuanto antes…»

—Ay, dioses. Ay, dioses. Ay, dioses —gimió Xar, desenvainando la espada encantada.

«Lo siento —terminaba la nota, que iba haciéndose más débil con cada segundo que pasaba—, pero cuando el fin es lícito, también lo son los medios… el fin justifica los medios… todo por conseguir un bien mayor… Lo entenderéis cuando seáis mayores.»

Ay, no.

Ay, no. Ay, no. Ay, no. Ay, no.

Se levantaron de la mesa del gigante como pudieron y salieron de esa sala escondida antes de que se moviera esa cosa. Los trasgos se

lanzaron al aire, los humanos saltaron a los lomos de los gatos de las nieves, bajaron por las patas de la mesa para atravesar la sala y se apresuraron a cruzar la sala antes de que la COSA se despertara.

Arriba, fuera de esa cámara y ya en el patio, los trasgos zumbaban por encima de sus cabezas.

Aun así, mientras los trasgos y los animales salían a la luz del día chillando y corriendo tan rápido como se lo permitían sus patas, se toparon con una sorpresa desagradable. Mientras escuchaban la historia, sus perseguidores los alcanzaron por fin.

Tormenta soltó un grito de angustia, señalando con la varita hacia el sur donde alientofétidos, gigantes, magos y las figuras cambiantes y fantasmagóricas de los druidas estaban escalando las murallas.

Un águila dorada y un gerifalte entraron volando por dos ventanas rotas y se acercaron a Wish, Xar y Espadín al tiempo que estos galopaban sobre los gatos de las nieves a través del castillo en ruinas.

—¡Ay, dioses! —gritó Xar, girando la cabeza hacia arriba—. ¡Esto sí que nos va a retrasar!

—¿Qué pasa? —dijo Wish, colocando a Nocturnojo a su lado.

—Mi padre —contestó Xar—. Ese es mi padre.

—¿Cómo va a ser tu padre? Es un pájaro —replicó Espadín, pero, aun habiéndolo dicho él mismo, supo que era una estupidez.

El águila dorada y el gerifalte dieron una vuelta con lentitud y planearon delante de los chicos. Las alas largas del águila dorada se convirtieron en brazos y el cuerpo en la forma humana de Encanzo, que se posó con suavidad y serenidad en el suelo. Las alas del gerifalte se transformaron en las mangas largas hasta el suelo del comandante druida, quien soltó un gruñido de satisfacción al aterrizar sobre los adoquines resquebrajados del castillo.

—¡DIVIDÍOS! ¡ESQUIVADLOS! —gritó Xar, y los gatos de las nieves cambiaron de dirección, pero ya era demasiado tarde. Estaban rodeados.

Las varas mágicas volaron desde la funda que llevaba Xar en la espalda hasta las manos de Encanzo y el comandante druida.

Los pájaros entraban por todos los rincones del ruinoso castillo,

halcones peregrinos, cuervos y gaviotas, y se transformaban en druidas encapuchados que planeaban hasta aterrizar con las amenazantes mangas arrastrando detrás de ellos. También había lobos, osos, gatos de las nieves y leones de las montañas, cada uno con un mago en el lomo, armados y listos para combatir. Sacaron las varas y el castillo se llenó de magia, con hechizos de debilitamiento para que Wish, Xar y Espadín casi no se pudieran mover. A Espadín le costaba respirar.

—¿Ibas a algún sitio, Xar? —preguntó Encanzo con frialdad.

Xar maldijo a su padre en voz alta, largo y tendido, porque con un hechizo, Encanzo lo había dejado suspendido en el aire con las piernas colgando; sin dejar de patalear.

—¡SUÉLTAME! —gritó Xar—. ¡Tenemos que irnos de aquí ahora mismo! Hay un rey brujo a punto de descongelarse en la cámara que hay bajo nuestros pies.

—Me vas a perdonar, pero no te creo, Xar —dijo su padre con una voz gélida—. Me has mentido tantas veces que… Estamos aquí para llevarte de vuelta a Gormincrag. Te llevamos allí para intentar AYUDARTE, pero pareces decidido a demostrar que no tienes remedio.

—¿Por qué nunca escuchas lo que digo? —contestó Xar enfadado—. Ese druida de ahí piensa que soy incurable. Me quiere encerrar allí para siempre. ¡No pienso volver NUNCA MÁS a Gormincrag, padre! De todas formas, esa no es la cuestión porque, como te acabo de decir, hay un rey brujo a punto de atacar.

Wish dio un paso al frente.

—Su hijo tiene razón, señor… Está diciendo la verdad… Ahí abajo hay un rey brujo de verdad.

Encanzo se sobresaltó al reparar en Wish y en Espadín por primera vez.

—¿Quién eres tú? ¿Y por qué estás con mi hijo?

No había una buena respuesta para esa pregunta.

—Ah… —dijo Wish—. Yo no soy nadie… No soy nada. Soy una amiga de Xar, pero nadie importante… Yo solo… soy…

¿Quién demonios podía ser?

Mientras Wish intentaba encontrar una respuesta satisfactoria para esta pregunta, una voz fría como el hielo apareció en el aire por la parte derecha del círculo en el que se habían reunido todos los magos, druidas y gigantes. Una voz tan fría como una gota de escarcha y tan dulcemente pura como la punta de un cuchillo recién afilado.

—Es mi hija —dijo la reina Sychorax, entrando en el castillo en ruinas como si entrara en la sala de la corona imperial del emperador en la capital guerrera—. Y *tu hijo* la ha secuestrado en una declaración de guerra.

13. Dos padres enfadados

A nda, genial! —gimió Espadín angustiadamente—. ¡Ahora sí que estamos TODOS! A este paso, no vamos a poder sacar nunca a Wish de aquí.

Parecía que Espadín estaba en lo cierto.

Abajo, en la cámara, la oscura figura congelada del rey brujo se retorcía y sacudía, se retorcía y sacudía, como si se fuera a descongelar de un momento a otro. Pero los humanos de arriba estaban demasiado ocupados con sus problemas como para preocuparse por *él*.

Nada más pronunciar esas palabras la reina Sychorax, uno de los cazadores de magia tiró una red tejida de cables de hierro alrededor de Encanzo. La magia de Encanzo salió inútilmente cuando se le ciñó la red. El Rastreabrujas dio un paso al frente y le colocó unas esposas de hierro en las muñecas.

En cuanto el hierro rozó a Encanzo, Xar se libró del hechizo que lo retenía y cayó al suelo de golpe.

Todo pasó tan rápido que a nadie le dio tiempo a pestañear.

—¡No os mováis! Hemos capturado a vuestro líder. Un movimiento o intento de hechizo y lo matamos —gritó el Rastreabrujas.

—¡Emboscada! —maldijo el comandante druida en voz baja—. Sabía que este chico nos llevaría a una trampa. Tendríamos que encerrarlo para siempre y tirar la llave.

Todo el círculo de seres mágicos se agazapó, gruñendo; los trasgos empezaron a arder con fuerza sobresaltados por el miedo; los alientofétidos y los gigantes rugieron desde lo más profundo de sus

enormes pechos, pero no se atrevieron a atacar estando su líder inmovilizado y a merced de los guerreros.

Los guerreros de la reina Sychorax entraron en el castillo en ruinas. La luz de la luna resplandecía sobre sus cascos de hierro, sus puntiagudas armas y sus equipos atrapamagia. Algunos iban a caballo, otros montaban enormes lobos grises.

—¡Destructores de bosques! —sisearon los magos.

—¡Malditos practicantes de magia! ¡Adoradores de brujas! —gritaron los guerreros.

—¡Envenenadores de pozos!

—¡Ladrones de niños!

Encanzo estaba rojo de ira al verse encadenado y subyugado tan fácilmente y su expresión se volvió aún más furiosa cuando se fijó en la reina Sychorax. Estaba más guapa y espléndida que nunca, como un témpano de hielo especialmente espectacular.

Pero sus ojos eran más fríos que una helada en pleno invierno.

De la cabeza de Encanzo salían unos nubarrones de tormenta ennegrecidos de la ira eléctrica.

Así que el ambiente estaba… ¿Cómo lo describiría?

Tenso.

Imagina un crujido premonitorio en el aire y un borboteo bajo tus pies que te hiciera vibrar entero, como si estuvieras al borde de un volcán a punto de entrar en erupción.

Luego multiplica esa sensación por veinte y te harás una idea de lo que ocurrió aquella desafortunada noche a la luz de la luna cuando la reina Sychorax coincidió con el rey Encanzo en lo alto del Castillo de la Muerte.

Ni siquiera la mirada esperanzada de Wish pudo resucitar, en los ojos de ambos monarcas, los restos del amor que hubo entre ellos. De hecho, podría decirse que se miraban con lo que se podría describir como el más intenso y absoluto ODIO.

La reina Sychorax tenía sus motivos para estar especialmente enfadada al verse arrastrada contra su voluntad hasta este condenado castillo, en un rincón perdido de la mano de los dioses. Ella ya había estado allí antes, hacía mucho tiempo, cuando el castillo estaba en unas condiciones mucho mejores. No le gustaba que la forzaran a enfrentarse a hechos pasados y la obligaran a descubrir las ruinas en las que se había convertido el castillo, posiblemente (¿quién sabe?) por culpa de sus propios actos.

Así pues, la reina Sychorax no estaba de buen humor cuando caminó con aire de desdén sobre los escombros con sus zapatitos dorados.

—Buenas tardes, reina Sychorax —dijo Encanzo con una cortesía fría

y amarga—.

Prepararle una emboscada a un compañero real en territorio neutro en lugar de enfrentarte a nosotros en una batalla abierta es desleal y va en contra de tus propias reglas guerreras, pero supongo que tu excusa esta vez es que, de alguna manera que ni

nosotros mismos conocemos, somos *nosotros* los que os hemos declarado la guerra a *vosotros*, ¿no?

(Puede parecer que este es un modo muy poco inteligente de dirigirte a una reina guerrera que te tiene esposado, pero Encanzo estaba demasiado enfadado para actuar con sensatez en ese momento.)

Puede que la reina Sychorax estuviera de mal humor, pero hacía falta mucho más para hacerla enfadar de verdad. (A la gente le daba tanto miedo, que el enfado era prácticamente innecesario.) Sin embargo, *esto* sí lo consiguió.

—No es cuestión de excusas —contestó escupiendo las palabras como si salieran de un nido de avispones furiosos—. *TU* repelente, incontrolable y maleducado hijo pequeño le ha declarado la guerra a nuestra nación al secuestrar a *mi* hija, seguramente siguiendo tus órdenes.

—Yo NO soy repelente, incontrolable ni maleducado —resopló Xar, furioso al ver que la reina malvada humillaba a su padre y a su pueblo con tanta facilidad—. Y ya que estamos intercambiando insultos, eres la reina con la nariz más grande que he visto nunca.

La reina Sychorax se quedó patidifusa.

En el patio a todos se les cortó la respiración porque la reina Sychorax sí tenía una nariz bastante grande. Era una gran nariz real y espléndida, un poco mayor que la media, y ella estaba un poco susceptible con eso.

La reina Sychorax achicó tanto los ojos que parecían rasguños.

—¿ *Qué* has dicho?

—¡NARIGUDA! —gritó Xar—. ¡Cobarde de pies planos sin corazón! ¡MALVADA destructora de bosques! ¡Merodeas tras tus murallas mientras las brujas nos destruyen a nosotros, los magos! ¡Tienes una nariz del tamaño de un METEORITO! ¡Tienes una nariz del tamaño de una TORRE! ¡Eres la mujer más malvada del bosque entero, pero,

además, tienes la nariz del tamaño de un PLANETA!

—¡Compórtate, Xar! —dijo Caliburn con angustia—. Estás hablando con la persona que tiene la potestad de matar a tu padre.

—No me sorprende que el chico sea tan desagradable —soltó la reina Sychorax con ira—. ¡De tal palo, tal astilla!

—Pues, en este caso, no estoy del todo de acuerdo con Xar —comentó Encanzo—.

Tú, reina Sychorax, siempre has tenido la nariz más bonita del bosque. El problema está en tu *corazón*. La dueña de la nariz más bonita del bosque es también la reina con menos conciencia.

La nariz más bonita del bosque se hinchaba de la rabia.

—¡Qué desfachatez! ¡Tú y tu pueblo mágico existís gracias a MI consideración! —

dijo la reina Sychorax—. Y NO he dejado que os destruyan las brujas. He contratado personalmente a este hombre para que se deshaga de ellas por mí. —Señaló al Rastreabrujas.

Encanzo resopló.

—Un simple vistazo a ese hombre me dice que no es la persona adecuada para la misión.

El mal humor de Sychorax no mejoró por el hecho de que, en secreto, estuviera de acuerdo con Encanzo.

—Ya basta —gritó—. He tenido demasiada paciencia con vosotros. Encanzo, tienes que darme tu solemne palabra de rey de que dejarás de usar tu magia ahora mismo y que ordenarás a tus súbditos que hagan lo mismo.

Los seres mágicos allí reunidos comenzaron a murmurar enfadados.

—¡No, madre, no! —gritó Wish—. ¡Por todos los dioses, escuchadme todos, por favor! ¡No es el momento de hacer esto! Vamos a necesitar toda la magia posible porque hay un rey brujo a punto de atacar en la cámara que está justo debajo de nosotros…

Pero Sychorax estaba demasiado concentrada en la pelea con Encanzo para escucharla.

—Tienes que dejar de usar tu magia, Encanzo —dijo— o haré que mis guerreros los ataquen.

Caliburn voló entre los dos.

—Sychorax, no lo dirás en serio. Los magos y los druidas no tienen ninguna posibilidad contra tus soldados porque vuestras armas son de hierro.

—Pues claro que lo digo en serio —respondió ella con una sonrisa resplandeciente.

—Qué raro que me pidas que deje de usar la magia cuando he oído rumores de que tú misma te has aventurado a usarla… —dijo él.

La reina Sychorax se sonrojó.

—A veces, una reina puede romper las reglas para conseguir un bien mayor.

Cuando el fin es lícito, también lo son los medios… el fin justifica los medios…

—Ah, ¿ *eso* crees? —respondió Encanzo levantando una ceja—. ¡Qué casualidad!

—¡Lucha contra ellos, padre! —gritó Xar.

—Tu padre no es tan invencible como crees, chico —dijo la reina con desprecio y temblando visiblemente de rabia—. Lo tienes por un mago terrible y poderoso, pero un simple roce con el hierro y mira lo débil que es.

—¡Mi padre no es débil! —contestó Xar con fiereza—. ¡Es la persona más fuerte del mundo!

—No, Xar, la reina tiene razón. Ahora, con las manos entre esposas de hierro —dijo el Encantador con una sonrisa—, mi magia no sirve para nada. Sin embargo, por muy lista que sea Sychorax, todavía tiene mucho que aprender. Me puede matar, pero seguiré estando ahí. La magia no puede destruirse, solo esconderse.

—¡Odio la magia! —gritó la reina apasionadamente—. ¡La magia es alboroto! ¡La magia toma atajos! ¡La magia supone caos y anarquía! *Elige* —dijo finalmente.

—Elijo que nos ataquéis —contestó el Encantador.

La reina lo miró sorprendida.

Dio un fuerte pisotón en el suelo.

—¡Elige *con cabeza*! —gritó.

—Ya lo he hecho —dijo Encanzo. Se echó a reír, lo que enfureció aún más a Sychorax—. ¿No era la opción que querías?

—Estoy intentando encontrar un modo civilizado de arreglar este lío —respondió la reina con desesperación—. Al igual que vosotros, no quiero violencia. Aunque dejéis de usar la magia, tu pueblo seguirá disfrutando de una vida plena y feliz. Míranos a nosotros, los guerreros…

—Es muy difícil ser líder, ¿verdad? —dijo Encanzo con empatía—. A veces hay que tomar decisiones complicadas. Me has dado una opción y yo he elegido. Ahora tienes que ordenar a tus guerreros que nos ataquen.

La reina le miró con ira y confusión. Sychorax era una persona muy muy astuta.

Pero quizás esta vez habían sido más listos que ella.

—¡No! —contestó bruscamente.

—Demasiado tarde —susurró el Rastreabrujas, que se adelantó—. Ha elegido morir.

Dio un paso al frente con la espada desenvainada.

Encanzo se preparó para recibir la estocada final.

La reina Sychorax se inclinó y tiró la espada del Rastreabrujas de un golpe.

—¿Qué haces? —preguntó este sorprendido.

—Ay, por todos los dioses, qué bobo eres, Rastreabrujas —gritó la reina—. ¡No tienes ni idea! No puedo matar a sangre fría a un rey enemigo desarmado, por mucho que se lo merezca.

La expresión de Encanzo era indescifrable. Sorpresa, satisfacción, alivio, enfado, desesperación se peleaban por salir a la superficie de su rostro. Finalmente, ganó la desesperación.

—Puedes frenar a tu guerrero para que no me mate, Sychorax —dijo Encanzo—, pero no entiendes que quitándonos la magia y destruyendo nuestros hogares, nos estás matando… No me dejas otra opción. Xar, estás a punto de salirte con la tuya. Querías guerra y la habrá…

—¡Por fin! —contestó Xar con ojos brillantes. Como era típico de él, la emoción de que lo dejaran luchar por fin contra los guerreros en una batalla abierta le hizo olvidar por un momento la inminente destrucción del rey brujo.

¡Por fin podrían enfrentarse a esos guerreros estúpidos y demostrarles que los magos saben *luchar* de verdad!

—Pues que haya guerra —prosiguió Encanzo con tristeza— y quizás, Xar, te des cuenta ahora de por qué me he tomado tantas molestias para evitarla. Seres mágicos…

¡¡ATACAD!!

14. No deberían estar luchando entre sí

N o! ¡No! ¡No! —gritó Wish, angustiada—. ¿Por qué no me *escucháis*? ¡Esto es una pérdida de tiempo! ¡No deberíamos estar luchando ENTRE NOSOTROS! Os digo que hay un rey brujo bajo nuestros pies que está a punto de descongelarse y que es el líder de una horda de brujas, así que no es momento para esto…

—GUERRREROS, *¡ATACAD!* —contestó Sychorax, que la ignoró completamente—.

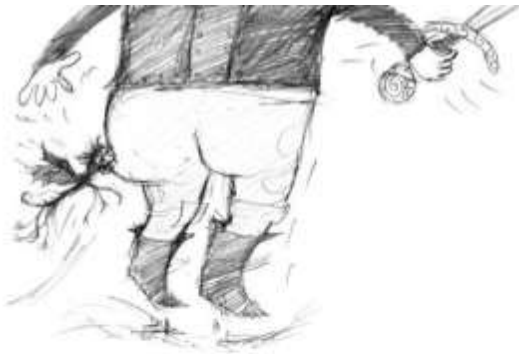
Sed compasivos, si podéis. Si los magos se rinden, cogedlos prisioneros.

Los magos se enfrentaron a los guerreros y comenzaron a luchar.

Los seres mágicos estaban en desventaja ya que, como sabéis, la magia no funciona sobre el hierro. Pero los gatos de las nieves tienen dientes y garras, igual que los osos y los lobos. Incluso los trasgos tienen colmillos que pican como aguijones de abejas si te muerden. Y los magos y los druidas llevan armas de bronce y varas mágicas cuando se aventuran en terrenos difíciles o desconocidos.

El sonido de las espadas de bronce sobre las armaduras de hierro resonaba con un estruendo tan terrible y tal era el volumen del rugido de los osos y el siseo de los trasgos, las maldiciones de los druidas y

los bramidos de los gigantes que apenas podías escuchar tus propios pensamientos en el fragor de la batalla.



Espachurro mordiendo a un guerrero en el culo (¡típico!)

Wish miraba a su alrededor, horrorizada.

—¿Por qué hacen esto, Caliburn? —preguntó desalentada—. Son unos inconscientes.

Les he dicho lo del rey brujo, pero no me han escuchado… Después de la historia he pensado que quizá podríamos hacer entrar en razón a mi madre y al padre de Xar, pero míralos ahora…

Sychorax había pedido a los guardias que le quitaran las esposas a Encanzo. Ambos monarcas desenvainaron las espadas, hicieron una reverencia exagerada y, luego, arremetieron el uno contra el otro a la vez. Las puntas de las espadas se encontraron al comenzar la batalla, creando una melodía terrible.

—Será mejor que te rindas ahora —dijo la reina Sychorax con un dominio de la espada envidiable— porque perderás quieras o no. Una espada de bronce no tiene nada que hacer ante una de hierro.

—No puedo perder más de lo que ya he perdido —dijo él.

Caliburn, sobre el hombro de Wish, suspiró y negó con la cabeza.

—No sé… —murmuró con tristeza—. He vivido muchas eternidades y siempre se acaba así.

—Mira a Xar —dijo Wish—. ¿Será igual de malo que los demás cuando crezca?

Aun así, incluso Xar se daba cuenta de que la guerra *real* no se parecía a la *idea* que tenía de ella. ¿Qué se suponía que tenía que hacer ahora? ¿Luchar contra Espadín, que venía corriendo hacia él? Espadín le caía bien. La neblina roja de emoción de Xar se disipó y este se detuvo, indeciso.

—¡Xar! —gritó Espadín—. ¡Tenemos que ayudar a Wish a salir de aquí! En medio de la confusión, podemos escaparnos…

—¡Ay, sí! —dijo Xar con un sobresalto—. Claro que podemos…

Demasiado tarde.

Mientras los magos y los guerreros luchaban entre sí, algunos de los combatientes perdieron el equilibrio porque empezó a temblar el suelo. En la cámara de abajo, el siniestro rey brujo se había terminado de descongelar. Con un estruendo más fuerte que el de mil truenos, emergió a través de las baldosas rotas del patio con un ruido tan estrepitoso que todos dejaron de luchar, asombrados.

Subió y subió… y luego empezó a bajar. Y, mientras caía, cogió velocidad con un ruido explosivo a la vez que salían de él chispas verdes.

Alguien señaló hacia arriba, alarmado, a lo que parecía haberse transformado en una roca enorme que se abalanzaba sobre ellos, y entonces el pequeño grupo se dispersó a toda prisa. De repente…

¡¡¡BUUUMMM!!!

Lo que parecía una roca aterrizó con una explosión apoteósica en el centro del patio y se convirtió en un amasijo de polvo y cristalitos

negros y, en el momento del impacto, estalló en brillantes llamas verdes.

—¡Mirad! —gritó Espadín señalando al cielo.

Sobre el castillo, se oía el sonido de alas. Muchas, muchas alas. La multitud levantó la vista. Ahí estaban, cada vez más visibles ante sus ojos: el cielo estaba lleno de brujas.

—Hay muchísimas —dijo Sychorax con voz entrecortada—. ¿Cómo puede haber tantas brujas en el mundo y que no hayamos sabido de su existencia durante tanto tiempo? ¿Dónde han estado?

Cinco de las brujas se abalanzaron sobre el gigantesco fuego chispeante y comenzaron a volar a su alrededor una y otra vez, haciendo girar las llamas mientras se movían en el sentido contrario a las agujas del reloj, como si estuvieran dándole cuerda a un reloj invisible, haciendo un sonido horrible.

Con dedos temblorosos, Xar cogió con fuerza la espada encantada.

Las brujas empezaron a girar más y más rápido, chillando de placer, mientras el fuego ardía, gritaba y chisporroteaba.

Y entonces en el corazón del fuego aparecieron unas alas enormes que se desplegaron con una lentitud exasperante.

Unas alas de fuego…

Unos ojos como agujeros de odio que se fundían…

Un pico que gritaba su desdén al mundo y a todas las cosas buenas y dulces que hay en él…

El rey brujo.

15. El rey brujo

L a reina se limpió el polvo de piedra de la falda blanca y resopló.

—Parece que tenemos un problemilla —dijo el Encantador, a quien se le notaba el nerviosismo porque había arqueado ligeramente una ceja. Si la reina Sychorax podía mantener la compostura, también podía el gran Encanzo, ¡por todos los trasgos!

La multitud miraba horrorizada el enorme cráter que se había abierto

en el centro del patio; parecía que hubiera caído un asteroide despistado.

Esa cosa con plumas emanaba fuerza mientras, poco a poco, seguía desplegando sus alas negras y mojadas. Unas gotas negras caían al suelo al tiempo que levantaba el pico y empezaba a mirar alrededor hasta que vio a Xar y a Wish.

Sychorax estaba blanca como el papel.

En parte, sabía que era culpa suya. Se había querido pasar de lista. Este era el horror que se escondía en su piedra arrebatamagia. Wish ya se lo había dicho, pero no hay nada como descubrir la realidad a las malas para darte cuenta de lo mucho que te has equivocado.

Se volvió hacia Encanzo, que también estaba pálido.

—Algorquprqin —dijo la reina Sychorax, vacilante—. Creo… que me he equivocado.

¡Milagro de milagros! La estirada reina Sychorax, la orgullosa reina Sychorax, la inflexible reina Sychorax que siempre creía tener la razón sobre absolutamente todo, estaba reconociendo que no era perfecta.

—Todos cometemos errores —dijo Encanzo, serio—. Hasta tú y yo, reina Sychorax.

—Por toda la cicuta, la belladona y todo lo malo del mundo —susurró el Rastreabrujas—. ¿Qué es eso?

—Eso es una bruja —dijo Sychorax—. ¿Ves la diferencia, matamoscas? Los gigantes y las hadas y la gente mágica no son brujas, ¿sabes? Y a una bruja se la reconoce enseguida.

—Y tampoco es una bruja normal —dijo Encanzo—. Es un rey brujo. ¿Qué quieres, brujo?

El rey brujo empezó a hablar; era un sonido horripilante, como un ruido ronco, gutural, desagradable que parecía difícil de emitir. De vez en cuando decía algo al revés, como solían hacer las brujas.

—Quiero a los niños —dijo el rey brujo—. Dadme a los niños.

Se hizo un silencio horrible.

—¿Qué niños? —preguntó Encanzo.

El brujo señaló a Xar y a Wish.

—El niño ya es mío —dijo el brujo—. Y la niña es especial…

—Wish no tiene nada de especial, ¡mírala! —dijo Sychorax rápidamente, aunque en su tono se adivinaba cierto nerviosismo—. Es normal y corriente. De hecho, para ser guerrera va algo justita…

Todos miraron a Wish, que solo apoyaba un pie en el suelo, incómoda. No parecía especial; era una chiquilla pequeña y delgada con un parche en el ojo y el pelo alborotado en todas direcciones.

—Ella tiene algo que quiero —siguió diciendo el rey brujo—. Ya tengo parte, pero solo es lo equivalente a la puntita de su meñique… ahora lo quiero TODO… para compartir con mis compañeras brujas… Dádmela ahora.

—¿Y qué quieres hacer con ella? —preguntó la reina con una aspereza considerable.

—Comérmela —dijo el rey brujo.

No era muy agradable, pero ¿cómo creíais que eran los brujos?

Se hizo otro silencio aterrador.

—¡Eso es ridículo! —le espetó la reina Sychorax con mirada desdeñosa y porte regio—. NO PUEDES comerte a mi hija, criatura nauseabunda. ¡No he oído nunca semejante barbaridad!

—Dame a la niña —repitió el brujo—. Me la tragaré enterita… Dame a la niña…

—Soy la reina de estos territorios —dijo la reina, imperiosa—. Tenemos un ejército guerrero armado de hierro hasta los dientes. Llévate a tus brujas de aquí antes de que os matemos a todos. ¡Fuera!

El rey brujo dio un grito abominable, extendió sus enormes alas oscuras y despegó de un brinco. Subió y subió en el aire y, por un instante, parecía que iba a salir volando para escapar.

Pensad en un momento en el pobre Rastreabrujas. Este tenía que ser su minuto de gloria.

Había disfrutado la batalla con los magos, pero ¡esto era muchísimo mejor!

El rey brujo seguía subiendo a toda velocidad y el Rastreabrujas se frotaba las manos.

¡ESTO ERA LA CAÑA! Sus deseos se habían vuelto realidad. ¡UN BRUJO! Por fin había encontrado uno después de toda una vida buscándolos. Y no solo un brujo, sino un montón de brujas más. ¡No estaban extintos!

—¡Sacad las armas destruyebrujas! —gritó el Rastreabrujas con alegría —. ¡Prepárate para vértelas con la fuerza del HIERRO, cosa del demonio!

Se bajó el visor de hierro, riendo entre dientes.

El Rastreabrujas imaginaba, tan protegido con hierro como estaba —con su coraza de hierro, su casco de hierro— que estaría a salvo de los embates del brujo. La criatura podría parecer intimidante, pero la magia no funcionaba contra el hierro. Primero se desharía del más grande y después usaría su arma contra los demás. Y entonces regresaría a la capital entre vítores, con un montón de picos de bruja para enseñárselos al emperador.

El Rastreabrujas estaba disfrutando de este pensamiento tan feliz…

… cuando el rey brujo se volvió hacia él.

Desde lo alto del cielo, el rey brujo bajó en picado con elegancia —ojalá hubierais estado de humor para admirar con qué elegancia bajaban en picado las brujas, claro, que ese no era el caso del Rastreabrujas— y con un gesto grandilocuente de su ala emplumada, el rey brujo dirigió sus cinco dedos entalonados al Rastreabrujas y a sus dos matagigantes imperiales, que se las veían y se las deseaban para montar el arma destruyebrujas.

Y el rayo cegador de magia salió disparado de los cinco dedos, con una furia capaz de reducir a pedacitos las varas de los cinco magos.

El Rastreabrujas llevaba cincuenta años estudiando cómo cazar brujas y perseguir la magia, y ahora que miraba el cielo atronador a través del visor de hierro y se daba cuenta —ay, dioses— de que el rey brujo le estaba lanzando un conjuro, justo en ese momento sintió una punzada de miedo porque acababa de darse cuenta —horror de los horrores— de lo pequeño que era, lo insignificante y falto de preparación que estaba ante los hechizos y conjuros que venían hacia él en una lluvia de estrellas de luz.

El Rastreabrujas ni siquiera tuvo tiempo de hacer que los matagigantes lanzaran sus armas destruyebrujas. El padre y el padre del padre del Rastreabrujas habían tardado años en diseñar esa arma y pensaban que era perfecta, pero este era un ejemplo excelente de que las cosas que funcionan a las mil maravillas en teoría no necesariamente funcionan en la práctica.

El Rastreabrujas solo pudo gritar «¡LANZAD EL A…!» antes de que lo alcanzaran los hechizos.

Las estrellas de luz le alcanzaron en todo el pecho y él rebotó contra los demás cazadores de magia que lo rodeaban, uno tras otro.

En cuestión de segundos, el Rastreabrujas, que estaba ahí plantado con la armadura completa en todo su esplendor, si bien algo nervioso, con el hacha levantada sobre la cabeza y gritando instrucciones, pasó a tener la armadura solidificada; se había quedado encerrado y de una sola pieza, como si fuera el tronco de un árbol.

¡CLANG!

Se le bajó el visor.

—¿Hola? —preguntó algo perplejo y el eco de su voz le rebotó en su prisión de metal—. ¿Hola?

A su alrededor, los demás cazadores de magia estaban igual de apresados dentro de sus armaduras, congelados en distintas posiciones de ataque; uno arrodillado para encender la mecha que haría estallar el arma destruyebrujas (también congelada), otro con el brazo levantado a punto de arrojar una lanza, otros mientras se sacaban las espadas de la vaina.

¡LANZAD EL AR...

HIERRO. La armadura era de HIERRO. ¿Cómo podía ser que la magia de la bruja funcionara sobre el hierro? A Xar se le cayó el alma a los pies al darse cuenta…

En su última aventura, cuando se toparon con el rey brujo en las mazmorras de la reina Sychorax, el rey brujo había absorbido un poco de magia de Wish y AHORA…

Por primera vez…

Él poseía algo de magia que podía funcionar sobre el HIERRO.

Como no había absorbido la magia suficiente, el rey brujo solo había podido congelarles las armaduras. No podía hacerlos moverse ni bailar, pero congelarlos bastó para paralizar al Rastreabrujas y a su grupo de cazadores de magia.

—¿Estás bien ahí, matamoscas? —le espetó la reina Sychorax, que se

había asomado a su visor de hierro—. ¿Has disfrutado de tu primer encuentro con un brujo de verdad?

—¡Ayuda! —contestó el Rastreabrujas.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayuda! —repetían los demás soldados mientas intentaban mover la armadura que se había solidificado sobre ellos.

La reina Sychorax se enderezó.

—Ya podéis despediros de vuestra famosa arma destruyebrujas.

—El rey brujo no tendría que haber podido hacer eso —dijo Encanzo, muy serio.

Pero no tuvieron tiempo de asimilar lo que quería decir, porque justo entonces el rey brujo se dio la vuelta y gritó: —Dejad que os muestre por qué deberíais obedecer.

BRUJAS, ¡ATACAD!

16. El ataque de las brujas

C on un olor espantoso a plumas quemadas, las brujas se lanzaron en picado.

Cuando las brujas atacan, te nublan todos los sentidos a la vez. Su hedor es insoportable; es el peor olor que puedas imaginar. Su chillido es como el de quinientos zorros furiosos, se te mete en el cerebro y te retumba en la cabeza hasta el punto de creer que te puedes volver majara.

—¡GUERREROS! ¡MAGOS! ¡GIGANTES! ¡LINCES! —gritó Sychorax—. ¡Dejad de pelear entre vosotros! ¡A por LAS BRUJAS!

Y Encanzo levantó su vara y lanzó las mismas órdenes.

En realidad, ni a Sychorax ni a él les hizo falta dar esas órdenes. El ruido y el olor eran tan horribles que los magos y los guerreros se unieron instintivamente para luchar contra estos nuevos y terroríficos atacantes.

Al instante, guerreros, magos y gigantes se encontraban en el mismo bando luchando a brazo partido, codo con codo. Sin embargo, la cantidad de brujas era asombrosa, una nube que parecía un enjambre de cuervos gigantescos y malévolos.

A las brujas les encantaba atacar las cosas mágicas, pero aun así temían a los guerreros y no podían atacarlos como lo haría el rey brujo.

—¡AGARRAOS FUERTE! ¡DEFENDED VUESTRAS POSICIONES! —clamó Sychorax, la gran líder de la guerra—. ¡LUCHEMOS JUNTOS CONTRA LAS BRUJAS!

El rey brujo frotó sus garras entre sí como un herrero afilando una espada gigantesca. Y después, rápido como una liebre, estiró una garra y dio un grito de mando gutural imposible de comprender.

—¡Hay que defender a los niños! —dijo Encanzo subiendo a lomos de su lince.

Sychorax se sentó de lado detrás de él con los brazos, cruzados porque ella prefería MORIR a agarrarlo por la cintura. Fue increíble ver cómo mantuvo el equilibrio cuando el lince saltó hacia delante, pero es que la reina Sychorax era una mujer excepcional.

—¡Vete! —gritó Xar, mientras Encanzo detenía al lince a su lado—. ¡No necesito tu ayuda!

—¡Déjanos defenderte, Xar! —dijo Encanzo—. No tenía ni idea de que la criatura te perseguía…

En el ardor del momento y nerviosísimo, Xar reconoció algo que aún no había querido reconocer, ni siquiera para sí mismo:

—El rey brujo no me persigue a mí, va a por *Wish* —dijo él—. *Wish* es la chica del destino, tenemos que ayudarla.

Sobre la cabeza del muchacho se oía el zumbido de unas alas. Había cinco brujas y ninguna se detuvo a coger a Xar. Tenía razón, estaban buscando a Wish, pero su magia aún no estaba entrenada ni controlada.

Wish estaba en el centro del patio. Había querido quitarse el parche, pero las brujas atacaron tan de repente que solo consiguió levantarlo un poco.

Y mientras atacaban, Encanzo saltó de su gato de las nieves y señaló a Wish, creando alrededor de ella un campo de fuerza mágico defensivo del tamaño de una enorme roca redonda e invisible.

El campo de fuerza ardía intensamente mientras las brujas seguían embistiendo una y otra vez, como grandes cuervos negros que se abalanzan sobre una presa apetecible.

Sus ataques eran tan fuertes que Wish empezó a dar tumbos por el

patio, vapuleada dentro del campo de fuerza con tanta violencia que no pudo quitarse el parche. Cada vez que levantaba los brazos para quitárselo, volvía a perder el equilibrio.

El rey brujo aterrizó en una confusión de plumas y alas y se agachó. Por las comisuras de la boca caían goterones negros de saliva.

—¡Se está debilitando! —gritó el rey brujo con tres ojos rojos y brillantes. La poderosa fuerza de los hechizos de las brujas comenzó a aplastar y a abollar el campo de fuerza que protegía a Wish mientras ella rodaba de un lado a otro.

Xar corrió hacia ellos; con la espada encantada resbalando en su mano temblorosa.

—¡DÉJALA! —gritó Xar, blandiendo la espada hacia el rey brujo.

El brujo se agachó aún más.

—Ignorante —susurró—. Muchacho, ¿no sabes que me perteneces?

—Yo no te pertenezco —chilló Xar.

—Tienes que llevar cuidado con lo que deseas —canturreó el rey brujo —. Deseaste sangre de bruja… La absorbiste porque quisiste. Extendiste la mano y te hiciste el corte.

La X marca el lugar…

¿Cómo podría negarlo Xar? La mano que llevaba escondida dentro del guante se estaba tornando de un terrible verde brillante de tal intensidad que prácticamente volvía transparente al guante.

—Ahora soy yo quien te controla —dijo el rey brujo—. Fui yo quien te convenció y te ayudó a escapar de la prisión de Gormincrag. Tú la trajiste ante mí.

—No —dijo Xar, muy pálido—. Eso no es verdad.

Pero a veces, solo nos damos cuenta de lo que ha significado el viaje cuando llegamos al final de la misión.

Habían caído en la trampa de un rey brujo. Durante todo el camino, habían creído que estaban tomando decisiones libremente, pero el rey brujo los había estado controlando en silencio, congelado e inmóvil, como una araña que aguarda en su gran telaraña gris.

El rey brujo giró el rostro hacia Xar.

—No puedes luchar contra mí —dijo.

La mano verde brillante del muchacho ardía con tal fuerza que lo hizo gritar. Era como si su brazo tuviera vida propia. Su propia mano, con la que sujetaba la espada encantada, lo arrastró hacia delante, aunque el cuerpo intentaba desesperadamente tirar hacia el otro lado. Sin embargo, la mano era implacable y lo atraía con una fuerza terrorífica.

Trató de resistirse, agarrándose al codo derecho con la otra mano, pero quisiera o no, para bien o para mal, el resto de su cuerpo estaba unido a esa mano. ¿Qué podía hacer, pues? Fue llevado a rastras hacia Wish, que seguía en el campo de fuerza de Encanzo.

—Si la espada mata a las brujas, también puede matarla a ella. Me da igual comérmela muerta o viva —susurró el rey brujo—. Puedes matarla por mí, chico. Los humanos son débiles. Y ella no querrá hacerte daño… Recuerda quién eres. Eres mago y ella, guerrera. Los magos odian a los guerreros.

—¡Lo siento, Wish! ¡No puedo pararlo! —gritó Xar mientras su brillante mano verde bajaba la espada sobre el campo de fuerza rojo y lo atravesaba de una estocada.

¡BAM!

Se rompió en mil pedacitos que estallaron por el patio como diminutas esquirlas de un vidrio rojo brillante y luego se fundieron en el aire.

—Bien, bien —canturreó el rey brujo—. Ahora ve a por la chica.

Wish estaba allí plantada, con los dedos torcidos bajo el parche. No se lo podía levantar para luchar contra Xar.

El pobre seguía tratando de controlar su propia mano. Aunque intentaba ir hacia otra dirección cuanto podía, la combinación del brazo con la marca de la bruja y la espada encantada era demasiado fuerte y se veía arrastrado hacia Wish cada vez más, con la espada levantada para atacarla.

«No puedo luchar contra esto, es demasiado fuerte para mí», pensó Xar con tristeza.

—No pienses en tus debilidades, piensa en tus puntos fuertes —gritó Caliburn—.

¡Trabaja con lo que TIENES, no con lo que NO!

—¡Usa tu desobediencia, Xar! —ordenó la reina Sychorax gritando detrás de él—.

¡De eso, tienes MUCHO!

Xar se dio la vuelta y levantó la espada hacia el rey brujo. No podía

luchar contra él por completo, no era lo bastante fuerte, pero sí podía aprovechar los deseos del brujo.

(El muchacho había aprendido la lección del rey brujo, porque eso era precisamente lo que este le había estado haciendo a él.)

—¿Quieres la espada, brujo? —gritó—. ¡Te la puedes quedar! —Luego, con toda la rebeldía de la que fue capaz, gritó—: ¡NO! ¡Que te den, MONSTRUO emplumado y pesadillesco!

Y arrojó la espada con todas sus fuerzas al rey brujo.

Por un momento pareció que la espada no se iba a despegar de la mano de Xar, pero estaba en lo cierto. El rey brujo QUERÍA esa espada porque era un objeto mágico muy poderoso.

El rey brujo aflojó el poder que ejercía sobre el chico, la espada voló por el aire y aterrizó a unos pasos de él con un fuerte ruido metálico.

—NO pienso hacerlo —dijo Xar, con el pecho agitado por el esfuerzo —. Porque ME

GUSTA Wish.

El rey brujo estaba asombrado por el desafío. ¡El chico tenía que ser suyo! ¿Por qué no hacía lo que él quería?

Pero esto no cambió el final…

El rey brujo acabaría con todo esto. Extendió sus garras y se apoderó de la espada encantada. Pronunció las palabras de un hechizo muy

potente para unir la espada a su mano y que la chica no pudiera arrebatársela.

Batió sus grandes alas un par de veces y saltó al aire con las alas totalmente desplegadas.

Y luego bajó en picado con las fauces abiertas para tragarse a la chiquilla de un bocado.

17. Al quitarse el parche

W ish se quitó el parche del ojo. Quitarse el parche fue como abrir una puerta a otro mundo.

Miraba con su ojo derecho como si estuviera en la cima de una montaña nevada, donde la nieve era tan brillante y tan azulada que la deslumbraba. Los colores eran tan vivos, los rojos tan rojos y los verdes tan puramente verdes que se sintió abrumada y gritó; su intensidad la asaltó como si hubiera recibido un golpe físico.

Había olvidado lo nauseabunda y horrible que era esa sensación.

Muy pocos magos habían tenido, antes o después, ese poder tan extraño del ojo mágico. Un poder que le nublaba el cerebro con una energía tan potente que le ponía el pelo de punta como si le hubiera pasado la corriente, que hacía zozobrar el suelo como si estuviera en alta mar y hacía temblar aún más las paredes destrozadas. Todo lo que la rodeaba perdía el equilibrio cuando la magia salió disparada del ojo y chocó con la explosión de magia del rey brujo.

El brujo estaba cerca… cada vez más cerca, tanto que Wish alcanzaba a ver las espantosas fauces y la espada encantada que apuntaba hacia ella.

«Ay, por los dioses del agua… ¿Qué hago? Tengo toda esta magia pero no sé controlarla…»

Intentó imaginarse quitándole al rey brujo la espada encantada de las manos, pero este la llevaba pegada gracias al hechizo que acababa de lanzar.

«¿Qué más puedo hacer? Piensa en lo que SABES, no en lo que NO SABES. Hierro

—pensó Wish—. Sé mover el hierro.»

Todo lo que había practicado en el armario de castigo y las lecciones de Caliburn en el Sendero Dulce…

Veía al Rastreabrujas y a los cazadores de magia a su alrededor, con las armaduras congeladas, rígidos como estatuas.

Y, entonces, casi en el mismo instante en que lo pensó, el casco del cazador de magia que se encontraba más cerca comenzó a desencajarse; Wish lograba moverlo con su magia. Ni siquiera tuvo que apuntar con la mano, bastó pensarlo.

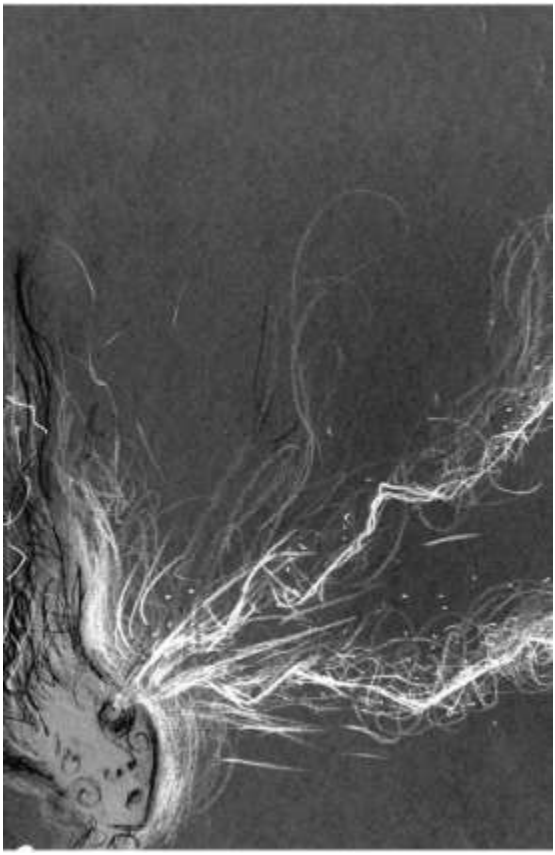
—Ten cuidado con lo que deseas, brujo —susurró Wish—. ¡Querías la magia que funciona sobre el hierro y aquí la tienes!

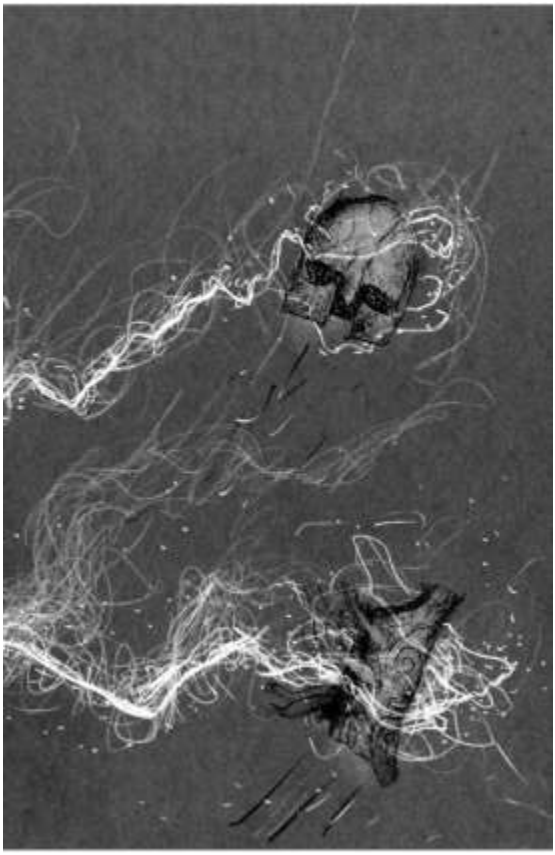
El rey brujo se quedó helado en el aire cuando el casco de hierro salió volando y

¡CLANG! se pegó a la espada encantada. El brazo con el que sostenía la espada empezó a pesarle tanto que todo él se tambaleó bruscamente hacia la derecha.

El rey brujo intentó desprenderse del casco, pero se le había quedado pegado, porque este había entrado en la órbita del hechizo que había lanzado para unirse la espada a la mano, y no se movía por mucho que lo zarandeara. ¡CLANG! ¡CLANG!

Otro casco y un guantelete de hierro volaron por el aire y se pegaron al otro lado de la espada.





El rey brujo pronunció las palabras de anulación del hechizo de unión que había lanzado y empezó a inquietarse.

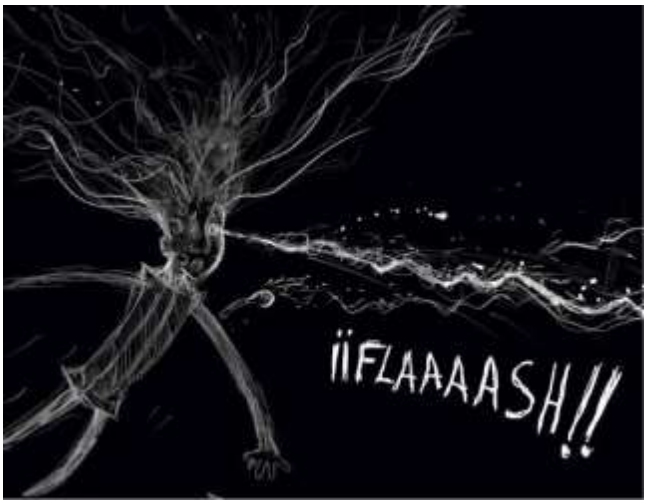
—Pero ¿qué es esto? —se preguntó sobresaltado.

Porque cuando se le soltó de la mano la espada encantada y esta cayó al suelo de punta, la armadura congelada de los cazadores de magia estalló y dejó al Rastreabrujas y a sus soldados en ropa interior, asombrados y mirando hacia arriba mientras la armadura salía disparada hacia el rey brujo. Lanzas y cascos, cadenas y cuchillos, espadas y armaduras, por no hablar del arma destruyebrujas… todo el arsenal de hierro que los cazadores de magia llevaban consigo en sus expediciones volaban por el aire hacia el rey brujo como si fueran flechas disparadas contra un pájaro.

«MÁS metal —pensó Wish—. Más y más y más…»

El ejército de hierro se pegó al rey brujo como si fuera un imán.

El rey brujo intentó zafarse de todos los metales, pero le obstruían las alas y cuanto más intentaba luchar contra ellos, más se le pegaban, hasta que se asfixió en una gran

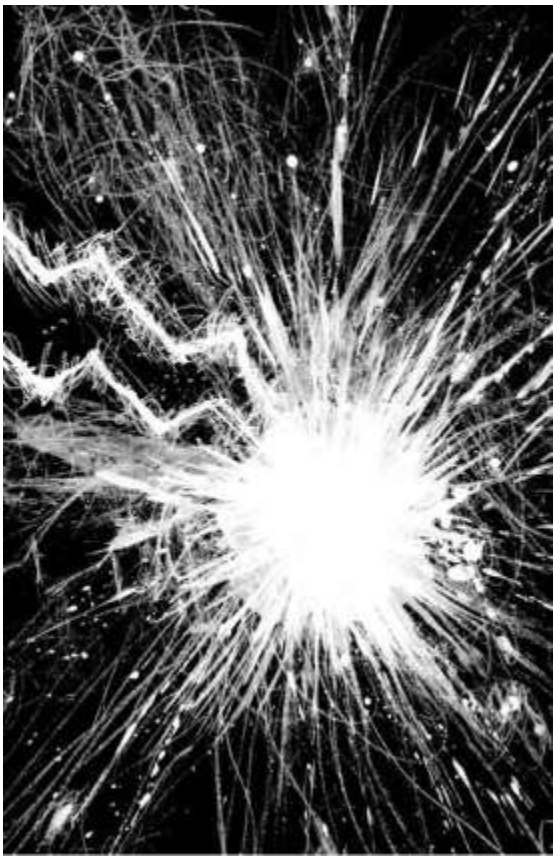


bola de hierro, hierro que se derritió a su alrededor al entrar en contacto con el calor verde de su magia. El peso del metal hacía mella y el rey brujo empezó a desplomarse, a caer cada vez más abajo, pero Wish seguía añadiendo más y más y más y más hasta que el brujo cayó al suelo como una roca.

Xar y Wish se apartaron como pudieron sobre la tierra temblorosa cuando…

¡CRASSHHHHHHHH!

El brujo recubierto de hierro aterrizó con tanta fuerza que creó otro gran cráter en el patio del castillo en ruinas de Pentaglión. Justo cuando el hierro se solidificaba en una bola final que lo envolvía todo, el rey brujo lanzó una última explosión de magia desde sus cinco garras y…



La magia salió disparada y golpeó a Wish en el pecho. Se oyó un sonido increíblemente fuerte acompañado de una luz blanca cegadora y algo explotó con tal energía que derribó a Xar.

Finalmente, el suelo dejó de temblar con un estruendo y se levantaron grandes nubes de polvo entre los restos del patio destrozado.

Por extraño que parezca, la bola de hierro que encerraba al rey brujo tenía exactamente la misma forma de la piedra arrebatamagia de la reina Sychorax, quizá porque era una forma que Wish ya había visto

antes.

Las nubes de brujas que habían estado revoloteando, esperando el resultado de la batalla, gritaban y aullaban furiosas desde el cielo por la derrota de su líder. En un instante, se dispersaron y huyeron… ¿quién sabe adónde?

La bola de hierro se balanceó un par de veces sobre su eje puntiagudo, luego rodó hasta el borde de las almenas y cayó hacia el océano, donde desapareció bajo las olas.

Los magos, los guerreros, el Rastreabrujas, los druidas y las criaturas mágicas se pusieron de pie, tosiendo y carraspeando, tratando de averiguar qué acababa de pasar.

La reina Sychorax se levantó de un salto y corrió hacia Xar; Encanzo y Espadín acudieron a su lado también. El polvo caía a su alrededor como una llovizna azul.

Xar cogió la espada encantada, que había aterrizado justo frente a él.

La inscripción que había en la hoja estaba tan rayada y desgastada por ambos lados por culpa del casco y las demás cosas de hierro que ahora solo se podía leer:

«Antaño…».

—¡Lo conseguimos! ¡OTRA VEZ! —Xar sonrió mientras metía la espada en su funda.

Los dos monarcas llegaron hasta él; estaba desaliñado y sobresaltado, con el tupé un poco despeinado, pero eufórico a la vez y sin perder un ápice de su personalidad—. ¡TE

DIJE que lo conseguiríamos, padre! ¿Y lo has visto, Espadín? ¿Has visto, Caliburn? —

gritó dando un puñetazo triunfal al aire—. ¡He LUCHADO contra el rey brujo! ¡Os DIJE

que podría hacerlo!

—¿De qué demonios está hablando el chico? —preguntó la reina Sychorax—. *¿Dónde está mi hija?*

—Ahí está —dijo Xar señalando la gran nube de polvo azul brillante que caía a su alrededor.

La reina Sychorax se quedó sin palabras.

—Ha explotado —explicó Xar.

La reina Sychorax respiraba con dificultad mientras miraba las nubes de polvo azul que los rodeaban antes de que…

—¿EXPLOTADO? —dijo horrorizada—. ¿Que mi hija ha EXPLOTADO? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Y por qué lo estás celebrando? ¡La niña te ha salvado, mezquino!

¡Eres tan malo como ese brujo!

De no haber sido una reina tan majestuosa, cualquiera hubiera pensado que Sychorax estaba tambaleándose un poco. Se volvió blanca como el papel y se arrodilló en el suelo, donde la cuchara encantada y los treinta alfileres de hierro yacían inmóviles, fríos y sin vida.

Extendió la mano para tocarlos.

Espachurro susurró:

—No te preocupesss, reina de hielo, no te preocupesss… volverá. —Acarició con sus manitas la mejilla de la desconcertada reina.

La reina Sychorax había entregado su corazón hacía mucho tiempo.

Pero arrodillada allí en el polvo, de sus gélidos ojos azules cayeron

una, dos, tres lágrimas.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí! —dijo el Duendantiguo que descendió de la nada, saltó desde el lomo del halcón y se dispuso a recoger las lágrimas, una, dos, tres, mientras caían de la mejilla de la reina de luto.

Encanzo intervino apresuradamente.

—¡Qué vergüenza, Xar, tienes que explicárselo! Tu hija se regenerará, Sychorax.

Tiene un ojo mágico que la convierte en una gran Encantadora y los Encantadores tienen más de una vida.

—¿Regenerarse? —dijo la reina Sychorax, pestañeando sin entender nada—. ¿Ojo mágico? ¿Más de una vida?

Ya se le había olvidado lo espantosamente confusas que resultaban las personas mágicas. Ni siquiera obedecían las reglas normales sobre la vida y la muerte.

—¿Cuándo? ¿Cuándo se regenerará? —balbuceaba.

—De un momento a otro —dijo Encanzo con dulzura—. Puede llevarle un tiempo…

Mientras tanto, hay que tener cuidado de no pisar este polvo azul.

—¿Este polvo azul es MI HIJA? —preguntó la reina, mirando a su alrededor con asombro y horror.

—¿Qué hace essse hombre? —siseó Espachurro, entrecerrando los ojos.

Ese hombre era el comandante druida.

El comandante druida se comportaba de una manera bastante peculiar.

Se afanaba en hacer algo, y cuando se acercaron lo suficiente, vieron que estaba hechizando el polvo azul con su vara; lo recogía en nubecitas brillantes que metía en una vasija.

—Sí —dijo Encanzo, muy confundido—. ¿Qué narices haces, comandante druida?

—¿Es que no lo has visto? ¡La chica, la hechicera, tiene magia mezclada con hierro y eso la hace muy peligrosa! —dijo el druida—. ¡Rápido! ¡No tenemos mucho tiempo!

¡Hay que meterla aquí para que no pueda regenerarse!

—¡Cuidado con lo que dices, comandante! —le espetó Encanzo muy claro—.

Estamos hablando de un ser humano.

—¡Un ser humano demasiado peligroso! —dijo el comandante druida.

—¿Cómo te atreves a aprovechar que mi hija se ha convertido en polvo para intentar encarcelarla? —estalló la reina Sychorax.

—¡No des ni un paso más, reina! —le advirtió el druida, apuntándola con la vara—.

¡O taparé la vasija y la tiraré al mar! Y eso será mucho peor para tu

hija de lo que imaginas, porque la mitad de ella estará aquí y la otra mitad en el mar.

Encanzo y Sychorax se quedaron helados, porque el limbo era un destino terrible.

Pero el hombre lobo se adelantó, gruñendo amenazadoramente desde lo más profundo de su garganta.

—¡Vuelve! —ordenó Encanzo—. Ese druida es peligroso…

El hombre lobo no le hizo caso.

—¿Qué haces, hombre lobo? —gritó el comandante druida, metiendo el polvo azul en la vasija en grandes montones—. ¡Da un paso atrás, bestia malvada! ¡Alto, bola de pelo! ¡Estoy haciendo un trabajo histórico!

Entonces a Xar se le ocurrió una idea brillante. E hizo una cosa buena. Una cosa muy, muy buena.

Xar tenía que deshacerse de esas brujas. Sabía que era muy poco probable que el rey brujo hubiera desaparecido para siempre. La marca de la bruja seguía ardiéndole en un tono verde brillante. Necesitaba todos los ingredientes del hechizo para deshacerse de las brujas y se habían esforzado mucho para conseguir este.

Por primera vez en la vida, Xar se preocupaba más por otra persona que por sí mismo. Desenroscó el tapón del frasco recolector que llevaba encima.

Xar NECESÍTABA
lo que había dentro
del frasquito...

PERO...

En un gran rugido glorioso, el último aliento del gigante brotó del frasquito en el que lo habían encogido solo una hora antes.

—¡PERDONADLOS! —rugió el último aliento del gigante—.

¡¡¡PERDONADLOS!!! —Era un sonido tan fuerte que Sychorax, Encanzo, Xar y Espadín tuvieron que taparse los oídos—. PERDONADLOS.

18. Perdonadlos

E l aliento del gigante liberado fue un rugido tan potente y levantó un viento tan fuerte que las brillantes motas de polvo azul que el druida estaba tratando de recoger se alzaron en el aire en una ráfaga de emoción y quedaron fuera de su alcance.

El druida soltó un aullido de frustración mientras se movían en el viento, dando vueltas y vueltas, imposibles de atrapar, y al agitar los

brazos se le cayó la vasija, que rodó por el suelo, y se derramó todo el polvo de una pasada…

Y el propio druida perdió el equilibrio durante el estruendo de la explosión, y con un rugido furioso, cayó por el borde de la almena que había roto la bola de hierro que envolvía al rey brujo un rato antes.

El druida cayó y cada vez se le veía más y más pequeño, pero cuando estaba a punto de llegar al océano, se transformó en un halcón gerifalte. Entonces desplegó sus alas y salió volando sobre las olas hacia las remotas islas conocidas como los Pasos del Gigante.

Y justo a tiempo, porque a su alrededor el polvo azul liberado comenzó a cantar…

Cantando una bella y dulce canción de regreso a la vida, mientras los innumerables pedacitos de Wish volvían a la vida alegremente. Los pequeños fragmentos correteaban en un borrón confuso de magia y volvían a juntarse cada uno en su lugar, como si recordaran dónde pertenecían en esa complicada realidad que era un cuerpo humano y formaban la escultura perfecta de lo que antaño fue Wish, hasta que:

¡Oh!

Espadín nunca se cansaría de admirar ese momento tan espectacular en el que, desde arriba, el pequeño corazón marrón de Wish volvía a armarse en el aire y luego se sumergía en el pecho. Ella se incorporó y respiró ese aliento que representaba la propia vida en dulces y sedientas bocanadas de aire.

Caliburn encontró el parche de Wish entre los escombros y se lo dio rápidamente antes de que la tierra comenzara a temblar de nuevo.

—¡Wish! —exclamó la reina Sychorax, conmocionada, porque no todos los días ves a tu hija volar en pedazos con el corazón por el aire mientras todo su cuerpo se reconstituye frente a tus ojos—. ¿Estás bien? ¿Está todo en su sitio?

Cogió la mano de su hija y le dio una palmada para comprobar que era real, que estaba viva y respirando, y que estaba completa.

—¡Lo siento, madre! —dijo Wish con la respiración entrecortada—. Sé que esto es un poco raro, pero parece que tengo más de una vida… Espero que no te importe.

—No me importa —dijo la reina, en un claro tono de alivio—, siempre que me prometas que no volverás a hacer esto… esto de *volar en pedacitos desordenados… con el corazón saltando por los aires*… NUNCA más.

—Estabas preocupada por mí, ¿verdad? —dijo Wish con timidez.

—Puede que lo estuviera —admitió la reina Sychorax. Y entonces…—. Tengo que reconocer que has vencido al rey brujo de un modo muy inteligente. Las reinas tienen que pensar rápido —dijo.

La reina no sonreía a su hija muy a menudo, pero cuando lo hacía, a Wish se le iluminaba el mundo entero.

Wish sonrió satisfecha.

Y mientras la reina Sychorax también le sonreía, Encanzo abrazó a su hijo.

—Dijiste que me harías sentir orgulloso, Xar —dijo Encanzo—. Y LO ESTOY. Te resististe al poder del rey brujo. Creí que no podrías

hacerlo. Te dije «sé bueno» y lo fuiste. Estás madurando de verdad.

Xar se mostró orgulloso.

—¡Todo va a ir bien! —dijo Wish alegre, extendiendo los brazos—. ¡Gracias, Solitario; gracias, Espachurro! —dijo abrazando al duendeludo.

El hombre lobo estaba tan sorprendido que también se dejó abrazar.

—¡URRRRR URRR URRRRR! ¡URRR URRR URRRRRR! ¡URR URR URRRRR! —

rugió el hombre lobo.

—¡URR URR URRRRR! —gritó Xar—. ¡Uníos todos! ¡Está vivo!

Magos y guerreros se dejaron llevar por la emoción del momento y respondieron a la orden de Xar; levantaron la vista al cielo y repitieron este grito salvaje:

—¡URRRRR URRR URRRRR! ¡URRR URRR URRRRRR! ¡URR URR URRRRR!

Un milagro tras otro.

¡Menudo espectáculo, magos y guerreros aullando en el cielo junto a la bestia más denigrada, más temida y más despreciada de los bosques silvestres!

Y entonces…

—¡WORRA WOORA REARRGH! ¡WORRA WORRA CREAGGGGGLE! —gritó el hombre lobo, agachando la cabeza de repente mientras fijaba su mirada salvaje en la multitud con una intensidad alarmante, echando espuma por la boca y haciendo movimientos desgarradores con los brazos mientras rechinaba los dientes—.

¡GOORAGGOOGLE!

Y los aullidos felices de la multitud se detuvieron de repente mientras se alejaban temerosos, empujándose los unos a los otros y sin dejar de gritar por si el rechinar de dientes y el desgarro de las extremidades tuviera algo que ver con ellos.

Esto es lo que pasa con los hombres lobo, ¿sabes? Cuesta amarlos, incluso cuando estás de su parte, porque dan… *miedo*.

—¡Ahora sí que va todo BIEN! —dijo Wish, con un suspiro de

satisfacción.

Había sido una aventura terrible, pero había merecido la pena, pensó Wish. Temía el momento en que su madre descubriera su secreto, pero ahora que lo sabía, era una

especie de alivio. Este podría ser el comienzo de la unión entre magos y guerreros para luchar contra las brujas. Su madre volvería a enamorarse de Encanzo, terminarían esta guerra tonta entre ellos y todo iría bien…

Pero después del alivio inicial, la reina Sychorax ya no sonreía.

Estaba ahí plantada con el pelo mojado y lleno de trocitos de polvo de ladrillo. El vestido, antes blanco, le arrastraba por detrás sobre la tierra, manchado de barro y suciedad, roto por las garras de la bruja y empapado de sangre verde de bruja. Había descubierto algo que no deseaba (puede que lo sospechara ya, pero tener pruebas de algo así no es agradable): que tenía una hija explosiva, con un ojo mágico y un componente desafortunado de magia mezclada con hierro… todo muy irregular, vaya.

—¿Todo bien? —estalló la reina Sychorax—. ¿Todo bien? ¡Pero si nada va bien! Esto es un desastre. Pienso llevarme a mi hija a casa y no quiero volver a oír NI UNA PALABRA sobre esto.

Se ajustó el pelo desaliñado y se sacudió el vestido blanco con energía.

Las ilusiones maravillosas que Wish se había hecho sobre este nuevo comienzo se desvanecieron al instante.

—¡Esta aventura ha sido una lección para entender que las cosas tienen que cambiar por aquí! —dijo Wish—. La gente tiene que cambiar, gente como NOSOTROS. Las brujas han vuelto a los bosques, y los magos y los guerreros tienen que unirse para luchar contra ellas como lo hemos hecho esta noche.

—¡Jamás! —exclamó Encanzo.

—¡En la vida! —espetó la reina Sychorax—. ¡Los magos son incapaces de cambiar!

—¡Pues igual que los guerreros! —dijo Encanzo, enfadado.

—¡No, no, no digas eso! —dijo Caliburn—. ¡Todo el mundo puede cambiar! Lo que necesitan los niños es *educación*… Porque las brujas

todavía están por ahí y cuando vuelvan, Wish tendrá que ponerse a prueba y puede que ella sea lo único que se interponga entre nosotros y el olvido…

—¡Sí; además, Caliburn nos ha dado clase mientras huíamos! —dijo Wish—. Es un gran maestro, no solo de magia, sino también de todo lo relacionado con la ortografía, las palabras y las mates de los guerreros. Cuando Caliburn me enseña, parece que todo tiene sentido.

—¡No pienso permitir que un pájaro parlante enseñe a mi hija! —dijo la reina Sychorax—. Sé perfectamente cómo educar a mi propia hija, muchas gracias. Los dos os habéis salvado de las garras del rey brujo —continuó— y ahora debemos volver a dejar las cosas como estaban.

—¡Pero, madre! ¡Tú y Encanzo estabais *enamorados*! —dijo Wish, muy angustiada—.

¿Te acuerdas de los lobos? ¡De cada dos jueves! *¡Es la razón por la que soy quien soy!* ¡El beso del amor verdadero de un mago permaneció en tu sangre y me hizo mágica a pesar de ser guerrera!

Encanzo y Sychorax se quedaron de piedra.

Wish se acobardó ante la expresión de absoluto horror que reflejaban los fríos ojos azules de su madre.

—¿LOBOS? *¿JUEVES?* —dijo la reina Sychorax, indignadísima—. ¿Magos y guerreros *enamorados*? ¡Imposible!

—Inconcebible —dijo Encanzo amargamente, con una voz dura como el diamante—.

Una reina como Sychorax tenía que casarse con un guerrero idiota de cuello grueso y gran espada para poder disfrutar de todos estos cachivaches, de las bandejas de oro y de la bisutería guerrera que lleva al cuello… Una reina como Sychorax no se enamoraría nunca.

—¡Tenía obligaciones! —replicó la reina Sychorax—. ¡Responsabilidades! Y tú te casaste con una de tu propia raza, lo mismo que yo, Encanzo, porque supongo que tu hijo habrá tenido madre alguna vez.

—Pero el gigante Prepóndero nos contó toda la historia —dijo Wish, ahora tremendamente confusa. Hablaban como si hubiera sucedido de verdad al tiempo que lo negaban.

Los adultos no eran nada claros. ¿Había pasado o no?

—El gigante debió de oír hablar a las hadas —dijo la reina Sychorax con firmeza—.

Las hadas son muy mentirosas. Esta es la vida real, Wish, y no un cuento de hadas. Por lo tanto, repito por última vez: Wish regresará a casa conmigo, a la seguridad del castillo de los guerreros, y en lo que a mí respecta, esto NO… HA… PASADO…

NUNCA.

En ese momento, el Rastreabrujas dio un paso adelante. Le costaba ser tan aterrador como lo había sido solo un par de semanas antes cuando había dejado el Fuerte de Hierro de la reina Sychorax con ese grito y el esplendor de la cacería mágica.

Aún le quedaba el olfato, por supuesto, pero eso había dejado de ser inquietante porque sus cazadores de magia y él ya no tenían armadura, armas, escudos, lanzas, equipo para capturar trasgos, nada. Wish lo había usado todo para crear la gran prisión de hierro que encerraba al rey brujo. Así que ahora estaban en ese frío castillo con la ropa interior y nada más. Algunos incluso tuvieron que cubrirse con zarzas que se colocaron como pudieron (y esos pantalones picaban bastante, vaya).

Cualquiera se siente en desventaja si intenta dirigirse a una reina vestido con poco más que unos calzoncillos, por lo que el Rastreabrujas hablaba con menos autoridad de la habitual.

—¡Su Majestad! —objetó—. ¡No puedes llevar a Wish a los territorios guerreros! Esta niña es, como sospechaba, una *vorrica* muy peligrosa. —Bajó el tono, horrorizado—: Y la vorrica es MÁGICA, no hay lugar a dudas… y cuando digo mágica, quiero decir que es mágica de verdad.

No era muy sensato estar en desacuerdo con Sychorax cuando ella había decidido que algo NO… HA… PASADO… NUNCA.

La reina se giró hacia el Rastreabrujas y le lanzó una mirada que hubiera enorgullecido a un gigante de hielo. Con una voz a cincuenta grados bajo cero, dijo:

—Matamoscas, espero que no estés sugiriendo que mi hija, MI hija, que es el resultado de diecinueve líneas de guerreros de buena cuna y descendiente directa del mismo Brutal, el Asesino de Gigantes, sea una MESTIZA común.

—Bueno… a ver, yo no entiendo de eso, pero tienes que reconocer que aquí ha pasado algo muy raro —balbuceó el Rastreabrujas temblando bajo su mirada severa.

—O tal vez —continuó la reina Sychorax, con una voz tan severa que podría haber dejado tieso a un caracol— insinúas que yo, la reina Sychorax, pude haber intercambiado un beso de amor verdadero con un mago bribón y eso de alguna manera ha convertido a mi hija de pedigrí guerrero en una maga traicionera.

—¡Ha explotado por los aires! ¡En una enorme nube de polvo! ¡Ha lanzado magia por el ojo! ¡Ha hecho volar todo el hierro! —balbuceaba el Rastreabrujas, moviendo los brazos enérgicamente para recrear el momento—. ¡TODOS la hemos visto hacerlo delante de nosotros!

La reina Sychorax entrecerró los ojos.

—Entonces, todos habéis visto lo que ha hecho, ¿no?

Se volvió hacia la multitud y con una voz tan rápida y tajante como un cuchillo recién afilado, dijo:

—¡Dad un paso al frente si habéis visto a mi hija explotar como una especie de fuegos artificiales hechizados! ¡Levantad la mano si habéis visto a mi hija haciendo hechizos con hierro como una especie de herrero mágico espantoso!

Se hizo un silencio horrible.

Nadie levantó la mano.

El carácter de la reina Sychorax era tan fuerte y marcado que todos dieron *un paso atrás*, magos y guerreros por igual, murmurando cosas como:

—No, no hemos visto nada de nada… con este tipo de luz cuesta ver las cosas.

La reina Sychorax arqueó una ceja y se volvió hacia el Rastreabrujas.

—Parece —dijo ella, en un tono mordaz— que tú has sido el único que ha presenciado tal espectáculo, matamoscas. Tú y tus cazadores de magos estáis despedidos y no esperes que te recomiende al emperador.

El Rastreabrujas tembló de indignación.

—¡Esto es un *ultraje*! —dijo—. ¡Informaré yo mismo al emperador guerrero de toda esta historia! Te quitará la corona y ejercerá el poder de la Comisión Antimagia sobre ti y sobre esa vorrica.

—¿Le dirás al emperador que fallaste y que el rey brujo fue derrotado gracias a un par de niños de trece años? —dijo la reina, en un tono sorprendido—. ¡Pero si se supone que sois su tropa de élite para cazar magia! Al emperador no le gustan los fracasados, matamoscas. Yo que

tú volvería a la capital con algunas de estas plumas de bruja que hay por aquí desperdigadas y me inventaría una historia en la que TÚ hayas sido quien ha destruido al rey brujo. Puede que así él te perdone por perder todo ese equipo de cacería de magia tan caro.

—¡Eres la mujer más espantosa que he conocido en toda mi vida! —dijo el Rastreabrujas con amargura.

La reina Sychorax esbozó una sonrisa. Creo que se lo tomó como un cumplido.

El Rastreabrujas se irguió todo lo que pudo y se ajustó la ropa interior. Él y sus cazadores de magos recogieron tantas plumas de bruja como encontraron. Y luego salieron del patio con tanta dignidad como pudieron, teniendo en cuenta que iban medio vestidos y desarmados.

Los magos y los guerreros que observaban la escena no pudieron contener la risa del todo; y los trasgos ni siquiera la reprimieron.

—Muy bien, en ese caso, podemos restaurar el orden —dijo la reina Sychorax con satisfacción, porque no había nada que le gustara más que restaurar el orden—. Llevaré a Wish al territorio de los guerreros de hierro detrás del muro para que esté a salvo si vuelven las brujas.

—Y en cuanto a Xar… —continuó Encanzo, afligido—. No te lo tomes a malas, pero tengo que llevarte de vuelta a Gormincrag.

—¿Por qué? —preguntó Xar, estupefacto.

No había escuchado nada más injusto en su vida.

—Te lo explico —dijo Encanzo—. Se supone que Gormincrag no es una prisión, sino un centro de rehabilitación.

—¡Siempre dicen lo mismo! —gritó Xar con indignación—. ¡Pero el «centro de rehabilitación» es una forma elegante de llamar a la prisión! ¡Has dicho que estabas orgulloso de mí! ¡Que estaba madurando! ¡Has dicho que había hecho un gran trabajo controlando la marca de la bruja y siendo bueno! ¿Y ahora me vas a CASTIGAR por eso?

—Mira, estoy impresionado por lo mucho que te has esforzado por ser bueno, Xar, de verdad que sí —dijo Encanzo—. Pero aquí, en la vida real, no basta con desearlo para hacer desaparecer la marca de la bruja, y no hará más que empeorar. El comandante druida era un inepto, pero volveré a Gormincrag contigo y me aseguraré de que

haya un régimen nuevo y más agradable, porque allí estarás más seguro hasta que podamos deshacernos de la marca de la bruja por completo.

—¡Esa no es la solución! —gritó Xar—. Tenemos que encontrar los ingredientes del hechizo que descubrimos en mi *Libro de hechizos* para deshacernos de las brujas.

Enséñaselo, ¡Wish!

Espadín sacó el *Libro de hechizos* y se lo dio a Wish, que le señaló a Encanzo y a Sychorax la página donde estaba el hechizo.

—¿Quién escribió este hechizo? —preguntó Encanzo al rato.

—Yo —dijo Wish—. Con la pluma de Caliburn.

Encanzo suspiró y devolvió el libro a Wish.

—Este hechizo no es real. Se lo ha inventado Wish —dijo Encanzo suavemente.

—¿Qué quieres decir con que no es real? —dijo Xar muy triste porque había puesto todas sus esperanzas en ese hechizo.

—¡Mira! —dijo Encanzo—, está en la sección «Escribe tu propia historia», justo al lado de una gran cantidad de historias que cuentan cómo Xar se convierte en el héroe más grande que el mundo haya conocido jamás. Ningún hechizo podría derrotar a las brujas por sí solo.

—Encanzo tiene razón y os lo acabo de decir —dijo la reina Sychorax —: esto es la vida real, Xar, no es ningún cuento de hadas. Tienes que ser razonable y hacer lo que se te ordena.

Wish se adelantó rápidamente.

Si esperaban que Xar fuera razonable e hiciera lo que se le ordenaba se pasarían allí la vida entera. Pero por lo menos, pudo decir al fin lo que había estado intentando decir hacía un par de semanas en la tribuna real del Fuerte de Hierro:

—¡Estás equivocada, madre! —dijo Wish, desafiante, levantando el puño.

Sychorax se quedó atónita. Y luego le lanzó *esa mirada* a Wish; la mirada que representaba la más profunda y furiosa decepción y con la

que, normalmente, conseguía que a Wish se le olvidara lo que *pretendía* decir.

Pero ahí junto a sus amigos, con Xar, Espadín, la cuchara y todos los objetos encantados, el hombre lobo, los gatos de nieve, y después de vivir una semana de aventura aterradora y desafiante, Wish abrió la boca y siguió hablando a pesar de *esa mirada*.

—¡Estás equivocada, madre! —repitió Wish furiosa—. ¡Y también lo está el rey Encanzo! ¡TIENES que creer que el mundo puede cambiar, que los hechizos pueden funcionar, que puedes escribir tu propia historia, sean cuales sean las probabilidades!

Porque es sorprendente la frecuencia con la que el universo depende de una…

posibilidad… improbable.

La reina Sychorax miró a su hija y *esa mirada* desapareció. Recordó, una vez más, que no debía subestimar a su peculiar hijita. Apoyó una mano en su hombro.

—Lo siento, Wish —dijo la reina Sychorax—. Cuando seas mayor, lo entenderás.

«¡Por todos los dioses! ¿Por qué no dejan de decir eso?», pensó Wish, enfadada.

Estaba claro que los adultos no iban a dar credito a lo que decían sus hijos. Eran ellos los que tenían que madurar.

Wish suspiró y se volvió hacia Encanzo.

—Perfecto, entonces. No estoy de acuerdo, pero si puedo conseguir

que Xar regrese a Gormincrag sin discutir, ¿mi madre y usted podrían concedernos al menos un deseo?

—preguntó Wish.

—Convencer a Xar para que vuelva conmigo sin rechistar será un milagro —dijo Encanzo—, pero no puedo prometerte ningún deseo.

Wish apartó a Xar y le susurró algo al oído.

Xar parecía pensativo.

—Está bien —dijo a regañadientes—. Regresaré.

—¡Milagro! —dijo Encanzo, asombrado—. La próxima vez acudiré a ti, hija de Sychorax, para que me ayudes a entrenar a Xar.

—¿Y cuál es el deseo? —preguntó Sychorax, recelosa.

—Me gustaría que ambos nos concedierais una sola noche de tregua —suplicó Wish—. Un banquete en el que magos y guerreros cenen juntos aquí, una noche para celebrar que por UNA vez, magos y guerreros han luchado juntos, han derrotado a las brujas, y que un hombre lobo y un mago le han salvado la vida a una princesa guerrera.

Una noche robada al tiempo.

—¿Solo esta noche? —dijo Encanzo pensativo.

—Y luego volveremos a la vida real —dijo Wish—. Hace buena tarde —añadió en un tono convincente—. ¡Y mirad! ¡Uno de los gigantes ya ha empezado a bailar!

Y era cierto. Uno de los gigantes más grandes movía suavemente sus largas extremidades en un lento y majestuoso baile campestre, tarareando para sí con la luna de fondo.

—Y PROMETO que por la mañana regresaré a Gormincrag y hasta te diré cómo deshacer el hechizo para que mi hermano vuelva a ser Saqueador —dijo Xar, señalando a la furiosa criatura-anteriormente-conocida-como-Saqueador, que sostenía con cierto recelo uno de los druidas.

La reina Sychorax dio un respingo.

—¿No tienes control sobre el desobediente de tu hijo? —le dijo a

Encanzo—. ¿Fue él quien convirtió a su hermano en *eso*?

—Tu propia descendencia tampoco es un ejemplo de obediencia, precisamente —

espetó Encanzo—. ¿Los guerreros suelen pasearse por el campo en compañía de cucharas encantadas?

Eso era imposible de contestar y, en silencio, los monarcas estrecharon lazos durante un momento por los problemas de la paternidad.

Por lo menos se estaban *planteando* la petición de Wish.

—No pienso bailar —dijo Sychorax, pensativa—. Nunca bailo, pero normalmente ofrecería a mis tropas una pequeña celebración después de una batalla como esa…

—Nosotros en el mundo mágico nos daríamos un banquete hasta las primeras horas de la mañana —dijo Encanzo.

Todos estaban cansados.

Todos tenían hambre.

Si en este momento cada uno siguiera su camino, tendrían que volver a bajar esa montaña y eso no le apetecía a nadie, sobre todo después de una larga y agotadora lucha contra las brujas. Sería algo irregular… muy irregular… pero sería la guinda de un acontecimiento igual de irregular. Y además, coincidía que era la víspera del solsticio de invierno, el día antes de que el invierno diera paso a la primavera.

La víspera del solsticio de invierno también se conocía como el «Día de los inocentes», y las cosas que sucedían ese día no contaban.

—Pero quiero que seas completamente consciente —dijo Sychorax con seriedad— de que será *solo una noche*, una noche robada al tiempo. No cambiará nada. Volvemos a la guerra con los magos mañana por la mañana. Ambos debéis dar vuestras palabras de mago y de guerrera para que todo vuelva a la normalidad mañana.

Wish parpadeó con aire inocente.

—Sí, madre, llevas toda la razón. Sería solo una noche, una noche robada al tiempo.

Damos nuestra palabra, ¿verdad, Xar?

—Por supuesto —dijo Xar.

—Hmmmmmm —dijo Encanzo.

—Hmmmmmm —dijo Sychorax.

Y daba la casualidad de que ambos pensaban lo mismo exactamente: cederían a la petición de sus hijos, pero no los perderían de vista ni un solo segundo.

19. Víspera del solsticio de invierno, también conocido como «Día de los inocentes», una noche

robada al tiempo

A sí pues, Sychorax y Encanzo se volvieron hacia los sujetos y pidieron una noche de tregua, una noche robada al tiempo.

—¡GUERREROS! —gritó la reina Sychorax—. Para esta noche decreto un alto al fuego entre guerreros y magos, para celebrar la derrota histórica de un enemigo ancestral: ¡las brujas! Mañana volveremos a la batalla… Mañana seguiremos con la guerra, pero esta noche toca ¡FIESTA!

—¡UNA NOCHE ROBADA AL TIEMPO! —gritó el rey Encanzo.

Los guerreros y los magos murmuraron, desconcertados, puesto que esto era muy inusual. Pero habían ganado la batalla, y la palabra «fiesta» fue como un elixir mágico para todos.

—¡UNA NOCHE ROBADA AL TIEMPO! —gritaron los magos y los guerreros.

Y así empezó una de las noches más extraordinarias en la historia de los bosques.

Hicieron una gran hoguera en el centro del jardín y las llamas ardían de un rojo y un amarillo intensos, y también de color azul y lila, ya que los druidas y los trasgos echaban fuego mágico para que las llamas ardieran más, más calientes y más altas.

Los guerreros bailaban con los gigantes alrededor de la hoguera. Los cazadores de magia compartían las patas de venado y la cerveza de zarzamora con los druidas. Los duendeludos zumbaban alrededor en un estado de excitación mientras todos tocaban música: los guerreros de la reina Sychorax soplaban los cuernos con alegría; los violines de Encanzo estaban suspendidos en el aire y tocaban solos por arte de magia; los gigantes canturreaban felizmente, los unos del brazo de los otros; los trasgos cantaban sus cancioncillas alegres sobre cosas demasiado altas para que las viera el ojo humano y sonidos demasiado bajos para que el oído humano los oyeran.

Los gigantes cantaban sus canciones de gigantes, que reverberaban por el paisaje.

Necesito espacio para correr todo lo que pueda

Necesito saltar de ladera en ladera.

Y si me arrebatáis el bosque

En el mar me adentraré

Para hallar otro mundo

¡Donde una vida de gigante llevaré!

Los guerreros cantaban sus propias canciones:

¡SIN MIEDO! ¡Esta es la canción de desfile de los guerreros! ¡SIN MIEDO! Cantamos mientras desfilamos. ¡SIN MIEDO! Porque los corazones de los guerreros son fuertes. ¿Acaso se lamenta el corazón de un guerrero? ¿Acaso desfallece el corazón de un guerrero? ¿Acaso se hunde el corazón de un guerrero? NO, NO TIENE MIEDO.

Y las canciones de los guerreros se mezclaban con la canción melancólica del hombre lobo:

Voy corriendo hacia la luna,

A la luna para poder ser bueno

Porque cuando todo el mundo me da por perdido

y todos piensan mal de mí,

Aún me queda la luna

Somos la luna y yo

Solos la luna y yo

De vez en cuando el hombre lobo se arrancaba con un aullido: ¡Aaaaaaauuuuuu!

Los trasgos revoloteaban a su alrededor, exultantes de felicidad y haciendo travesuras a todos con sus jueguecitos del tipo:

Fuegofatuo hechizó el cuenco del estofado de un guerrero, que hizo volar y luego dejó caer sobre su cabeza, que acabó toda pringosa. Tormenta lanzó un hechizo de ablandamiento a los tenedores y cuchillos de algunos guerreros, de modo que se quedaron blandos en sus manos y no se pudieron llevar la comida a la boca… Insectorro lanzó varios conjuros para detener el tiempo para mordisquear y robar la comida a la gente mientras el tiempo se quedaba congelado un instante.

Y Caliburn volaba por ahí, estresado, tratando de impedir todas esas travesuras.

Xar, Wish y Espadín miraban cómo bailaban.

—¿Veis? Pueden llevarse bien si lo intentan.

—No durará —dijo Espadín en un tono deprimente—. Tu madre ha dicho «una noche» y cuando tu madre dice algo, lo dice de verdad… Mañana volverán a reñir y a pelearse.

—Los adultos son un muermo. Siempre se creen que lo saben todo. ¿Por qué no escuchan? —preguntó Wish.

Espadín suspiró.

—Pero será lo mejor. Volverás a estar a salvo en territorio guerrero, Wish, y Xar, sé que no estás muy cómodo en Gormincrag, pero ahora que el comandante druida ya no está, puede que encuentren un antídoto para la mancha de la bruja.

Xar y Wish lo miraron como si estuviera loco.

—Ay, Espadín, no volveremos a territorios guerreros ni a Gormincrag —dijo Wish como si nada.

—¿Quéé́é? ¡Pero lo habéis prometido! ¡Habéis dado vuestra palabra de mago y guerrera! —exclamó Espadín.

—Las promesas se pueden romper —dijo Xar inocentemente— para conseguir un bien mayor. Además, nos mintieron, así que esa promesa no cuenta.

—¿Y qué vais a hacer? —preguntó Espadín, alarmado.

Uno de los muchos motivos que tenía Espadín para volver al fuerte guerrero era que allí tenía a Wish para él solito; su cuchara y él eran sus únicos amigos. Pero aquí, en el bosque con el caprichoso pero indudablemente carismático Xar, Espadín tenía que compartirla.

Espadín se decía que era por el bien de Wish, que en su capacidad oficial de guardaespaldas, solo le preocupaba su bienestar y seguridad, pero en el fondo sabía que estaba celoso. Aun así —y eso entristecía mucho a Espadín—, aquí en *la vida real*, un guardaespaldas jamás acabaría con una princesa guerrera, ni aunque esta fuera muy rara.

Eso solo pasaba en los cuentos de hadas.

—Huiremos mientras están todos ocupados celebrándolo —dijo Wish —. Tenemos trabajo que hacer. Debemos encontrar el resto de los ingredientes para el hechizo que nos libre de las brujas de una vez por todas.

—Pero Encanzo ha dicho que el hechizo no funcionaría —gritó Espadín—.

¡Caliburn! ¿Dejarás que lo hagan?

El viejo pájaro volaba de acá para allá.

—Sí, el guardaespaldas tiene razón —dijo este, nerviosísimo—. Es muy mala idea…

Sin embargo, Caliburn no lo dijo muy convencido porque, en realidad, no le apetecía mucho volver a Gormincrag. Para el guardaespaldas era muy fácil decirlo porque él no había estado allí, en esas profundidades húmedas y sombrías.

—Aun así —siguió Caliburn—, los adultos lo han liado todo tanto, que tal vez conviene confiar en los niños, por muy alocados, imprudentes y poco realistas que sean… ¿Qué he dicho antes?

—Has dicho, y de hecho lo he escrito porque me ha parecido muy bueno: «Supongo que, en realidad, da igual QUÉ hagamos, siempre que podamos contar con nuestros amigos y lo hagamos JUNTOS» — dijo Wish, leyéndolo del *Libro de hechizos*.

Se oyó un ruidito como de algo escabulléndose por detrás de ellos; el hombre lobo pegó un salto y cuando volvió a enderezarse llevaba en la boca a la criatura-anteriormente-conocida-como-Saqueador, que se había zafado del druida que lo retenía antes, y les había estado

espiando. La criatura-anteriormente-conocida-como-Saqueador pretendía dar la voz de alarma y avisar a todo el mundo de que Xar y Wish pensaban escaparse, ya que la criatura-anteriormente-conocida-como-Saqueador estaba emperrada en que Xar volviera a Gormincrag y, preferiblemente, de forma indefinida.

La criatura-anteriormente-conocida-como-Saqueador de ojos saltones, que colgaba ahora bocabajo de sus cinco patas traseras, estaba tan petrificada de verse en las FAUCES de un hombre lobo, que se desmayó.

—No te preocupes, seas-lo-que-seas —dijo Wish—. Es un hombre lobo muy MAJO y no te morderá, ¿verdad que no, Solitario?

Solitario negó con la cabeza, un poco demasiado fuerte, pero paró cuando la criatura se despertó con las sacudidas y pegó un chillido.

— *Greeaggle Barg* —se disculpó Solitario. Tras lo que añadió—:

Greeagle Barg Rurgle.

—Era su forma de pedir perdón porque Caliburn le había dicho que con la boca llena no se habla.

—Xar, prometiste que le dirías a Encanzo quién es la criatura para que pueda volver a transformarlo en Saqueador —le apremió Caliburn—. Y recuerda lo que dijo el gigante: debes perdonar a tus enemigos.

Xar suspiró.

—Cuando vuelva a ser Saqueador estará furiosísimo. Créeme, él no me va a perdonar.

Pero Wish le pasó el *Libro de hechizos* y Xar arrancó la página donde decía qué era Saqueador. Estaba en una parte del libro donde Xar se había inventado criaturas fantásticas, justo al lado de la sección donde Xar se había inventado historias sobre «Las hazañas y superproezas de Xar, el chico del destino»; al parecer, Saqueador era un Graxerturglebichejo.

No era de extrañar que no supieran qué era: Xar se lo había sacado de la manga.

Había un dibujo maravilloso del Graxerturglebichejo y todos se quedaron boquiabiertos porque se parecía mucho al Graxerturglebichejo mismo; se volvía de un lila intenso colgado bocabajo, sobresaliendo de la boca del hombre lobo.

Con un ademán, Xar le enseñó la ilustración del Graxerturglebichejo a Saqueador.

—Pues a ti no te ha ido tan mal, Saqueador —dijo Xar—, solo llevas unos días como Graxerturglebichejo. ¡Yo estuve encerrado en Gormincrag más de dos meses!

El Graxerturglebichejo no parecía muy dispuesto a ver el lado positivo de las cosas.

Wish escribió un mensaje a su madre al final del papel, que decía: «Siento que te hayamos mentido, madre, pero el fin justifica los medios… un buen resultado excusa un mal método… Lo entenderás cuando seas mayor». Xar escribió un mensaje para su padre justo al lado: «Me portaré bien, padre. Lo prometo».

Entonces, Xar dejó el trozo de papel en el suelo y le dijo al hombre

lobo que pusiera al Graxerturglebichejo justo encima.

—Ahora no se podrá mover —dijo él con satisfacción—, porque hace viento y como se mueva, el papel saldrá volando y padre no sabrá cómo volver a cambiarlo.

El Graxerturglebichejo lo miró rabioso, pero también con miedo. Con los talones se aferró al papel como si le fuera la vida en ello. Chilló tanto como pudo, todo insultos e improperios en el idioma graxerturglebichejo, pero nadie lo entendía ni se le oía por encima de la celebración y los bailoteos.

Ahora estaba pegado a ese papel y ni se atrevía siquiera a corretear ni a arrastrarse para dar la voz de alarma.

Pero Xar tenía razón: algo en la mirada de Graxerturglebichejo le decía que Saqueador no lo perdonaría en el futuro inmediato.

—No lo conseguiremos —dijo Espadín en un intento desesperado por hacerles cambiar de opinión—. Encanzo y Sychorax os vigilan como halcones…

Encanzo y Sychorax eran lo bastante inteligentes para saber que no debían confiar en la palabra de los chiquillos, así que habían estado vigilando de cerca a esos dos rebeldes.

Sychorax estaba sentada en una roca, con la espalda recta y el rostro sereno cual máscara real para demostrar que estaba por encima de esas cosas tan mundanas como los bailes y las celebraciones. Pero cada minuto o así miraba a su hija para comprobar que siguiera ahí y que no se escapara con malas influencias. (Y puede que moviera la PUNTA del pie al compás de la música. Al fin y al cabo era humana.) Y Encanzo rondaba entre las sombras, con la expresión sombría como un acantilado en pleno invierno y unos nubarrones que le salían de la cabeza, mientras murmuraba:

«No puedo volver a ese sitio oscuro… No puedo volver…», sin dejar de aferrarse a su varita mágica. «Nunca más… nunca más…» (Y a qué se refería no tengo ni la más remota idea.) Pero, de vez en cuando, lanzaba una mirada mágica para comprobar que el granuja de su hijo no se escapara con la peligrosa hija de la reina Sychorax.

Xar le dijo a Apisonador que podía unirse a ellos más tarde, en un punto de encuentro ya acordado, porque un gigante zancador gran-caminante se vería demasiado en su huida sigilosa. Mientras tanto, al Duendantiguo, posado como un ruiseñor sobre el hombro de Apisonador, empezó a cantar.

Wish sugirió la canción y era bastante curiosa. Era una canción que no se había oído en los bosques en muchos años, una canción que empezaba así: *Soy joven y pobre, nada puedo ofrecerte*

Solo tengo estas alas de color sin par

Este aire que bebo y estos vientos en los que duermo Este sendero de

estrellas en el que bailo, cuando oigo la luna cantar…

En cuanto Sychorax oyó las primeras palabras, se puso blanca como el papel y Encanzo se quedó inmóvil y levantó la vista.

Sychorax se fue derecha al gigante y gritó al Duendantiguo:

—¡Deja de cantar esa canción!

Pero Encanzo dio un gran suspiro como si no pudiera contenerlo más, salió de las sombras y dijo:

—Aguarda un momento, Sychorax.

Y entonces le lanzó una mirada interrogativa y dijo:

—Solo una noche, en esta noche de tregua, por los viejos tiempos.

Le tendió la mano y Sychorax se detuvo mientras las evocadoras palabras flotaban en el aire de medianoche, ya que el Duendantiguo no le había hecho caso y seguía cantando.

Era culpa de Sychorax, en realidad, porque ella había creado esa voz, en sus mazmorras del castillo guerrero, cuando le quitó la magia a Duendantiguo. Del dolor y la pérdida pueden salir cosas muy hermosas, y la voz de Duendantiguo, que siempre había sido dulce, ahora tenía un deje de anhelo y añoranza por la magia perdida, el amor que pudo haber sido. Parecía que ya no era un mero mortal, sino el espíritu sobrenatural de un trasgo, mecido como una hoja blanquecina de invierno del inframundo, cantando sobre el pasado en el presente con tanta intensidad que podría perforar incluso el armazón de hierro de la reina de hielo.

Mira cómo vuelan los vencejos, que no viven bien en nada, Eres joven y fuerte, si me das la mano

Dejaremos la tierra y no volveremos.

Dormiremos en las brisas y no rozaremos suelo humano.

—La historia del gigante sobre Encanzo y mi madre es cierta, ¡diga lo que diga ella!

—susurró Wish, triunfante, que vio cómo el rostro pálido de su madre se descongelaba un poquito, solo un poco, mientras escuchaba la

música—. ¡Lo sabía! Si no, no le afectaría así…

Te prometo vendavales y una aventura maravillosa

Volaremos para siempre y no nos separaremos jamás

Soy joven y pobre, nada puedo ofrecerte:

Mi amor y el latido de mi corazón; nada más.

… cantaba la voz del Duendantiguo. Cantaba con algo menos de melancolía que antes, en las mazmorras de la reina Sychorax, porque el Duendantiguo había encontrado una nueva vida como saqueador de conjuros, pero seguía habiendo un deje agridulce muy seductor.

Sychorax, la Sychorax dura como el diamante, no se pudo resistir. Al fin y al cabo era la víspera del solsticio de invierno. Y lo que pasaba en la víspera del solsticio de invierno no contaba. Hasta una reina podía dejarse llevar en la víspera del solsticio de invierno.

La reina Sychorax alargó la mano y tomó la de Encanzo.

Por los viejos tiempos.

Ambos hicieron una reverencia, muy majestuosa, muy elegante, muy estirada.

Y empezaron a bailar.

Bailaban algo más tiesos de lo que seguramente lo hicieron antaño. El tiempo los había templado, igual que pasa con los árboles jóvenes y

torcidos que al crecer se convierten en troncos rectos e inamovibles.

Unas finas arrugas les surcaban ahora el rostro. Pero sus ojos eran los mismos que habían contemplado el mundo hacia un par de décadas. Unos eran de un color azul intenso; los otros, de un gris salvaje.

Los dos bailaban, sumidos en la música durante un instante fatal.

La canción los elevó en el aire como los vencejos, donde no había reglas y el tiempo no importaba…

Y en ese momento fatal, los niños se marcharon de puntillas por el jardín.

Apisonador les dio la puerta rota, que guardaba en el bolsillo. Los adultos estaban tan absortos en el baile y la celebración, y en la comida y la bebida, que nadie reparó en la puerta que se elevaba en la noche.

Ocurrió en la víspera del solsticio de invierno de hace mucho mucho tiempo, en unas Islas Británicas tan antiguas que aún no sabían que eran las Islas Británicas.

Una puerta rota que volaba en el silencio del cielo de medianoche como si fuera una pequeña alfombra mágica. Tres chiquillos de trece años, suspendidos en ese momento entre la infancia y la adultez, tumbados de espalda, mirando las estrellas. Un cuervo parlante, posado en los pies de Wish. Una cuchara dormida en su corazón. Los trasgos, volando arriba y abajo, zumbando a su alrededor. Abajo, los tres gatos de las nieves, un hombre lobo, un oso y una manada de lobos se desplazaban sin hacer ruido, con unas pisadas que desaparecían mágicamente al correr, gracias a un hechizo de Ariel.

Al cabo de un buen rato de contemplación, Wish se sentó y se asomó por el borde de la puerta.

—Bueno, no hemos podido convencer a nuestros padres para que nos acompañen, pero no olvidemos que nos está yendo muy bien —dijo Wish—. El hombre lobo ha aprendido modales, Duendantiguo es más feliz ahora como saqueador de hechizos… y Xar está haciendo progresos en esto de portarse bien…

—Aún le queda —dijo Caliburn, con un deje de tristeza, ya que solo Encanzo tenía el poder de liberar a Caliburn y a Ariel. ***

—Y no tenemos NI IDEA de dónde vamos AHORA —señaló Espadín.

A Xar le ardía el brazo y eso le dio una idea. Se sentó y abrió el *Libro de hechizos* por la página del hechizo para librarse de las brujas. Y entonces le dio a Wish la pluma de Caliburn.

—¡Escribe! —le ordenó Xar—. ¡Escribe el próximo ingrediente! ¡Concéntrate todo lo que puedas y escribe!

—Ay, eso no funcionará —dijo ella mientras mojaba la pluma en la tinta—. Lo he intentado muchas veces, pero… ¡Oh!

Para su asombro, la pluma —cálida entre sus manos— empezó a escribir, casi como si lo hiciera sola.

—Cuatro escamas de los Nuckalavee del Remolino Occidental… —leyó Espadín, cada vez más aterrado— y cinco lágrimas del druida del laberinto del Lago de los Perdidos…

—¿Algo más? —preguntó Xar.

—No, parece que eso es todo —dijo Wish—, porque fuera lo que fuese que hubiera animado a la pluma se había acabado y ahora estaba haciendo una serie de manchurrones sin sentido.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Tenemos los últimos ingredientes de la misión! —exclamó Xar levantando un brazo, entusiasmado—. ¡LLAVE! —gritó a la llave que los dirigía desde la cerradura de la alacena de castigo—. Gira al suroeste. Próxima parada: ¡EL

LAGO DE LOS PERDIDOS!

—¿Que queéééé? —gritó Espadín, agitando los brazos, horrorizado—. ¡El Lago de los Perdidos es la FORTALEZA DE LOS DRUIDAS! ¡No podemos ir ahí! ¡Es una misión suicida! ¿No aprendisteis NADA de la historia del último aliento del gigante?

Pentaglión tomó solo DOS lágrimas del druida y esos druidas espantosos le destrozaron el castillo entero y a su gigante. ¿¡Y nosotros vamos a coger CINCO?! No me están escuchando, ¿verdad, Caliburn?

—No —dijo el pájaro con un suspiro—, no te escuchan.

Tratar de controlar a la incontrolable princesa ya era complicado, y aún peor intentar controlar a ella y a Xar a la vez… bueno…

—Es imposible —se quejó Espadín, que volvió a tumbarse en la puerta

y se puso el casco.

Xar y Wish no hacían caso a esa idea tan pesimista. Estaban leyendo con entusiasmo el hechizo para deshacerse de las brujas.

—A este paso eliminaremos a las brujas en un visto y no visto —dijo Wish, entusiasmada—. Pongamos una marca en los ingredientes que ya tengamos para sentir que estamos avanzando. Tenemos las lágrimas de la reina y las plumas de bruja…

—Sí, pero me fastidia haber desperdiciado el ingrediente más importante del hechizo para deshacernos de las brujas al usarlo en el druida —dijo Xar.

—La moraleja de la historia es lo que me preocupa a mí —dijo Caliburn—. Las últimas palabras del gigante fueron sobre el perdón, pero fue el aliento del perdón lo que al final terminó con el druida. Así pues, ¿cómo funciona?

Ese es el problema de las historias. Las historias siempre significan algo. La pregunta es… ¿Qué significan exactamente?

—Significa que tendremos que empezar de nuevo y encontrar EL ÚLTIMO

ALIENTO de otro gigante antes de seguir buscando lo demás —dijo Xar—. Es irritante.

Espachurro se les acercó volando alegremente.

—No hace falta que empecéisss de nuevo —dijo—. Tengo un sssecreto que no contar a nadie. ¡Osss he sssalvado sin darosss cuenta!

—Tonteríasss —siseó Tormenta—. Un duendeludo insssignificante como tú no puede sssalvar a nadie.

—¡Que sssí! —dijo Espachurro, triunfal. Hizo una pausa para darle más efecto y luego añadió—: ¡Hay un poco de aliento en el frasssquito! ¡Consssseguí sssalvarlo! ¡Pussse el tapón a tiempo!

Xar sacó el frasco y vio un poquito de humo verde en el centro. Era el último aliento de gigante.

—¿Veisss? Sssoy pequeño pero matón. No sssoy demasssiado pequeño para ssser sssaqueador de hechizosss —fanfarroneó Espachurro.

—Desde luego que no —dijo Xar efusivamente—. Tuviste unos reflejos

rapidísimos.

Por esto, Espachurro, no solo te nombro saqueador de hechizos, sino saqueador de hechizo jefe de todo el equipo —añadió y el duendeludo se puso tan contento que se hinchó como un pez globo e hizo tres volteretas seguidas y cayó exhausto sobre el hombro de Wish. La cuchara, que se acababa de despertar, le hizo una reverencia.

—¡Y mira! —dijo Wish—. Ahora puedo tachar TRES ingredientes de la lista. Y solo nos quedan dos por recoger.

Wish se tumbó en la puerta con un suspiro de satisfacción y siguió contemplando las estrellas.

—El universo nos envía una señal —dijo—. ¡Mirad! Seguro que esa estrella de allí nos hace guiños.

Y sí, parecía que una de las estrellas les parpadeaba.

—¿Pero nos guiña el ojo en plan simpático o se ríe de nosotros? —preguntó Caliburn, preocupado—. ¿Es buena o mala señal? Tal vez es la mancha de la bruja de Xar que nos hace escapar de vuestros padres por segunda vez. ¡Mirad! La mancha de la bruja ha empeorado. ¿Cómo sabemos si Xar podrá controlarla o deshacerse de ella?

Y así era: a Xar le brillaba la mano de color verde bajo la luz de la luna.

—Tendremos que mantener la esperanza y esperar que pueda hacerlo —dijo Wish sin más—. Si confiamos en Xar, encontraremos el camino hacia un final feliz.

—Pero eso solo te lo crees porque eres muy joven —dijo Caliburn, angustiado—.

Cuando eres joven, crees que el amor todo lo puede… no sabes la de problemas que puede causar… no has visto las veces en que han triunfado las brujas. No hay una segunda vida y el hombre lobo se muere.

—Bueno, pues entonces no quiero crecer —dijo Wish—. Quiero seguir siendo joven.

Sabes que tengo razón de todos modos, Caliburn. Por eso has venido con nosotros y no te has chivado a nuestros padres.

—Y si quieres seguir con nosotros, Caliburn, ¡tendrás que dejar de ser tan negativo!

—dijo Xar—. Wish tiene razón, es una buena señal. Es una señal de que todo acabará bien al final.

Caliburn suspiró. Se guardó algunos pensamientos para sí mismo. Sobre el AMOR, por ejemplo.

Porque, allí en la puerta, la llave —que giraba felizmente en la cerradura— miraba a la cuchara con anhelo; y el tenedor miraba a la llave con ternura, y no eran miradas muy distintas a las que Espadín le echaba a Wish algunas veces ni muy diferentes a cómo Wish miraba a Xar.

«Puede que nos aguarde peligro…», pensó Caliburn.

¿Quién sabe si Wish y Xar estaban en lo cierto en aquella medianoche de hace tantos años?

Porque mañana habrá tormenta, de eso no hay duda. Pero, si nos preocupamos demasiado del mañana, ¿cómo podemos disfrutar hoy?

Así pues, dejemos a nuestros héroes aquí, en la felicidad del AHORA, volando gloriosamente por el cielo, en el triunfo y la satisfacción de una misión completada, y en ese breve instante antes de que empiece otra misión.

Y dejemos que los adultos bailen.

Dentro de un rato descubrirán que sus hijos se han marchado y los pájaros han volado; habrá lágrimas y se rasgarán las vestiduras y se retorcerán las manos de preocupación. Los guerreros culparán a los magos, los magos maldecirán a los guerreros, y la guerra y la preocupación estallarán de nuevo.

Pero de momento están bailando en un instante de tregua.

Disfrutemos de este momento, dejándonos llevar por la música y con esa sonrisa agridulce en los labios de la reina Sychorax, ya que sabe que este instante es fugaz, un momento de prestado.

En este momento, Sychorax y Encanzo vuelven a ser jóvenes, sin las responsabilidades parentales ni reales de ser madres, padres y monarcas. En este momento no tienen tribus que gobernar, mundos que conquistar, países que dirigir ni tradiciones que seguir.

Se han ganado estos momentos, pobres padres; unos minutos de volver al pasado y relajarse durante un parpadeo o dos, para ser aquella joven princesa guerrera que acababa de conocer a un mago en el bosque.

Ahora el Duendantiguo está cantando una canción distinta, otra canción prohibida.

Deambulando con libertad

en senderos celestiales y caminos en el mar;

en esos tiempos eternos del ayer,

los sinsentidos tenían poder.

Las puertas volaban y los pájaros hablaban.

Las brujas sonreían y los gigantes caminaban.

Las varitas y alas mágicas, a voluntad.

Y entregábamos el corazón a lo imposible.

¡Un final insensato! ¡Una idea inconcebible!

Que los magos y los guerreros trabaran amistad.

En un mundo donde lo imposible se hace realidad

No sé por qué olvidamos el hechizo.

Cuando nos perdimos, el bosque se deshizo.

Pero ahora, ya mayores, podemos desaparecer de verdad.

Y vuelvo a ver el sendero invisible Que nos llevará a casa y nos hará regresar…

Así que coge la varita y pon tus alas a volar

Que cantaré nuestro amor por lo imposible.

Y cuando me cojas de la mano transparente

volveremos a esa tierra mágica y reluciente

donde perdimos nuestros corazones…

Cuando fuimos magos…

Hace ya muchas vidas…

en tiempos aciagos.

Aunque fuera solo una vez.

Sigue bailando, Sychorax.

Sigue volando, puerta, en esta noche silenciosa, con los tres héroes, tumbados de espalda, contemplando las estrellas.

Y un duendeludo algo pagado de sí mismo, zumbando sobre el pecho de Xar, con la oreja pegada al frasquito que llevaba su amigo en el bolsillo, susurrando:

—¡Nosss he sssalvado! ¡Yo, Essspachurro! ¡El mássss pequeño de todosss nosss he sssalvado!

Porque ahí dentro había el último aliento del gigante. No había duda.

Si te llevabas el frasquito al oído, muy muy cerca, aún alcanzabas a oírlo. Era muy muy débil, como un eco.

—Perdonadlos —susurraba el eco—. Perdonadlos.

Epílogo 1

***D**os semanas después…*

A muchos metros y kilómetros bajo el mar, ya que el océano era increíblemente hondo al fondo de los Peñascos de la Eternidad, yacía la bola de hierro que encerraba al rey brujo, en un lecho de coral.

La bola de hierro estaba quieta y en silencio.

Pero, entonces, del interior se oyeron unos arañazos débiles y amortiguados; era un ruido parecido al de unas garras rascando algo de metal.

Y la bola de hierro empezó a moverse…

Primero muy despacito y luego un poco más deprisa.

El rey brujo no había muerto. Seguía ahí dentro.

No dejaba de rascar.

Aún tenía un poco de magia de la que funciona sobre el hierro y usaría esa magia para escapar de su prisión de hierro.

El rey brujo era la mar de paciente.

Mientras, rodaba por el paisaje marino del fondo del océano, sin prisa pero sin pausa, como un glaciar maligno o un destino lento pero seguro.

Epílogo 2

A sí pues, esta ha sido la historia de…

Una palabra que congeló, un corazón que se elevó Un chico que voló, una chica que RUGIÓ.

¿Has adivinado ya qué personaje de la historia soy?

Podría ser cualquiera, Wish, Xar, Caliburn, el cuervo que ha vivido ya muchas vidas, o quizá Espadín, el guardaespaldas que deseaba ser un héroe, o Apisonador, el gigante zancador gran-caminante o uno de los trasgos o un duendeludo, CUALQUIERA de los personajes. (Eleanor Rose no y el hombre lobo tampoco; no podrían ser ellos porque no

aparecían en el primer libro y eso sería engañar, y el narrador puede hacer trampas, pero no engañar de verdad, porque eso es superirritante para el lector.) Me temo que todavía no puedo decirte quién soy porque, como puedes ver, la historia aún no ha terminado.

Solo puedo decírtelo al final…

… pero el final se acerca.

Las estrellas de Wish y Xar se han cruzado por SEGUNDA vez, por muy improbable que pareciera, y para bien o para mal, sus estrellas están unidas y viajan en la misma dirección peligrosa.

Los dejé disfrutando el presente en paz.

Uno de los motivos por los que mirar hacia el futuro o pensar demasiado en el pasado es tan peligroso es que lo que vemos allí puede impedirnos disfrutar de la emoción y los placeres del «ahora».

Pero, ay, pobre de mí, mi maldición es poder ver el futuro y aunque ellos aún no lo sepan… esa puerta sobre la que vuelan nuestros héroes tan tranquilamente se dirige al Lago de los Perdidos, que, como señaló Espadín, es el bastión de los druidas, y los druidas son despiadados, implacables y los mayores magos de los bosques silvestres, y querrán borrar del mapa a cualquiera que tenga magia mezclada con hierro.

El rastreador de brujas le contará al emperador de los guerreros lo de la hija de Sychorax y también él querrá eliminar la amenaza que supone la magia mezclada con el hierro para el mundo mágico…

Encanzo y Sychorax perseguirán a Xar y Wish, pero Encanzo se ha metido en problemas con los druidas. Y Sychorax se ha metido en líos con el emperador de los guerreros… y todo el mundo perseguirá a todo el mundo.

Las fuerzas de la oscuridad pisarán los talones a nuestros jóvenes héroes.

Pero LO PEOR DE TODO…

El rey brujo irá tras los dos. Y no descansará hasta atraparlos. Y tiene una mota diminuta de polvo azul que cree que puede serle útil.

¿Podrán Wish y Xar salir de los tristes círculos de la historia de los bosques silvestres?

Son jóvenes, son optimistas.

¿Podrán escribir su propia historia?

¿Es eso posible?

Sigamos esperando…

Sigamos creyendo…

Sigamos soñando…

Nunca y para siempre (La canción de Tor)

No culpes a los lobos porque el invierno sea frío

No culpes a los lobos puesto que necesitan yantar,

El invierno ha ahuyentado a las presas del bosque

Los lobeznos tienen hambre y yo sería un dulce manjar.

No quiero morir sin tener hijos,

No quiero morir en un mundo tan lozano,

No quiero morir en esta medianoche gloriosa

De palabras por decir y canciones de ritmo lejano.

Soy joven y pobre, nada puedo ofrecerte

Solo tengo estas alas de color sin par

Este aire que bebo y estos vientos en los que duermo Este sendero de estrellas en el que bailo, cuando oigo la luna tararear.

Mira cómo vuelan los vencejos, que no viven bien en nada, Eres joven y fuerte, si me das la mano

Dejaremos la tierra y no volveremos.

Dormiremos en las brisas y no rozaremos suelo humano.

Te prometo vendavales y una aventura maravillosa

Volaremos para siempre y no nos separaremos jamás

Soy joven y pobre, nada puedo ofrecerte:

Mi amor y el latido de mi corazón; nada más.

Mira cómo vuelan los vencejos,
que no viven bien en nada.
Eres joven y fuerte,
si me das la mano.
Dejaremos la tierra
y no volveremos.
Dormiremos en las brisas
y no rozaremos suelo humano.

Agradecimientos

Un gran equipo me ha ayudado a escribir este libro.

Gracias a mi maravillosa editora, Anne McNeil, y mi magnífica agente, Caroline Walsh.

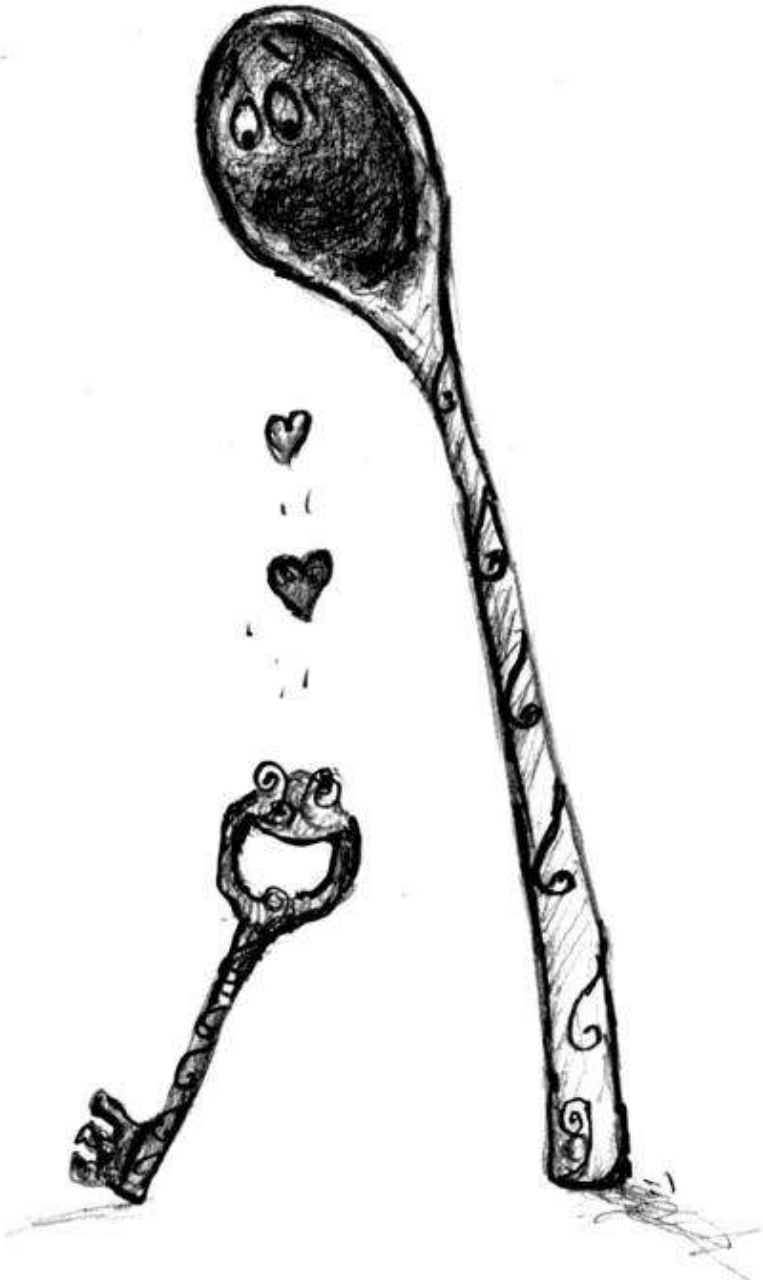
Un agradecimiento especial a Samuel Perett, Polly Lyall Grant y Rebecca Logan.

Y a todo el mundo en el grupo Hachette's Children, Hilary Murray Hill, Andrew Sharp, Valentina Fazio, Lucy Upton, Louise Grieve, Kelly Llewellyn, Nicola Goode, Katherine Fox, Alison Padley, Rebecca Livingstone.

Gracias al equipo de Little Brown, Megan Tingley, Jackie Engel, Lisa Yoskowitz, Kristina Pisciotta, Jessica Shoffel.

Gracias a Eleanor Rose y a su madre por donar dinero a la fundación para la alfabetización de niños desfavorecidos National Literacy Trust

para que su nombre



apareciera en este libro. Si quieres conocer la gran obra de esta

organización, descúbrelo aquí: literacytrust.org.uk.

Y gracias, sobre todo, a Maisie, Clemmie y Xanny.

Y a SIMON por sus excelentes consejos sobre absolutamente todo.

No podría haberlo hecho sin vosotros.

Notas

Al *Libro de hechizos* no parecía importarle un poco de creatividad en la ortografía siempre que se pudiera

*

hacer una suposición razonable.

El narrador quiere remarcar que la vida era muchísimo más incierta durante la Edad de Hierro. Esta es

**

la razón por la que hay tantos padrastros y madrastras en los cuentos.

Cuando Xar creciera y se convirtiera en un adulto responsable. Ayudar a Xar a escapar de su padre

***

seguramente había retrasado la libertad de Caliburn.